

Enid Blyton



*en la* **AVENTURA  
MONTAÑA**

Lectulandia

Las vacaciones en las tranquilas montañas de Gales con Bill y la señora Mannering se convierten en unos días llenos de aventuras cuando Jorge, Dolly, Lucy y Jack descubren casualmente un terrible secreto que se esconde en una de esas montañas, y que puede poner en peligro a toda la humanidad. Temblores de tierra, un rey de la montaña que pretende desafiar la ley de la gravedad, unos malhechores que quieren enriquecerse... ¡Vivirán unas vacaciones que no podrán olvidar!

**Lectulandia**

Enid Blyton

# **Aventura en la montaña**

**Aventura - 05**

ePub r1.0

Gand 04.11.14

Título original: *The mountain of adventure*

Enid Blyton, 1949

Ilustraciones: Stuart Treisilian

Editor digital: Gand

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Proemio



Este libro es el quinto de la serie «Aventura». Figuran, en cada uno de ellos, los mismos personajes, es decir: Jorge, Dolly, Jack, Lucy y Bill Smugs. Y, claro está, el loro «Kiki».

Cada libro es completo en sí y puede leerse independientemente, o como parte integrante de una serie. Las otras obras se titulan: *Aventura en la Isla*, *Aventura en el Castillo*, *Aventura en el Valle*, *Aventura en el Mar*.

Espero que os guste ésta tanto como os han gustado todas las demás.

Os desea mucha dicha,

Enid Blyton  
=

## Capítulo Primero.

### Preparados para las vacaciones

Cuatro niños cantaban a todo pulmón en un coche que ascendía por la empinada carretera de una montaña.

Un loro tomaba parte en el canto, desafinando como un demonio, e irguiendo, con excitación, la cresta. El hombre que iba sentado al volante, volvió la cabeza con una sonrisa.

—¡Eh, amigos! ¡No consigo oír ni la bocina! ¿Qué rayos os pasa a todos?

Jorge, Jack, Dolly y Lucy, dejaron de cantar para responderle a gritos:

—¡Estamos a principios de vacaciones!

—¡Y vamos a alquilar un burro cada uno para cabalgar por la montaña!

—¡Piii, suena el pito! —agregó el loro «Kiki».

—Tendremos ocho semanas de pasarlo la mar de divertido juntos.

—Y además de mamá, estará usted con nosotros, Bill. Mamá, ¿no estás tú excitada también?

La señora Mannering le sonrió a Jorge.

—Sí..., aunque confío que no armaréis tanto jaleo como ahora durante todo ese tiempo. Bill, tendrá usted que protegerme contra estos niños tan escandalosos.

—No se preocupe, ya la protegeré —prometió Bill, tomando otra curva del camino—. Les daré un coscorrón al día, por lo menos. Y si Lucy empieza a gallear conmigo... entonces...

—¡Oh, Bill! —exclamó Lucy, la más joven y menos ruidosa de todos—. ¡Si Jack se anda siempre quejando de que no soy lo bastante echada para adelante! Y debiera serlo ya, después de todas las aventuras que he corrido.

—¡Bastante para adelante! ¡Bastante para adelante! —cantó el loro, a quien las palabras de un mismo sonido encantaban—. ¡Bastante para adelante...!

—¡Hacedle callar! —gimió la señora Mannering.

El largo viaje en automóvil la había fatigado y estaba deseando que terminara. Le aguardaban ocho semanas de vacaciones en compañía de los niños y estaba segura de que antes de que hubiesen transcurrido habría quedado agotada por completo.

Jorge y Dolly eran sus propios hijos. Jack y Lucy, huérfanos de padre y madre, vivían con ella durante las vacaciones, y la querían como si de su propia madre se tratara. Bill Cunningham era un buen amigo, y había corrido con ellos varias espeluznantes aventuras.

Les había acompañado aquellas vacaciones para impedir que se metieran en ninguna otra aventura, ¡así lo decía él, por lo menos! La señora Mannering juraba que no les perdería de vista un solo instante durante las ocho semanas, a menos que se

hallaran en compañía de Bill. Así era difícil que desaparecieran, o que se embarcaran en ninguna otra aventura.

—No debieran correr peligro alguno en el corazón de las montañas galesas, mientras estemos usted y yo para vigilarles, Bill —había dicho.

Habiendo muerto el señor Mannering muchos años antes, la viuda encontraba con frecuencia difícil meter en cintura a tantos y tan vivarachos niños, en particular ahora que se iban haciendo mayores.

Jorge amaba a todos los animales, a todos los pájaros, a todos los insectos. Su hermana Dolly no compartía este amor ni mucho menos. Le daban miedo casi todos los animales silvestres, y odiaba a la mayor parte de los insectos inofensivos, aunque, desde luego, iba mejorando mucho ya en este sentido. Tenía un genio muy vivo. Estaba tan dispuesta a usar los puños como su hermano. Y ambos libraban más de una batalla, con gran consternación de la pacífica y dulce Lucy.

Lucy y Jack eran hermanos también. «Kiki», el muy querido loro de Jack, solía estar siempre posado en el hombro de su amo. Tanto era así que la señora Mannering había llegado a sugerir que se le cosiera un trozo de cuero en el hombro de cada una de las chaquetas del niño, para impedir que las desgastara «Kiki» por allí con las garras, cuando se posaba.

A Jack le gustaban mucho los pájaros y Jorge y él se pasaban muchas horas deliciosas observando a las aves y sacando fotografías de todas ellas. Poseían una maravillosa colección de instantáneas que, según Bill, valía la mar de dinero. Aquellas vacaciones llevaban las máquinas de retratar consigo y, claro, los gemelos de campaña para observar de lejos a los pájaros.

—A lo mejor vemos águilas otra vez —dijo Jack—. ¿Recuerdas aquel nido de águilas que encontramos cerca de aquel castillo antiguo de Escocia una vez, Jorge? Y puede que veamos buitres, también.

—Hasta quizá corramos una aventura —respondió Jorge riendo—. ¡Aunque mamá y Bill están completamente seguros de que, lo que es esta vez, ya se encargarán ellos de librarnos de que corramos ninguna, por muy pequeña que sea!

Bueno, pues heles allá, preparados para pasar unas vacaciones maravillosas en las montañas de Gales, en un lugar muy solitario donde podrían errar por donde quisieran con máquinas fotográficas y gemelos de campaña. Cada uno de los niños iba a disponer de un burro para poder cabalgar cuanto se le antojara por los estrechos senderos de la montaña.

—No siempre estaré en vuestra compañía —dijo la señora Mannering—, porque a mí no me emociona el ir en burro tanto como a vosotros. Pero os acompañará Bill, conque no correréis ningún peligro.

—Nosotros, no —asintió Jack, riendo—. Pero, ¿y Bill, mamá? ¿Estás segura de que no correrá ningún peligro él? Tenemos la virtud, al parecer, de meterle siempre en algún atolladero. ¡Pobre Bill!

—Muy listos habréis de ser —respondió Bill—, para meterme en una aventura en

el mismísimo corazón de las montañas más solitarias de Gales.

Doblaron otro recodo y se vio una casa de labor en la distancia.



—Casi hemos llegado ya —anunció la señora Mannering—. O mucho me equivoco, o veo ya la granja en la que vamos a alojarnos. Sí..., ahí está.

Los niños alargaron el cuello para verla. Era un edificio antiguo, de piedra, que se alzaba sobre la ladera de la colina, rodeado de cobertizos y otras dependencias. A la luz del sol poniente, tenía cierto aspecto acogedor y amistoso.

—¡Es preciosa! —exclamó Lucy—. ¿Cómo se llama?

Bill dijo algo que sonaba como «Doz-goz-u-eli-odel-in<sup>[1]</sup>».

—¡Dios Santo! —exclamó Dolly—. ¡Qué nombre! Estoy segura de que ni el propio «Kiki» sería capaz de pronunciarlo. Dígaselo usted, Bill, a ver por dónde sale.

Bill, complaciente, le repitió el nombre al loro, que le escuchó con solemnidad, e irguió, cortésmente, la cresta.

—Ahora dilo tú, «Kiki» —ordenó Jack—. ¡Anda!

—Esta-es-la-casa-construida-por-Jack<sup>[2]</sup> —dijo el pájaro muy aprisa, fundiendo las palabras unas con otras.

—¡Magnífico, «Kiki»! —exclamó Jack—. A «Kiki» no hay quien le deje cortado, Bill; siempre tiene una contestación a punto, aunque no pegue. ¡Muy bien, «Kiki», muy bien!

El loro, encantado al oír aquellas alabanzas, hizo el mismo ruido de un automóvil cuando cambia de marcha. Llevaba haciendo aquel mismo ruido a intervalos durante todo el viaje, con gran angustia de la señora Mannering, que casi había enloquecido escuchándole.



—¡No le dejéis empezar otra vez! —suplicó—. ¡Gracias a Dios que hemos llegado por fin! ¿Dónde está la puerta principal, Bill? O... ¿es que no la hay?

No parecía haberla. El camino continuaba hasta llegar a lo que semejaba un cobertizo, y allí moría. Arrancando de él un pequeño sendero que se dirigía a la granja, se dividía en tres más pequeños, e iba a parar a tres puertas distintas.

Los niños saltaron del coche. Bill se apeó y estiró las piernas. Ayudó a bajar a la señora Mannering y miraron todos a su alrededor. Un gallo cacareó cerca de ellos y «Kiki» se apresuró a cacarear también, con gran asombro del gallo.

Una mujer rolliza de colorado rostro salió por una de las puertas y acudió, sonriente, a darles la bienvenida. Gritó, por encima del hombro, a alguien que aún se hallaba en la casa:

—¡Effans, Effans! Venido han, tú mira.

—¡Ah..., señora Evans! —murmuró Bill, estrechándole la mano.

La señora Mannering hizo lo propio. Un hombrecillo salió corriendo de la casa y se acercó también.

—Éste es Effans, mi marido —anunció la mujer rolliza—. ¡Esperamos que se sientan ustedes muy felices con nosotros y pues!

Esto lo dijo en agradable sonsonete que les gustó mucho a los niños. Todo el mundo estrechó solemnemente la mano a la señora Evans y a su esposo, y «Kiki» les tendió una pata también.

—¡Un loro, tú mira! —exclamó la señora Evans—. ¡Effans, un loro!

Al señor Evans no pareció gustarle tanto el aspecto de «Kiki» como a su esposa, pero sonrió cortés.

—Es muy bien venidos que son ustedes —dijo, en sonsonete también—. ¿Tienen la bondad de venir por aquí?

Siguieron a Evans. Les condujo a la granja y, cuando abrió la puerta, ¡qué cuadro más agradable contemplaron los muchachos!

Sobre una larga y fuerte mesa de cocina cubierta con un mantel blanco como la nieve, se hallaba servida la comida más magnífica que en su vida vieran los niños.

Un enorme jamón aguardaba a que lo trincharan, con una lengua muy grande, guarnecida con perejil, al lado. Una gran ensalada salpicada de huevos duros ocupaba el centro de la mesa, sobre la que campeaban también dos pollos asados, con trozos de rizado tocino alrededor.

Los niños miraron todo aquello con los ojos como platos. ¡Qué banquete! ¡Y los bollos, las pastas y los pasteles! ¡Las mermeladas, las compotas y la rica y dorada miel! ¡Las jarras de leche y nata!

—Oigan... ¿es que dan ustedes una fiesta o algo? —inquirió Jack, profundamente impresionado.

—¿Una fiesta? No, no... es un té merienda para vosotros, mira —contestó la señora Evans—. No podemos haceros cenar por la noche... ¡somos gente pobre, pues! Comeréis lo que tenemos y nada más. Aquí tenéis el té merienda de hoy y,

cuando os hayáis lavado, dispuesta está.

—¡Oh...! ¿Tenemos que lavarnos? —murmuró Jorge, con un suspiro—. Yo ya estoy limpio. ¡Troncho, qué comida! Si nos van a dar de comer así durante todas las vacaciones, yo no quiero salir a pasear en burro. ¡Me quedaré aquí a llenarme!

—Si haces eso, te pondrás demasiado gordo para que pueda cargar contigo ningún burro —dijo su madre—. Anda a lavarte, Jorge. La señora Evans nos enseñará nuestras habitaciones... A ninguno nos irá mal lavarnos y cepillarnos un poco. Luego haremos honor a tan magnífica comida.

El grupo subió por una escalera estrecha y tortuosa, hasta llegar a unas habitaciones grandes, de techo bajo, con pesados muebles a la antigua. La señora Evans les enseñó, con orgullo, un cuarto de baño pequeño, cosa generalmente desconocida en las granjas apartadas y solitarias.

Les había reservado cuatro habitaciones: una pequeña para Bill; una grande para la señora Mannering, y bien alejadas de las de los niños, porque éstos armaban mucho jaleo por la mañana. La de Jack y Jorge era rara porque su techo, inclinado, bajaba por un extremo casi hasta el suelo. Las niñas tenían un cuarto más grande al lado.

—¡Qué divertido va a ser esto! —exclamó Jack, frotándose vigorosamente las manos en el cuarto de baño, mientras «Kiki» le contemplaba posado sobre el grifo—. Estoy ardiendo en deseos de meterle mano a la comida que nos aguarda abajo. ¡Qué banquetazo!

—Échate a un lado —dijo Dolly, con impaciencia—. Hay sitio para dos en este lavabo. Tendremos que entrar por turnos por la mañana. ¡Eh, «Kiki», no te escapes con el cepillo de las uñas! ¡Párale, Jack!

Se rescató el cepillo y «Kiki» recibió un golpecito en el pico. No se enfadó el loro por ello. Tenía tantas ganas de bajar a la mesa como los niños. Había visto una fuente de frambuesas y pensaba colocarse todo lo más cerca de ella posible. Se posó en el hombro de Jack y le murmuró palabras cariñosas al oído mientras éste se secaba con una toalla basta.

—Estáte quieto, «Kiki» —dijo el niño—. Me estás haciendo cosquillas. ¿Estáis todos ya? ¡Tía Allie! ¡Bill! ¿Les falta mucho?

—¡Ya estamos! —contestaron los interpelados.

Y bajaron todos juntos.

¡El banquete que iban a darse!

## Capítulo II

### En la granja

Aquella primera comida en la granja resultó agradable en extremo. A la señora Evans la excitaba tener huéspedes, y su marido, radiante, cortaba, sonriendo a todos los comensales, grandes lonjas de jamón y porciones de lengua y de pollo. Menudearon los «tú mira» y los «y pues» y «Kiki» escuchó con especial interés el tono de voz de los galeses.

—Límpiate los pies y pues —le dijo, de pronto a la señora, que le contempló con sorpresa.

Hasta aquel momento no había oído hablar al loro.

—Cierra la puerta tú, mira —ordenó «Kiki», irguiendo la cresta.

Los niños rieron a carcajadas.

—¡Se ha vuelto galés ya! —exclamó Dolly—. ¡Eh, vigílale, Jack! ¡Se está zampando todas las frambuesas!

Jack tapó la fuente con el plato y «Kiki» se enfadó. Imitó el ruido de un automóvil que cambia de marcha y la señora Evans tuvo un movimiento de sobresalto.



—No se asuste. No es más que «Kiki» —le advirtió Jack—. Sabe hacer toda clase de ruidos. ¡Si le oyera usted imitar a un tren que entra silbando en un túnel...!

«Kiki» abrió el pico e hinchó la garganta como si estuviera a punto de hacer tan horrible ruido.

—¡Jack! —exclamó precipitadamente la señora Mannering—. ¡No le dejes hacer ese ruido! Como se lo permitas, tendrás que llevártelo arriba y encerrarle en tu cuarto.

—«Kiki» malo, «Kiki» travieso —dijo el loro con solemnidad, captando el severo dejo con que hablaba la señora. Voló al hombro de Jack y se puso sobre él, contemplando el plato con que habían tapado las frambuesas. Le dio un picotazo cariñoso en la oreja.

¡Qué comida aquélla para seis viajeros hambrientos que no habían catado otra cosa que bocadillos durante todo aquel día! Hasta la propia señora Mannering comió más de lo que nunca comiera de una sola sentada. La señora Evans miró a su alrededor todo sonrisas al llegar los platos.

—Hay muchas más provisiones en la despensa tú mira —dijo—. Effans, ve a buscar el pastel de carne.

—¡No, no! —intervino la señora Mannering—. Por favor, no. Hemos comido ya más de lo necesario. Normalmente no hubiésemos tomado tanto. Sólo que teníamos

más apetito que de costumbre después del viaje y ¡es tan buena la comida...!

El rostro de la señora Evans reflejó satisfacción.

—La comida es sencilla —dijo—; pero es muy buena para los niños. No tardarán en tener buen apetito aquí, mire, con el aire de la montaña.

—Y vaya si así será, pues —asintió Evans—. Aún es pequeño su apetito. Pero aumentará.

La señora Mannering puso cara de alarma.

—¡Santo Dios! ¡En mi vida les he visto comer cantidades semejantes! Si llega a aumentarles el apetito, ¡no sé cómo voy a mantenerlos cuando vuelva a casa!

—Y nos moriremos de hambre en el colegio —rió Jack.

—¡Pobre muchacho! —exclamó la galesa—. ¡Un jamón bien grande tendré que darle cuando se marche, pues!

Por fin ya nadie pudo comer más. Recostados en los asientos, dirigieron la mirada hacia las anchas ventanas y la enorme puerta que estaba abierta. ¡De qué vistas disfrutaban desde allí!

Grandes montañas erguían sus picos en la luz vespertina. Profundas sombras oscurecían el valle, pero los montes aún recibían luz solar y brillaban de una forma encantadora. Era todo aquello tan distinto a lo que estaban acostumbrados a ver en la vecindad de su casa, que a los niños les parecía que jamás llegarían a cansarse de contemplar cimas soleadas y valles.

—Están ustedes muy solos aquí —observó Bill—. No veo ni una sola casa ni una granja por los alrededores.

—Mi hermano vive al otro lado de esa montaña —repuso la señora Evans, señalando—. Le veo en el mercado todas las semanas. Éste se encuentra a diez millas o quizá a once de distancia. Y mi hermana vive más allá de esa montaña que ve ahí. Ella también tiene una granja. Conque tenemos vecinos, mire.

—Sí; pero no al lado —dijo Dolly—. ¿No se siente usted nunca sola y aislada aquí?

La señora puso cara de sorpresa.

—¿Sola? Y vaya, pues, ¿por qué he de sentirme sola teniendo a Effans a mi lado, y al pastor allá en las colinas, y al vaquero y a su esposa en su casita bien cerca? Y hay animales en abundancia, como veréis.

Entraban y salían gallinas por la abierta puerta, picoteando las migas caídas de la mesa. «Kiki» las observó con atención. Empezó a cloquear nuevamente, y las gallinas cloquearon a su vez. Entró de pronto un gallo buscando a la gallina cuyo cloqueo no le era del todo conocido.

—¡Kikirikí! —cacareó bruscamente, al ver a «Kiki» sobre el hombro de su amito.

—¡Kikirikí! —le respondió «Kiki».

El gallo subió a la mesa de un salto, dispuesto a pelear con el loro cacareador.

Le espantaron de allá y salió de la estancia indignado, seguido de las carcajadas de «Kiki». Evans se llevó las manos a los costados y rió hasta que le saltaron las

lágrimas.

—¡Es un pájaro magnífico, mira! —le dijo a Jack completamente conquistado por el loro—: Déjale que coma frambuesas otra vez.

—Ya ha comido suficientes, gracias —respondió el niño, encantado de que le alabaran al loro.

A la gente no siempre le gustaba el loro y, cuando salía de casa con él, Jack siempre iba con el temor de que no fuese bien recibido.

Salieron todos al aire de la noche, felices y satisfechos. Bill y la señora Mannering se sentaron encima de un muro de piedra, viendo desaparecer el sol tras una montaña a occidente. Los cuatro niños dieron una vuelta por la granja y sus dependencias.

—¡Cerdos! Y ¡qué porquera más limpia! —exclamó Dolly—. Nunca había visto un cerdo limpio hasta ahora. Fijaos cómo revuelven por ahí con ese hociquito tan cómico.

—«Kiki» no tardará en tener una colección de ruidos magnífica —observó Lucy oyendo al loro soltar un gruñido muy bien imitado—. Aprenderá a mugir, a bramar, a gruñir, a cacarear, a cloquear...

—¡Y a parpar como un pavo! —intervino Dolly, viendo cerca a algunas de estas aves—. Ésta es una granja magnífica. Tiene de todo. ¡Oh, Jorge, fíjate en ese cabrito!

Había cabras en la ladera de la montaña, no muy lejos, y las acompañaba un cabrito. Era blanco como la nieve y una verdadera preciosidad. Jorge lo miró, y se enamoró al punto de él.

Exhaló una especie de balido, y todas las cabras dejaron de pacer y volvieron la cabeza. El cabrito enderezó las orejitas blancas, manteniéndose erguido sobre las delgadas e inseguras patas. Era muy jovencito aún.

Jorge repitió el sonido. El cabrito abandonó a su madre y corrió hacia el niño, metiéndosele de un salto entre los brazos. Se acurrucó allí apoyando la blanca y suave cabecita contra la mejilla de Jorge.



—¡Oh, Jorge! ¡Qué lindo es! —exclamaron las niñas, acariciando al animalito y frotando las mejillas contra la nívea piel.

—¡Ojalá acudiesen a mí los animales como acuden a ti! —dijo Lucy, envidiándole.

Era sorprendente la atracción que ejercía Jorge sobre los animales de todas clases. Hasta las mariposas se le posaban, sin temor y contentas, sobre el dedo. Había tenido los bichos más extraños que imaginarse puede como favoritos: erizos, escarabajos, lagartijas, pajaritos, ratones, ratas... uno nunca sabía con qué iba a presentarse. Y todos le querían y tenían en él completa confianza, y él, a su vez, los comprendía y amaba también.

—Ahora le seguirá este cabrito como un perro a todas partes mientras estemos aquí —dijo Dolly—. Bueno, pues me alegro de que sea un cabrito y no una vaca por lo menos. ¿Os acordáis de aquella vez que entró en un prado en que había una manada de vacas? Todas se le acercaron y frotaron el hocico contra él, y le siguieron como perritos. Hasta intentaron saltar y atravesar el seto cuando se fue. Y yo me llevé un susto enorme, temiendo que lo consiguieran.

—Vergüenza debiera darte de tenerles miedo a las vacas a tu edad —dijo Jorge acariciando al cabrito—. Es una tontería a cualquier edad, claro. Y tú no parece hacerte más sensata a medida que te haces mayor, Dolly. Lo que me extraña es que no le tengas miedo a este cabrito. Apuesto a que correrías como se acercaran las cabras.

—No es verdad —exclamó la niña, indignada.

Lo que no impidió que se alejara apresuradamente cuando las cabras, curiosas al ver el cabrito en brazos del niño, empezaron a moverse hacia ellos.

No tardaron en rodear a Jorge, a Lucy y a Jack. Dolly les observó a distancia. El cabritillo baló al ver a su madre, pero en cuanto Jorge le depositó en el suelo para que pudiera volver a ella, el animalito volvió a metérsele entre los brazos de un brinco.

—¡Troncho! ¡Vas a tener que llevártelo a la cama esta noche contigo! —dijo Jack, riendo—. Vamos a ver los caballos. Son de los que tienen mucho pelo en las cuartillas... y éstos son los que me gustan<sup>[3]</sup>.

Espantaron a las cabras y fueron a contemplar a los caballos que había en el prado. Eran tres. Y los tres se acercaron inmediatamente a Jorge.

Había soltado al cabrito, que le seguía ahora tan de cerca, que cada vez que se paraba le tropezaba con las piernas. A la primera ocasión que se le presentó, volvió a saltarle en brazos. Y entró con él en la granja, por añadidura.

—¡Ah! ¡Has encontrado a «Blanquito»! —exclamó la señora Evans, que estaba junto al horno, con los mofletes más colorados que nunca—. ¡Es la primera vez que abandona a su madre, tú mira!

—¡Oh, Jorge, no traigas aquí a ese cabrito! —dijo la señora Mannering.

Temía que a la señora Evans no le gustase que entrara el animal en la casa con el niño. Y una vez sentida la atracción de Jorge, era seguro que no dejaría de seguirle... ¡escalera arriba incluso!

—¡Oh!, no importa que un cabritillo entre en la casa, mira —anunció la señora Evans—. Metemos aquí a los corderos recién nacidos, y las gallinas no hacen más que salir y entrar, y la ternera «Mulie» solía entrar todos los días antes de que se la metiese en el prado.

A los niños les pareció una idea magnífica que se dejara entrar y salir así a los animales; pero la señora Mannering no opinaba igual. Se preguntó si no acabaría encontrando huevos recién puestos en la cama, o una ternera en la silla de su alcoba. No obstante, se hallaban de vacaciones y si a la señora Evans le gustaba que errara el ganado por su cocina, también a los niños les encantaría.

Lucy soltó un enorme bostezo y se dejó caer en un sillón. La señora Mannering la miró, dirigiendo a continuación la vista hacia el reloj de caja que tictaqueaba en un rincón.

—A la cama todos —dijo—. Estamos todos cansados. Sí, ya sé que es temprano. Jorge, eso no es necesario que me lo digas... Pero ha sido largo y fatigoso el día y el aire de la montaña es fuerte. Dormiremos como troncos esta noche.

—Les prepararé un poco de leche con mucha nata —empezó la señora Evans—. Y ¿les gustaría llevarse a la alcoba unos bollos con mantequilla y mermelada?

—¡Oh, no! —contestó la señora Mannering—. Seríamos incapaces de comernos ni una miga más esta noche. Gracias, señora Evans.

—¡Oh, mamá! ¡Claro que seríamos capaces de comer bollos con mermelada y un



poco de esa leche tan rica! —exclamó Dolly, indignada.

Conque cada uno de ellos se subió un plato de bollos, y mermelada de frambuesa, y un vaso grande de la exquisita leche.

Se oyó al poco rato el repiqueteo de minúsculos cascos, y el cabritillo «Blanquito» apareció en la puerta de la alcoba de los niños. Se plantó de un salto en la cama de Jorge.

—¡Troncho, fíjate! ¡«Blanquito» ha subido la escalera! —dijo el niño—. ¿Quieres un poco de bollo, «Blanquito»?

—Oíd... ¿era el cabritillo a quien oímos subir la escalera? —inquirió Lucy, asomando la cabeza por la puerta—. ¡Oh, Jorge! ¡Si lo tienes en la cama!

—No quiere estarse en el suelo —contestó el muchacho—. En cuanto le echo de un empujón, vuelve a subirse... ¡Mira! ¡Como un perrito!

—¡Maa-aa-aa! —murmuró el cabritillo con suave balido.

Y le dio un golpe con la testa a Jorge.

—¿Vas a tenerle aquí toda la noche? —preguntó Dolly, presentándose en pijama.

—Si lo echo fuera, volverá a entrar. Y si cierro la puerta la embestirá con la cabeza —contestó el niño, a quien «Blanquito» había conquistado ya por completo. Después de todo, «Kiki» se pasaba toda la noche en la habitación de Jack.

—Oh, no es que a mí me importe que tengas aquí a «Blanquito» —dijo Dolly—. Sólo me preguntaba qué dirían mamá y la señora Evans.

—Nada me sorprendería saber que la señora Evans tenía una vaca enferma en su alcoba y media docena de gallinas —respondió Jorge, colocando el cabrito debajo de sus rodillas—. Esa mujer es de las mías. Marchaos, niñas. Voy a dormir. Me siento muy feliz... estoy lleno de bollos, de mermelada y de sueño.

«Kiki» hizo el mismo ruido que si tuviese hipo.

—¡Perdón! —dijo.

Era una cosa nueva que había aprendido en el colegio de Jack el curso anterior. A la señora Mannering no le hacía ni pizca de gracia.

—Y «Kiki» debía estar lleno también —anunció Jack, soñoliento—. Se tragó un bollo entero y estoy seguro de que ha vuelto a meterles mano a las frambuesas. ¡Fijaos en su pico! Cállate ya, «Kiki», que quiero dormir.

—Piii, suena el pito, tú mira —dijo el loro, con solemnidad.

Y metió la cabeza debajo del ala. Las niñas desaparecieron. Los niños se quedaron dormidos. ¡Qué principio más hermoso para unas vacaciones veraniegas!

## Capítulo III

### La primera mañana

A la mañana siguiente, las dos niñas fueron las primeras en despertarse. Era temprano, pero ya andaba alguien por fuera. Lucy atisbo por la ventana.

—Es Evans —dijo—. Se conoce que ha estado ordeñando a las vacas. Ven aquí, Dolly. ¿Viste en tu vida cosa más linda?

Se arrodillaron ambas junto a la ventana. Un chorro de sol penetraba por la abertura entre dos montañas, iluminando las laderas. Por el resto, el valle se hallaba sumido en las sombras. En la lejanía, erguían sus picachos muchas montañas, haciéndose más azules cuanto mayor era su distancia. El cielo estaba azul también, y ni una nube lo empañaba.

—¡Tiempo de vacaciones! ¡Verdadero tiempo de vacaciones! —exclamó Dolly, llena de contento—. Dios quiera que nos deje mamá salir de merienda hoy.



—Una particularidad tiene este verano —observó Lucy—: No tendremos ninguna aventura terrible. Porque tía Allie está firmemente dedicada a acompañarnos o a mandar a Bill con nosotros, donde quiera que vayamos.

—Bueno, ya hemos corrido aventuras suficientes —repuso Dolly empezando a vestirse—; muchas más de las que suelen correr otros niños. No me importa no correr una, esta vez. Date prisa, Lucy, para que podamos meternos en el cuarto de baño antes que los muchachos. No hagas mucho ruido, porque a mamá no le gusta que la

despierten demasiado temprano.

Lucy asomó la cabeza a la alcoba de los niños, camino del baño. Aún estaban profundamente dormidos. «Kiki» sacó la cabeza de debajo del ala al oírla acercarse, pero nada dijo. Se limitó a bostezar. La niña miró atentamente hacia la cama de Jorge.

El cabrito aún estaba allí, acurrucado contra las corvas del muchacho. Sintió un afecto muy grande por Jorge al contemplarle. ¡Qué niño más extraordinario era, que todos los animales le querían y le permitían hacer lo que quisiese con ellos! El cabrito alzó la cabeza y la miró.

Huyó al cuarto de baño y se lavó con Dolly. No tardaron en oír levantarse a sus hermanos. Sonó la voz de «Kiki», diciéndole a alguien que se limpiara los pies.

—Seguramente le está enseñando modales a «Blanquito» —rió Lucy—. «Kiki» siempre intenta enseñarles cosas a los animales favoritos de Jorge. Oh, Dolly... ¿te acuerdas de lo gracioso que estuvo con «Bufando» y «Soplado», los dos frailecitos que encontramos en nuestra última aventura?

—Arrr —respondió Dolly, haciendo el mismo ruido que solían hacer los frailecillos.

El loro la oyó.

—¡Arrr! —gritó desde el cuarto de los niños—. ¡Arrr! Luego rompió a reír a carcajadas, y el cabrito le miró, alarmado.

—¡Maa-aa-aa! —dijo el cabrito.

—¡Maa-aa-aa! —le coreó el loro.

«Blanquito» miró a su alrededor en busca de otro de su especie y los muchachos se echaron a reír.

«Kiki», que se animaba siempre que oía reír a la gente, hinchó la garganta para imitar el cambio de marchas de un automóvil, que era su ruido favorito por entonces. Jorge se apresuró a contenerle.

—¡Calla, «Kiki»! Ya hemos oído bastante ese ruido. ¡Haz el favor de olvidarlo!

—¡Dios salve al Rey! —contestó el loro con melancólica voz—. Límpiame los pies, suénate la nariz.

—Vamos —dijeron las niñas, asomando la cabeza—, ¡gandules!

Bajaron todos la escalera en el preciso momento en que la señora Evans daba los últimos toques a la mesa que había dispuesto para el desayuno. Estaba casi tan cargada como la noche anterior para la cena. Había jarras de leche recién ordeñada, y grandes cuencos de frambuesas.

—No sabré qué escoger —gimió Jack, sentándose con el loro en el hombro—. Huelo huevos y tocino... y hay cereales que comer con frambuesas y nata... y jamón... y tomate... y, ¡troncho!, ¿es una crema de queso? Crema de queso para desayuno... ¡qué estupendo!

«Blanquito» había intentado subírsele a Jorge en las rodillas al sentarse éste. El niño le apartó.

—No, «Blanquito», a las horas de comer, no. Estoy demasiado ocupado en esos

momentos. Ve a darle los buenos días a tu madre. Debe estar preguntándose dónde te habrás metido.

«Kiki» estaba concentrado en las frambuesas. La señora Evans había colocado un plato lleno para él. Tanto ella como su esposo contemplaban con cara radiante al loro. Les parecía un pájaro maravilloso.

—¡Tú mira y pues! —dijo «Kiki».

Y volvió a hundir el pico en las frambuesas. Se le estaba poniendo ya sonrosado, teñido por el jugo de la fruta.

Los niños hicieron un buen desayuno antes de que Bill y la señora Mannering bajaran. Los Evans habían desayunado ya, y hasta hecho, al parecer, una jornada completa de trabajo por añadidura, a juzgar por las cosas que mencionó el marido: había limpiado la porquera, atendido a los caballos, ordeñado las vacas, recogido los huevos, hecho una visita al vaquero y una docena de cosas más.

—Señora Evans —preguntó Jorge, cuando hubo terminado el desayuno y se halló con «Blanquito» en los brazos de nuevo—, ¿sabe usted dónde están los borricos que hemos de usar para pasear por la montaña?

—Ah, Trefor, el pastor, os lo dirá. Es su hermano, mira, quien tiene los burros. Ha de traerlos aquí para vosotros.

—¿No podemos ir nosotros a buscarlos y volver montados? —quiso saber Jack.

—¡Y vaya pues si el hermano de Trefor vive a treinta millas de aquí! —exclamó Effans—. No podríais andar hasta allí, mira. Id a ver a Trefor hoy, y preguntadle qué ha hecho de vuestros borricos.

La señora Mannering y Bill aparecieron en aquel instante bien despabilados y frescos tras la noche de descanso.

—¿Ha quedado desayuno para nosotros? —preguntó Bill riendo.

La señora Evans corrió a freír tocino y huevos otra vez y no tardó en poblarse la cocina del sabroso aroma.

—¡Troncho, si me quedo aquí y huelo eso, volverá a entrarme otra vez apetito! —dijo Jorge—. Bill, vamos a ver al pastor Trefor y preguntarle por los borricos. Mamá, ¿podemos ir de merienda a la montaña en cuanto tengamos los burros?

—Sí... cuando esté segura de que puedo mantenerme sobre el lomo del mío —repuso la madre—. Si mi burro es muy gordo, resbalaré de él.

—No son gordos —le aseguró Evans—. Se usan en la montaña, y son fuerte y pequeños. A veces usamos potros; pero el hermano de Trefor cría burros y sirven igual.

—Bueno, pues iremos a hablar con Trefor —dijo Jorge, poniéndose en pie y dejando caer a «Blanquito»—. ¡Vamos, muchachos! «Kiki», ¿quieres que te dejemos con las frambuesas? ¡Cuidado que eres glotón!

El loro voló al hombro de Jack, y el grupo empezó a subir por el sendero que Evans les había señalado. «Blanquito» saltaba tras ellos, haciendo caso omiso de los balidos de su madre. Parecía ya ser uno del grupo, acariciado y mimado por todos,

aun cuando «Kiki» no acababa de hacerle gracia que otro animal fuese objeto de tantas atenciones por parte de los niños.

Ascendieron por la empinada senda. El sol se hallaba más alto ya y hacía calor, y los muchachos lo sentían a pesar de que los niños no llevaban más que una camisa delgada y pantalón corto, y las niñas blusa y pantaloncito. Llegaron a un manantial que brotaba de la ladera de la montaña, y se sentaron a beber y a refrescarse manos y pies. «Blanquito» bebió también, y luego se puso a hacer cabriolas, saltando de un sitio a otro casi como si tuviera alas.

—Ojalá pudiese yo saltar como una cabra —dijo Jack, con voz indolente—. ¡Parece tan bonito y tan fácil dar saltos tan altos y aterrizar donde a uno se le antoje!

Jorge dio de pronto un zarpazo a algo que se arrastraba cerca de él, y Dolly se incorporó inmediatamente.

—¿Qué es, qué es?

—¡Esto! —contestó el niño.

Y enseñó a los otros, un animal gris plateado, de ojuelos muy brillantes, que parecía una culebra. Dolly soltó inmediatamente un chillido.

—¡Una culebra! ¡Suéltala, Jorge! ¡Te morderá, Jorge!

—No hay cuidado —contestó Jorge, con desdén—. No es una culebra. Y, en cualquier caso, no hay culebra en Inglaterra que muerda, salvo la víbora. Eso ya te lo he dicho en otras ocasiones. Éste es un escincoideo... y un ejemplar magnífico, por añadidura.

Los niños miraron como fascinados el reptar del bicho por las rodillas de Jorge. Parecía, en efecto, una culebra. Pero no lo era. Lucy y Jack lo sabían; pero Dolly se olvidaba siempre. Le daban tanto miedo las serpientes, que todo lo que se arrastraba le parecía de la misma familia.

—Es horrible —dijo, estremeciéndose—. Déjalo marchar, Jorge. ¿Cómo sabes que no es una culebra?

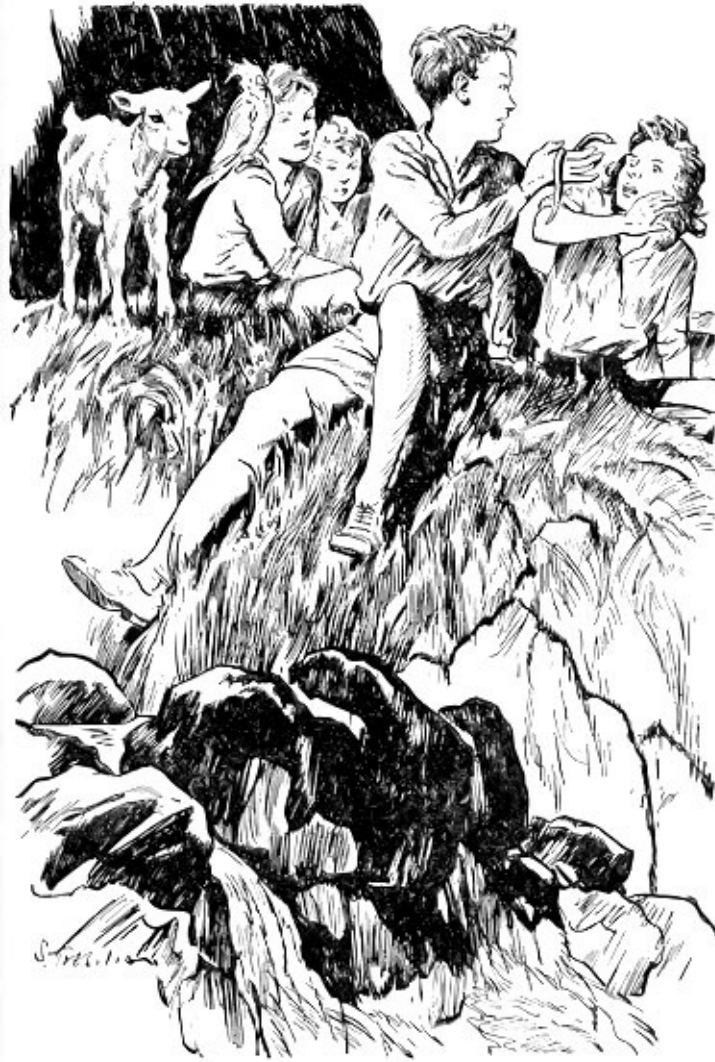
—Pues, en primer lugar, porque parpadea, y no hay culebra que haga eso —respondió el muchacho—. Fíjate... parpadea como una lagartija... y no es de extrañar, puesto que a la familia de las lagartijas pertenece.

Al decir esto, el animal cerró y abrió los ojos. Se quedó sobre las rodillas de Jorge, y no intentó huir. El niño le pasó la mano por encima, y el animalito se quedó inmóvil, completamente feliz.

—Nunca he tenido un escincoideo —anunció Jorge—. Ganas me dan de...

—¡Jorge! ¡Como te atrevas a quedarte con esa culebra y llevártela encima, le diré a mamá que te mande a casa! —exclamó Dolly, alarmada.

—No es una culebra, Dolly —contestó el niño, con impaciencia—. Es una lagartija... una lagartija sin patas... completamente inofensiva y la mar de interesante. Voy a quedarme con ella si ella quiere quedarse conmigo, desde luego.



—¡Quedarse contigo! ¡Claro que se quedará! —dijo convencido Jack—. ¿Has visto alguna vez un animal que no estuviese dispuesto a hacerlo? No me gustaría nada ir contigo a la selva. Jorge... se te colgarían los monos amorosamente del cuello, te ronronearían los tigres, las serpientes se te enroscarían a las piernas y...

Dolly dio un gritito.

—¡No digas cosas tan horribles! Jorge, echa a ese escincoideo.

En lugar de hacerle caso, el niño se lo metió en el bolsillo.

—Y, escucha, no armes jaleo, Dolly —dijo—. No tienes necesidad de acercarte a mí. No creo que se quede conmigo, porque no le gustará mi bolsillo... pero veremos.

Emprendieron la marcha colina arriba de nuevo. Dolly se quedó rezagada, con morro. ¡Qué empeño de estropearle a una las vacaciones por llevar cosas desagradables encima!

## Capítulo IV

### Arriba en la montaña

El pastor Trefor tenía una casita que parecía una cabaña a bastante altura en la montaña. Las ovejas pacían en muchas millas a su alrededor. Más cerca se hallaban los corderos de aquel año, crecidos ya, y destacándose su cuerpo cubierto de lana entre los cuerpos esquilados de los animales de más edad.

El pastor estaba haciendo una comida sencilla cuando llegaron a su cabaña. Tenía a su lado pan, mantequilla, crema de queso y cebollas, además de una jarra de leche que había refrescado mediante el sencillo procedimiento de colocarla en el arroyo que se deslizaba por la ladera de la montaña no muy lejos de allá.

Saludó con un gesto a los niños cuando se le acercaron. Resultaba extraño su aspecto, por lo desgredado del largo cabello, lo enmarañado de la barba y el color de los ojos, que eran del azul más brillante que habían visto los niños hasta entonces.

Habló en galés, idioma que ellos no entendían.



—¿No puede hablar en inglés? —inquirió Jack—. No entendemos lo que dice.

Trefor sabía unas cuantas palabras inglesas que, después de pensar y mascar cebollas, pronunció:

—Burros. Mañana.

Agregó algo que los niños no comprendieron, y agitó la mano en dirección al punto en que se hallaba situada la amplia granja.

—Quiere decir que los burros llegarán mañana a la granja —dijo Jack—.

¡Magnífico! Quizá quieran ir de merienda tía Allie y Bill montados en burro.

A Trefor le llamó mucho la atención «Kiki». No había visto nunca un loro. Señaló a «Kiki», y soltó una risotada. El loro la imitó al instante.

El pastor le miró con sobresalto.

—Límpiate los pies —dijo «Kiki» con severidad—. ¿Cuántas veces he de decirte que cierres la puerta? ¡Tres ratoncitos ciegos!

Trefor le contempló, medio alarmado. «Kiki» rió sonoramente.

—Tú mira y pues, tú mira y pues, tú mira y...

Los niños se echaron a reír. Jack le dio un golpecito al loro en el pico.

—Vamos, vamos, «Kiki»... no vengas ahora con alardes.

«Blanquito» le dio a Jorge un golpe en las piernas con la cabeza. No le gustaba que le prestaran tanta atención a «Kiki». Jorge se volvió, y el animalito se le metió entre los brazos de un brinco. A Trefor pareció hacerle mucha gracia aquello, y prorrumpió en un torrente de palabras galesas que nadie pudo comprender. Le dio un golpecito en el brazo a Jorge, y señaló el sucio, para indicar a los niños que quería que se sentaran.

Le obedecieron éstos, preguntándose qué querría. El hombre bajó un poco por la ladera, imitando, con suavidad, un balido. Los corderos lanudos alzaron la cabeza al oírle. Empezaron a acudir a él las ovejas de todas partes, balando a su vez, y hasta «Blanquito» abandonó a Jorge y corrió también. El pastor se arrodilló, y las ovejas se apiñaron a su alrededor, acercándole los hocicos para frotarlos contra él. Trefor las había tenido desde pequeñas, las había cuidado, y hasta dado el biberón a algunas, al morírseles la madre. Por eso, al oír la suave llamada que antaño conocieran tanto, se acordaron y acudieron a él, su primer amigo.

A Lucy se le hizo un nudo en la garganta. Había algo muy enternecedor en el cuadro que presentaba aquel pastor anciano, sucio, desgredado y medio salvaje, al llamar a sus ovejas y ser contestado por ellas. «Blanquito», ansioso de acercarse a él, se encaramó de un brinco al lomo de los corderos y le dio con la cabeza.

—¡Fijaos en «Blanquito»! ¡Qué atrevido y qué tunante es! —exclamó Dolly—. ¡Cielos! ¡Apenas puede vérselo a Trefor ahora, tan rodeado de ovejas está!

El pastor regresó sonriendo, muy azules los ojos en el curtido rostro. Ofreció a los niños pan y cebollas, pero éstas eran grandes y de olor muy fuerte, y Jack estaba seguro de que a la señora Mannering no le gustaría que volviesen todos apestando a cebollas.

—No, gracias —dijo cortésmente—. ¿Bajará usted a ver a su hermano, mañana, cuando traiga los burros?

Trefor pareció comprender aquello. Movi6 afirmativamente la cabeza.

—Yo voy. Mañana. Burros.

—Se está haciendo la mar de charlatán, ¿eh? —murmuró Jack, dirigiéndose a sus compañeros—. Bien, Trefor. Así, pues, hasta mañana.

Volvieron a descender la colina. Se detuvieron de nuevo junto al manantial a



beber, y sentados en la hierba, contemplaron las montañas que se alzaban a su alrededor.

—Effans dice que casi nadie vive en esas montañas de allá, porque es difícil llegar a ellas —dijo Jack—. Apuesto a que habrá animales y pájaros interesantes por esos lugares. Ojalá pudiésemos ir a verlo.

—No veo yo por qué no hemos de ir, si Bill y mamá quieren acompañarnos —dijo Jorge, intentando impedir que «Blanquito» le pisara el vientre—. Estáte quieto, «Blanquito». Quítate de encima de mí. Tienes las pezuñas muy afiladas. Resultaría divertido irse a la montaña en burro y llevarse comida para un par de días.

—¿Con tiendas de campaña, quieres decir? —inquirió Jack—. Oye... es una idea. Jorge. Podríamos llevarnos las máquinas y sacar unas fotografías magníficas. Hasta quizá viera algún pájaro raro.

—¡Apuesto a que sí! ¡Hola! ¡Aquí viene «Pepito Resbaloso»!

El escincoideo se le escapó del bolsillo y fue a enroscarse al sol, en el hueco del codo de Jorge. Dolly se retiró inmediatamente a una distancia prudencial. «Kiki» contempló con interés la escena desde el hombro de Jack.

—¡«Pepito Resbaloso»! ¡Qué nombre tan apropiado! —exclamó Lucy, pasándole un dedo por el lomo al escincoideo—. Mirad... le está haciendo cosquillas mi dedo... ¡se está poniendo todo tembloroso!

—«Resbaloso» tembloroso —se apresuró a decir «Kiki». Tenía verdadero talento y no poca manía para eso de juntar palabras de un mismo sonido—. «Resbaloso» tembloroso, resbaloso tembloroso...

—Bueno, bueno —le interrumpió Jorge—. No nos interesa volverlo a oír, «Kiki». Eres un pájaro muy listo, eso ya lo sabemos. Jack, fíjate en este escincoideo... no está ni pizca de asustado ahora.

—Eres un ruin y un mal intencionado —anunció Dolly, desde lejos—. Tú sabes que detesto a las culebras. Bueno, bueno; ya sé que no es una culebra... aunque nada me sorprendería que me mordiese si me acercaba a ella.

—A mí tampoco me sorprendería que te mordiese cualquier cosa cuando te pones tan tonta —contestó Jorge, enfadado—. Hasta a mí me entran ganas de morderte. Ven acá, Dolly. Pásale el dedo por el lomo a «Pepito Resbaloso»... fíjate en los ojitos tan brillantes que tiene.

Dolly dio un grito.

—¡No podría soportarlo! No, no te acerques a mí. Jorge. Es peor que aquellas ratas blancas tan desagradables que tuviste hace unos meses. Pero éstas, por lo menos, se hicieron grandes y las dejaste marchar.

—«Pepito» puede marcharse cuando le dé la realísima gana. Yo nunca retengo a ninguno de mis favoritos cuando quieren marcharse. ¿Quieres marcharte, «Pepito Resbaloso»?

—«Resbaloso» tembloroso, polvoriento macilento —empezó «Kiki», intentando recordar las distintas colecciones de palabras que había ido recogiendo en el curso de

su existencia—. Bufando y soplando...

—Vamos... marchémonos —sugirió Dolly—. Quizás ese bicho tan horrible vuelva a metérsele en el bolsillo si no lo hacemos. Y empiezo a tener apetito.

El escincoideo se perdió por entre la ropa del niño. Éste se levantó y «Blanquito» saltó a su alrededor.

—A ver si sabes andar sin meterme la cabeza continuamente entre las piernas —le dijo Jorge al cabrito—. Acabarás por hacerme caer de narices. Eres demasiado amistoso a veces, «Blanquito».

Regresaron a la granja, disfrutando del sol y de la brisa que soplaba por la ladera. Para cuando llegaron allá, estaban todos hambrientos y no hacían más que evocar visiones de jamón, pollo, ensaladas, frambuesas y nata.

Bill y la señora Mannering habían salido a dar un paseo también, pero montaña abajo, y no arriba. Habían vuelto poco antes y empezaban a preguntarse dónde estarían los niños. «Blanquito» se les acercó dando saltos.

—¡Qué lindo es! —murmuró la señora—. Supongo que nos seguirá ya durante todas las vacaciones. Es una lástima que los cabritos tengan que hacerse mayores. No creas que te vas a llevar a «Blanquito» a casa, Jorge. No pienso tener una cabra en el jardín mientras estáis vosotros en el colegio, para que se me coma todo lo que hay en el huerto y hasta la ropa que cuelgue a secar.

—Mamá, Trefor dice que su hermano llegará a la granja mañana con los borricos —contestó el niño—. ¿Podemos escoger cada uno el nuestro? ¿Cuántos habrá?

—Sí, podréis escoger el que os guste si queréis. No sé cuántos habrá... supongo que seis. ¡Dios quiera que el que yo escoja tenga el andar seguro!

—Todos lo tendrán —aseguró Jack—. Caminarán con la misma seguridad que las cabras. Pero sin saltar tanto. No me haría mucha gracia cabalgar sobre una de esas cabras montesas dando saltos de roca en roca.

—¡Dios santo, hasta el pensarlo da horror! —exclamó la señora Mannering—. Yo escogeré el burro más tranquilo, más parado, más pacífico, más plácido y mejor humorado de todos... uno que sea incapaz de dar un solo salto y hacerme caer.

Todos se echaron a reír. Evans se les acercó, encantado de verles felices.

—Es hora de comer —anunció—. La señora Effans lo tiene todo preparado ya.

—No tardaré en hablar en sonsonete yo también —dijo Lucy, levantándose del muro—. ¡Y vaya si, pues, que lo haré!

Rieron todos al escuchar sus palabras y su tono. «Blanquito» entró comiendo en la cocina delante de ellos. A la señora Evans no le importó ni pizca, pero lo espantó cuando le vio subirse a una silla. Una gallina salió de debajo de la mesa. «Kiki» voló hacia una viga, se posó sobre un jamón que colgaba de ella envuelto en una tela, y enfocó la mirada sobre la mesa para ver qué fruta había.

—Piiii, suena el pito —anunció.

E hizo el ruido de un corcho que salta de una botella. Evans alzó la cabeza con admiración.

—¡Qué pájaro! —exclamó—. ¡Nunca pájaro como tú he visto, mira!

«Kiki» empezó a hipar y Evans rompió a reír a carcajadas. La señora Mannering frunció el entrecejo.

—¡«Kiki»! ¡Haz el favor de callarte! ¿Cuántas veces he de decirte que no me gusta ese ruido?

—¿Cuántas veces he de decirte que te limpies los pies? —respondió el loro.

Y lanzó un chillido. Evans se retorció de risa. «Kiki» empezó a hacer una exhibición, abriendo y cerrando el pico ruidosamente, irguiendo y bajando la cresta, y haciendo toda clase de ruidos raros.

—¡«Kiki»! ¡Ven aquí! —ordenó Jack con severidad. Y el loro fue a posársele en el hombro. El niño le dio un golpecito en el pico—. Como vuelvas a andar con más tonterías, te encierro en la alcoba. ¡Pájaro malo! ¡Pájaro tonto!

—¡Pobre lorito! ¡Lorito malo! —dijo «Kiki».

Y le dio un picotazo cariñoso en la oreja. Jack volvió a darle en el pico.

—¡A callar! ¡Ni una palabra más! —ordenó. «Kiki» se metió la cabeza debajo del ala, y llegaron unos murmullos a oídos de todos. Pero ninguno pudo distinguir lo que decía, aun cuando Evans aguzó el oído, esperanzado. ¡Qué pájaro! Hubiese querido tener uno así.

La comida fue tan buena como lo fuera el té merienda y el desayuno. Los niños se aplicaron a dar trabajo a los dientes y la señora Evans quedó encantada de que apreciaran tanto sus guisos. No hacía más que insistir en que se sirvieran por segunda y tercera vez todos, pero, al poco rato, ni los niños fueron capaces de comer más.

—No hay té a las cuatro —repetía la señora sin cesar—. No habrá nada hasta las seis. Conque, comed, mira, comed.

—Tembloroso resbaloso —anunció «Kiki» de pronto.

Y Dolly soltó un chillido. El escincoideo le estaba saliendo a Jorge por la manga. El niño se apresuró a hacerle retroceder, confiando en que nadie lo habría visto. Pero Bill se había dado cuenta ya. Sonrió.

—¿Un nuevo agregado a la familia? —dijo—. ¡Qué bien! Entre «Blanquito», «Kiki» y... ah... «Resbaloso», se me antoja que estamos preparados para un veraneo interesante.

## Capítulo V

### Llegada de los borricos

El siguiente motivo de emoción fue la llegada de los borricos, naturalmente. Los niños los habían estado aguardando con expectación toda la mañana siguiente, no queriendo salir de paseo para no perderse su aparición. Lucy fue la primera en verlos.

Dio un grito que hizo retirarse al escincoideo al bolsillo de Jorge y causó tal sobresalto a «Blanquito», que dio un brinco de cerca de metro y medio. Hasta «Kiki» dio un bote.

—¡Los burros! —exclamó Lucy—. ¡Mirad, ahí vienen! ¡Por el sendero de la montaña!

Unos momentos después, todos los niños bajaban por la ladera a toda velocidad en dirección a los animales. Eran ocho, fuertes, vigorosos, de ojos brillantes y larga cola con la que espantaban a las moscas. Todos tenían color gris y todos meneaban las orejas al subir por el pendiente sendero. Iba con ellos David, hermano de Trefor, casi de la misma edad que el pastor, pero con la barba y el cabello más cuidados. Tenía los ojos tan azules como su hermano, pero parecía tímido y temeroso, como si el mundo no le hubiese tratado muy bien.

Contempló a los vivarachos niños con una débil sonrisa.

—¿Podemos montarnos en cuatro de los burros ahora? —inquirió Jorge—. Sabemos cabalgar. Vamos Lucy, ¡arriba!

Dio a la niña un empujón y la subió. Dolly no necesitaba ayuda. Montó en un instante, dando un salto como «Blanquito».

Los burros subieron el sendero al paso, negándose a ir al trote ahora que llevaban carga. «Blanquito» caminaba al lado del burro de Jorge, algo celoso, dándole topetazos al animal.

—¡Hola! ¡Aquí estamos! —exclamó Jack, llegando hasta donde estaban la señora Mannering y Bill—. ¡Ocho borricos entre los que escoger! ¿Cuál querrá usted, tía Allie?

David les miró sonriente mientras examinaban y probaban los burros. Llegó el pastor Trefor, y los dos hermanos charlaron en galés. Se presentaron Evans y su mujer a continuación, y todos se pusieron a discutir sobre los burros.

—Tenemos muchas ganas de irnos por las montañas en burro, mamá —dijo Jorge, con engatusadora voz—. ¿Podemos? Contigo y con Bill, claro. Para quedarnos fuera unas cuantas noches quiero decir. Jack y yo creemos que debe haber la mar de pájaros raros allá en esas montañas solitarias... y habrá muchos animales también.

—Sí que resultaría divertido —contestó la madre—. No he acampado desde Dios sabe cuándo, y este tiempo es magnífico. ¿Qué dice usted, Bill?

—¡Yo digo que sí! —respondió el detective, que amaba la vida al aire libre y era veterano en eso de acampar—. Le haría a usted bien, Allie. Podríamos llevarnos un par de burros de repuesto para que cargasen con las cosas que necesitaríamos.

—¡Oh, Bill! ¿De veras podemos ir? —exclamó Lucy, loca de alegría.

Y Dolly saltó a su alrededor también. Irse por la montaña en burro, y llevarse tiendas de campaña y provisiones..., ¿qué cosa más divertida podía haber?

—¡Será una aventura! —dijo Dolly—. No una de las que solemos correr, claro, sino una, agradable de verdad. Eso te gustará a ti, ¿verdad, Lucy?

—¡Oh, sí! —respondió la otra, que nunca disfrutaba de verdad cuando estaba corriendo una auténtica aventura—. Me gustaría esa clase de aventura. ¿Cuándo podemos ir?

—Más vale que nos acostumbremos a nuestras monturas antes de pensar en marchar —repuso Bill—. Yo no estoy acostumbrado a montar un burro, ni tía Allie tampoco. Nos quedaremos entumecidos y doloridos al principio, conque más vale que pasemos por esa fase antes de emprender la marcha. ¿Os parece bien la semana que viene?

—¡Oh, yo no soy capaz de esperar tanto! —exclamó Dolly.

Y todos rieron al ver la cara tan larga que ponía.

—Effans, ¿cuál es un sitio agradable al que ir? —preguntó Jack, volviéndose hacia el granjero.

Éste reflexionó. Le habló al pastor en galés, y éste le respondió en el mismo idioma.

—Dice que el Valle de las Mariposas es un buen sitio —contestó por fin—. Está lleno de pájaros además de mariposas.

—El Valle de las Mariposas... suena magnífico —dijo Jack, encantado.

—¡Estupendo! —asintió Jorge—. ¡El no va más! Iremos allá. ¿Está muy lejos?

—Dos días a lomo de burro —anunció Evans.

Bill hizo un cálculo.

—Necesitaremos un guía... o Trefor, o Effans o el hermano de Trefor... y por lo menos dos burros para cargar con las tiendas de campaña y las provisiones... y seis burros para nosotros. Total, nueve. Y sólo tenemos ocho aquí. Effans, pregúntele a este hombre si tiene otro borrico.

Resultó que el hermano de Trefor había tenido la intención de volver a su casa montado en burro, y de llevarse a otro cargado de cosas de la granja para vender, dejando sólo seis. Evans discutió con él para que regresara a la semana siguiente con tres burros más que agregar a los seis que dejaba.

—Y entonces puedes hacer de guía de estos señores —dijo—. Eso representará dinero para ti. Usarás tú un burro, ellos usarán seis, y habrá dos para la carga. ¡Eso representa mucho dinero para ti, David, y vaya, pues, sí!

David accedió. Regresaría el miércoles de la semana siguiente con tres burros que agregar a los seis que dejaría ahora atrás. Dos para cargar, uno para él, y seis para los

niños, la señora Mannering y Bill.

Los niños estaban excitadísimos. No hacían más que correr alrededor de los borricos, darles palmaditas, frotarles los hocicos, y montarse encima. A los animales parecía gustarles todo aquel jaleo. Permanecieron quietos, agitando la cola y siguiendo a los muchachos con la mirada. «Blanquito» corría de un lado para otro, metiéndose por debajo de burro tras burro, loco de excitación también.

Trefor ayudó a su hermano a cargar a un burro con paquetes y fardos de todas clases. La carga se fue haciendo más y más pesada, pero el animal lo soportó todo con paciencia, pareciendo no importarle. Luego, ardiendo en deseos de ponerse en marcha ya rebuznó.

«Kiki» no había oído rebuznar a un burro nunca hasta entonces, y se alzó en vuelo vertical, asustado.

—¡I-ooo, i-ooo! —rebuznó el borrico, golpeando al propio tiempo el suelo.

—¡Troncho! Ahora supongo que «Kiki» se pondrá a ensayar rebuznos también —dijo Jack—. Tendremos que impedirselo si lo hace. Malo está tener que aguantárselo a un burro... pero los de «Kiki» resultarían espantosos.

El animal quedó cargado por fin. David montó sobre otro, se despidió cortésmente de todos, y marchó sendero abajo, conduciendo al burro cargado, por un ramal.

—¡Ahora podremos escoger cada uno nuestro burro! —dijo Lucy, encantada—. Tía Allie, escoja usted primero.

—Pues, la verdad, a mí me parecen todos iguales —anunció la señora.

Bill le preguntó a Evans si sabía cuál de los animales resultaría el más pacífico. Evans se encaró con Trefor.

Éste pareció conocerlos. Señaló a uno pequeño, de mirada apacible, y dijo unas palabras en galés.

—Dice que ése es el que a usted le conviene —anunció Evans—. Es tranquilo y bueno. Se llama «Paciencia».

—Bien, lo escogeré entonces —dijo la señora Mannering—. Esta burra es mía, niños... la que tiene la mancha negra en la frente.

—Yo quiero éste —exclamó Dolly, tirando de uno de los burros que no hacía más que echar hacia atrás la cabeza y golpear de cuando en cuando el suelo con las patas—. Me gusta. ¿Cómo se llama, Trefor?

Trefor dijo algo que nadie comprendió. Evans hizo de intérprete.

—Se llama «Trébol». Y éste es «Pardo», y aquél, «Salpicado». Los otros dos son burras y se llaman «Primor» y «Margarita».

Lucy se quedó con «Trébol». Jack escogió a «Pardo» y Dolly a «Salpicado». A Bill le tocó «Primor», y a Jorge, «Margarita». Todos quedaron contentos con el animal que les había caído en suerte.

—Montémoslos ahora —sugirió Jack, saltando a lomos de su burro—. Vamos, Bill... Tía Allie, monte. Daremos nuestro primer paseo... senda arriba y vuelta otra

vez.

Los seis marcharon montados en sus respectivos burros, contemplados por el matrimonio galés. Los animales no quisieron ir aprisa cuesta arriba, y Bill aconsejó a los niños que no intentaran obligarles.



—Bajarán al trote, no os preocupéis —anunció—; pero es duro para ellos cuesta arriba, cargar con nuestro peso.

Fue la mar de divertido, subir la empinada senda a caballo en los burros. La señora Mannering se sintió un poco nerviosa al principio al llegar a los lugares pedregosos; pero su burro tenía tan seguro el pie como los demás y avanzó con seguridad hasta por los lugares más quebrados.

Bill se mantuvo cerca de ella por si necesitaba ayuda; pero no hizo falta. Los niños, naturalmente, hubiesen despreciado todo intento de ayuda. Estaban todos acostumbrados a ir a caballo, y los burros eran fáciles de gobernar.

—Ahora volveremos atrás —anunció Bill, por fin.

Conque todos dieron la vuelta y emprendieron el camino de regreso. «Blanquito» les acompañó también, claro. Había ido corriendo y saltando delante de ellos todo el camino, convencido, al parecer, que era él quien les iba guiando.

—Esto ha sido divertido —dijo Lucy, camino de regreso, yendo los animales más aprisa ahora que marchaban cuesta abajo.

A la señora Mannering le gustó mucho menos el trote que el paso.

—Mi burro es de lo más irregular que puede darse —le dijo a Bill—. Cada vez que yo subo, él baja y cada vez que yo bajo, él sube, conque no hacemos más que encontrarnos y darnos un topetazo.

Todos se echaron a reír. Y lo sintieron mucho cuando llegaron a la granja porque, para entonces, se habían habituado a sus monturas y hubiesen continuado cabalgando eternamente como quien dice. Pero la mesa estaba puesta y la señora Evans les aguardaba a la puerta, todo sonrisas; conque se apresuraron a conducir a los burros al prado, y a trasladar los arreos a la cuadra.

—Se habrá usted acostumbrado del todo a montar en burro para la semana que viene —le dijo Bill a la señora Mannering—. Para cuando llegue el miércoles, estará usted dispuesta a emprender la marcha, y tendrá la misma sensación que si hubiese estado montando en burro toda su vida.

—Oh, estoy segura de que sí —asintió la señora. Sintió que algo le picoteaba el pie, y miró por debajo de la mesa. Vio una gallina muy gorda y la apartó—. ¡Márchate! ¡Deja de picotearme el pie!

La gallina huyó, pero la sustituyó «Blanquito», que, habiendo caído de las rodillas de Jorge al sentarse éste a la mesa, se distraía ahora tratando de comérsele los cordones de los zapatos. La señora Mannering lo apartó a él también con el pie, y el cabrito se puso entonces a mordisquearle el dobladillo de la falda. Como ella no se diera cuenta de eso, «Blanquito» pudo morder un buen rato a sus anchas.

Al día siguiente, tanto las niñas como la madre se sentían tan doloridas como consecuencia de la cabalgada del día anterior, que apenas pudieron andar. Los niños y Bill se encontraban divinamente; pero la señora Mannering exhaló un gemido al bajar la escalera.

—¡Santo Dios! ¡Me siento como una anciana! ¡Jamás podré montar un burro otra vez! —dijo.

Pero los dolores y el entumecimiento se pasaron y no tardaron los seis en acostumbrarse a pasear en burro todos los días por la mañana. Las vistas eran magníficas y podían hacerse excursiones muy bonitas. «Blanquito» les acompañaba siempre, saltando delante de ellos, sin cansarse. «Kiki» iba en el hombro de Jack, alzando el vuelo de vez en cuando para espantar a algún pájaro que hubiese en la vecindad. Éstos huían apresuradamente, asombrados, cuando «Kiki» les ordenaba que se limpiasen los pies.

—Ya no faltan más que dos días para el miércoles —dijo Lucy, muy contenta—. Estaremos preparados para entonces... podremos cabalgar horas y horas sin cansarnos.

—Sí... camino del Valle de las Mariposas —asintió Jack—. ¿Cómo será? Me imagino que está lleno de alas de todos los colores. ¡Maravilloso!



—¡Oh, miércoles! —exclamó Dolly—. ¡Date prisa y llega! Cuarenta y ocho horas más y... ¡en marcha!

Pero sucedió algo inesperado en el transcurso de las cuarenta y ocho horas en cuestión. ¡Algo que echó a perder por completo todos sus planes!

## Capítulo VI

### En marcha hacia el valle de las mariposas

Sucedió al día siguiente. Fue cuando marchó la señora Mannering con la señora Evans al cobertizo mayor. El viento cerró de pronto la puerta, pillándole la mano.

La señora Mannering dio un grito. La señora Evans corrió a abrir la puerta. Pero la otra tenía ya la mano estrujada y llena de magulladuras.

Bill se mostró muy preocupado.

—La llevaré a usted al médico —dijo—. Voy a buscar el coche. ¿Dónde están los niños? ¿Con los burros? Dígales dónde hemos ido cuando vuelvan, señora Evans. No tiene por qué molestarse. Ya me encargaré yo de que le curen como es debido la mano a la señora Mannering. No espero que sea muy seria la cosa, pero la haré mirar por los rayos X por si tiene algún hueso pequeño, roto.

La señora Mannering, bastante pálido el semblante, marchó en el coche en compañía de Bill, bajando la pendiente camino de la montaña en dirección a la ciudad, que se encontraba a cierta distancia en el valle vecino, cosa de quince millas más allá. Poco tiempo después, la señora se hallaba en el hospital.

Los niños se llevaron un disgusto cuando se enteraron de lo ocurrido.

—¡Pobre mamá! —exclamó Jorge—. ¡Debe haberle hecho un daño terrible esa puerta tan pesada al pillarla!

—Ya lo creo que sí y pues —respondió la señora Evans que parecía bastante disgustada también—. Dio un grito la pobrecilla, y ya no soltó ni una queja más. Bueno, no pongáis esa cara tan triste... estará de vuelta esta noche.

—¿Podrá salir para las montañas mañana? —preguntó Lucy—. ¿Cómo podrá cabalgar con una mano inutilizada?

—Pues no, claro, no podrá —contestó la granjera—. Pero puede quedarse aquí conmigo, y yo me encargaré de cuidarla. Vosotros podéis marcharos con el señor Cunningham y con David.

—Pero, ¿querrá ir Bill estando mamá así? —murmuró Jorge—. La aprecia una barbaridad. ¡En verdad es tener mala suerte que haya ocurrido esto cuando teníamos un plan tan estupendo! ¡Pobre mamá! Dios quiera que tenga mejor la mano ya.

La señora Mannering regresó aquel atardecer en el coche de Bill, un poco antes de la hora del té. Tenía mejor aspecto, y quitó importancia a lo de la mano.

—La hemos hecho mirar por los rayos X —replicó Bill—. Se le ha roto un huesecito pequeño aquí (señaló el lugar en el dorso de su propia mano). Ha de tener la mano vendada y descansar. He de volver a llevarla a que se la vean otra vez dentro de tres días.

—No sabéis cuánto lo siento, niños —dijo la señora Mannering—. Y, Bill, no es

en realidad necesario que me lleve usted. Puedo conducir el coche yo misma, aun con una mano estropeada. Lleve a los niños a hacer la excursión mañana. No quiero que se lleven un chasco ya que tanto lo esperaban.

—¡Cómo! ¿Y dejarla a usted así? —exclamó Bill—. ¡No sea tonta, Allie! La llevaré yo mismo en el coche el viernes. Los niños pueden irse con David, si es que éste está dispuesto a llevarles, solo. Es una excursión corriente, y estarán de regreso dentro de unos días. Todos ellos saben montar en burro tan bien como el propio David... ¡y probablemente disfrutarán más sin nosotros!

—Preferiríamos que viniese usted y tía Allie —dijo Jack—. Pero, puesto que no pueden, les estamos muy agradecidos por dejarnos ir solos. No nos pasará nada, Bill. David conoce el camino, nosotros sabemos cuidarnos además.

Conque quedó acordado que los cuatro niños irían solos en burro con su guía David, llevando consigo tiendas de campaña, petates y provisiones. Jorge interrogó a Bill, para asegurarse de que la mano de su madre no había sufrido daño serio.

—¡Oh, no! —respondió el detective—. No tardará en sanar. Pero quiero estar seguro de que no la use, y deseo llevarla al médico dentro de tres días. Siento no poder acompañaros, pero iréis bien solos. No veo yo cómo podréis meteros en ningún jaleo ni correr ninguna aventura espeluznante yendo de paseo en burro por las montañas con David. Quizá podamos ir todos juntos otra vez más adelante.

Los niños estaban excitadísimos aquella noche, preparando las cosas que querían llevarse. Tenían dos tiendas de campaña pequeñas, un saco de dormir cada uno, dos toldos para el suelo, máquinas fotográficas, prismáticos de campaña, una muda de ropa, y provisiones.

De la comida se encargó la señora Evans. Bill la vio empaquetar lo que supuso que comerían durante los días de ausencia.

—No me gusta meterme en el asunto —les dijo a los otros—; pero, la verdad, ha puesto lo bastante para un mes completo. ¡Si hasta ha metido un jamón entero...! ¡y de los grandes!

—¡Troncho! —exclamó Jack—. Y, ¿qué más?

—Un par de lenguas, huevos duros, latas de todas clases, «plum-cake» y Dios sabe cuántas cosas más —dijo Jorge—. Comeremos como príncipes.

—Bueno —empezó Lucy—, yo siempre creo que comemos el doble al aire libre, porque la comida sabe...

—¡Mucho mejor y más sabrosa! —coreó todo el mundo.

Lucy decía aquello mismo por lo menos una docena de veces cada veraneo. Ella se echó a reír.

—Sea como fuese, resultará agradable llevar todo lo que pudiera ocurrírse nos comer. Y hay que pensar en David... tendremos que llevar comida para él también.

—No da la sensación de ser muy comilón —observó Dolly—. ¡Es un hombrecillo pellejudo y pues!

—Más vale que os acostéis temprano —dijo la señora Mannering un poco más

tarde—. Os espera una larga cabalgata mañana, según dice Evans.

—Bueno. ¡Así llegará mañana más aprisa! —dijo Lucy—. ¿Cómo se siente la mano, tía Allie?

—La mar de bien, gracias. Estoy segura de que hubiese podido acompañarnos mañana en realidad.

—Pues no es verdad —se apresuró a decir Bill, temiendo que la señora Mannering hiciese la tontería de querer marcharse con los otros después de todo.

Ella se echó a reír.

—¡No se preocupe! Voy a ser sensata. Y, ¡caramba!, si que resultará un cambio agradable verse libre de cuatro críos tan escandalosos y un pájaro más ruidoso aún durante unos cuantos días, ¿no le parece, Bill?

Todos los niños se despertaron muy temprano a la mañana siguiente. «Blanquito», que era un verdadero dormilón, no tenía el menor deseo de despertarse, y se acurrucó aún más entre las mantas al intentar el muchacho levantarse de la cama.

«Kiki» sacó la cabeza de debajo del ala y se la rascó.

—Tembloroso resbaloso —observó.

Lo que significaba que había visto al escincoideo. Estaba hecho una rosca en un rincón del cuarto. De buena gana hubiese dormido en la cama de Jorge, pero le tenía miedo a «Blanquito», que acostumbraba mordisquear todo cuanto estuviera a su alcance.

Los niños se alzaron y atisbaron por la ventana. Era un día verdaderamente perfecto. Las montañas se alzaban en el firmamento matutino tan hermosas como siempre en aquellas horas matutinas.

—Parece como si acabara de pasar alguien y lavarlas —dijo Jack—. El cielo también parece como si lo hubiesen lavado de tan limpio y nuevo que está.

—Me gusta la sensación que se experimenta a primera hora de la mañana —anunció Jorge, poniéndose el pantalón—. Tiene algo de... de nueva... algo así como si fuera la primera mañana que hubiese existido.

«Blanquito» se acercó al rincón en que se hallaba «Pepito Resbaloso», y éste fue a refugiarse en seguida debajo de la cómoda. Jorge se agachó, lo recogió y dejó que le resbalara dentro del bolsillo.

—Tendré que buscarte unas moscas para desayuno, «Pepito» —dijo—. Cállate, «Kiki»... Despertarás a toda la casa con esa tos tan horrible.

«Kiki» sabía imitar una tos horriblemente hueca, que había copiado de un anciano, tío de Jack, y estaba ensayándola ahora. Se interrumpió al hablar Jorge, y fue a posarse en el hombro de Jack.

—Pájaro bobo, pájaro raro —dijo éste afectuosamente, rascándole el cuello—. Vamos, Jorge, a ver si se han levantado ya las niñas.

Se estaban levantando en aquel momento las dos, excitadas al pensar que iban a acampar en la montaña.

—¿Llevas ese horrible bicho encima? —inquirió Dolly, medrosa, mirando a

Jorge.

—Sí, por algún sitio anda —contestó su hermano, buscándose a tientas por el cuerpo—. No puede negarse una cosa: ¡«Resbaloso» viaja que es un gusto!

Dolly se estremeció y fue a lavarse al cuarto de baño. Allí estaba «Blanquito», royendo la estera de corcho que consideraba, sin duda, un delicioso manjar.

—¡Oh, «Blanquito»! ¡La señora Evans no va a estar nada contenta contigo! —exclamó la niña, ahuyentando al cabrito hacia la puerta.

El animal marchó en busca de Jorge, pues era de la familia ya.

La señora Mannering tenía la mano entumecida y dolorida aquella mañana, pero habló muy poco de ella para no disgustar a los muchachos. Se alegró de que hiciera tan buen día y observó, con regocijo, cómo empaquetaba la señora Evans, cuidadosamente, toda la comida que había preparado para que se la llevaran los excursionistas.



—Como os comáis todo eso —dijo—, jamás lograréis venir a casa en burro; estaréis demasiado gordos.

—No quiero que se queden con hambre —anunció la bondadosa señora Evans—. Vaya, creo que me he acordado de todo. Debéis usar un burro para llevar la comida, y el otro para todo lo demás, mira. Ya me encargaré yo de que David lo sujete todo bien.

Los cuatro escucharon la voz afectuosa de la granjera mientras desayunaban. Se sentían muy felices. Lo único que enturbiaba su alegría era el hecho de que Bill y la señora Mannering no fueron a acompañarles. Por otra parte, sin embargo, ¡tendrían más libertad yendo sin personas mayores!

«Kiki» hipó, con un ojo clavado en la señora Mannering. Ésta miró con severidad al loro.

—¡«Kiki»! ¡Eso lo has hecho adrede! ¿Quieres que te den un golpe en el pico?

—Perdón —contestó el loro.

Y rompió a reír a carcajadas.

A Evans se le atragantó el tocino al ponerse a reír con la boca llena. Se le quedó el rostro amoratado. El tocino se equivocó de agujero, y le hizo hipar a él también.

—¡Perdón, mire! —le dijo a la señora Mannering con tan horrorizada expresión en el semblante, que todos se echaron a reír.

—¡Aquí está David en busca vuestra! —anunció la señora Evans desde la puerta, a la que se había dirigido para espantar a un pavo que quería entrar en la cocina.

Éste parpó de una manera que asustó enormemente a «Blanquito». «Kiki», claro, parpó a su vez en seguida, y el pavo asomó la cabeza con asombro.

—¡Shuuu! —exclamó la señora Evans, agitando las manos—. Buenos días, David; bien temprano vienes y bueno es el día que contigo traes, mira.

—Verdad es, que —contestó David en galés.

Y saludó con tímida sonrisa a cuantos se hallaban en la cocina. Los burros se agolpaban a su alrededor, tintineando y brillando sus arreos.

—¡Vamos! —gritó Jack, demasiado excitado para poder permanecer sentado por más tiempo—. ¡Vamos! Carguemos las cosas en los burros y marchemos.

Todos salieron corriendo. Momentos más tarde, David y Effans lo sujetaban todo a los lomos de los borricos. Uno de ellos llevaba un cuévano sujeto a cada lado para llevar las provisiones. El otro, llevaba las cosas sujetas al lomo. Se mantuvieron ambos la mar de quietos, moviendo las orejas espasmódicamente al posarse sobre ellas alguna mosca.

—Bueno, ¿estamos ya preparados para la marcha? —inquirió Jorge—. Creo que lo tenemos todo. ¡Troncho! ¿Dónde están mis gemelos de campaña?

Por fin quedó preparado todo, y todo el mundo estuvo dispuesto. Se le había explicado a David que Bill y la señora Mannering no irían. Effans le dijo ahora que él se encargaría de cuidar de los dos animales sobrantes hasta su regreso. A David no parecía hacerle mucha gracia tener que irse solo con los muchachos. Hasta se le antojó a Bill que la perspectiva aquélla le producía cierto pánico. ¡Pobre hombre y qué tímido era! «¡Qué lástima! —pensó Bill—, que no fuera Effans quien acompañase a los niños en lugar de aquel hombre». Ello, no obstante, Jack y Jorge estaban acostumbrados ya a hacer vida de campamento y podía confiarse que obrarían con sensatez.

—¡Adiós! —dijeron todos—. ¡Hasta dentro de unos días! ¡Cuídate la mano, mamá! Y ahora, ¡en marcha hacia el Valle de las Mariposas!

## Capítulo VII

### Por el camino

El grupo partió a lomos de los burros, despedido por Bill, la señora Mannering, la granjera y su esposo. Tenían que pasar por la cabaña de Trefor, y los animales iniciaron el ascenso por el pendiente sendero con un paso comedido.

«Blanquito» corrió a su lado, pasando y repasando por debajo de los borricos sin que éstos dieran la menor muestra de desasosiego por ello. Parecían encontrarle simpático, y «Salpicado» bajaba invariablemente la cabeza hacia él cada vez que se le acercaba. «Kiki» iba, como de costumbre, sobre el hombro de Jack, haciendo chasquidos con el pico y hablándole a su amito al oído.

Llegaron a la vivienda del pastor. Éste se hallaba en la ladera atendiendo a un cordero enfermo. Les salió al encuentro, agitado el desgreñado cabello por el viento, y brillándole los ojos como azules nomeolvides.

Los dos hombres hablaron en galés. El tono de voz de David sonaba algo plañidero. Trefor parecía estarle quitando importancia a lo que el otro le decía. David sacó un mapa que le había dado Bill y dio la sensación de estar diciendo que no lo comprendía poco ni mucho.

Trefor habló rápidamente entonces, señalando en una y otra dirección. Cada vez que deseaba darle énfasis a una palabra, le propinaba un golpe en el pecho a su hermano con el dedo exterior. Los niños supusieron que le estaba explicando por dónde podía conducirles.

—Dios quiera que conozca David el camino, en efecto —observó Jack—. Quizá creyera que iba a ayudarle Bill a encontrarlo con ayuda del mapa si le acompañaba. Me da la impresión de que está diciendo a Trefor que anda muy lejos de estar seguro de por dónde ha de llevarnos.

—Bueno, y ¿qué importa eso? —quiso saber Jorge, apartando de un empujón a «Blanquito», que intentaba subirse al burro con él—. Me gustaría ver el Valle de las Mariposas; pero mientras vayamos a acampar por estas montañas tan hermosas, me importa un comino dónde vayamos.

—Sí, veremos la mar de pájaros y animales en cualquier caso —asintió Jack—. ¡Vamos, David! ¡Pongámonos en marcha!

El tímido David montó en su burro de un salto. Le dijo adiós a su hermano, y el grupo se puso en movimiento de nuevo, metiéndose por un estrecho sendero que ni subía demasiado, ni descendía con exceso.

Resultaba agradable a más no poder cabalgar por allí, viendo desde tan alto el valle. Se encontraba en parte al sol y en parte a la sombra, porque aún no había ascendido mucho el astro. A su alrededor volaban las golondrinas cazando moscas,

brillando al sol las alas de acerado azul. «Kiki» las observó atentamente. Había intentado más de una vez cazar moscas él también, pero fracasado siempre en su intento. En cualquier caso, ¡las moscas no tenían tan buen gusto como la fruta!

Continuaron cabalgando hasta que sintieron todos apetito y sed. Llegaron a un bosquecillo de abedules cerca del cual se deslizaba un arroyo.

—Parémonos a comer algo aquí —dijo Jorge, saltando del burro—. A la sombra de estos árboles. Estoy ya medio asado.

David se cuidó de los animales conduciéndoles al arroyo para que bebiesen. Luego los dejó errar libremente por allí, porque acudían a su llamada y sabía que no se alejarían demasiado. Los burros acabaron por retirarse a la sombra a descansar, espantando las moscas con la cola.

«Blanquito» corrió a ellos, portándose como una criatura mimada, y dejando que le acariciaran y contemplaran los animales. «Salpicado» bajó la cabeza y le frotó el cuello con el hocico. Cuando el cabrito corrió hacia el burro siguiente, «Salpicado» marchó tras él.

—«Salpicado» quiere hacerse amigo de «Blanquito» —dijo Dolly, sacando el paquete del almuerzo de uno de los enormes cuévanos—. Ten, Lucy... toma este cazo y llénalo de agua en el arroyo. Debe ser agua purísima. Podemos echarle luego parte de este zumo de limón. ¡Tengo una sed terrible!

David estaba bebiendo en el arroyo, conque supusieron que, en efecto, el agua sería buena. Gorgoteaba al deslizarse por un lecho de guijarros y bajaba la colina a toda velocidad. Lucy llenó el cazo.

Hicieron una comida magnífica. Tuvieron que llamar a David para que la compartiese, porque parecía haberse vuelto, de pronto, más tímido. Se acercó, sentándose a cierta distancia de ellos.

—No, David. Venga usted aquí con nosotros —dijo Jack, dando una palmada en el suelo—. ¡Queremos aprender galés! ¡Venga a hablarnos!

Pero el hombrecillo dio muestras de mayor timidez aún, y trabajo les costó conseguir que comiese la parte que le correspondía siquiera. ¡Con lo estupenda que estaba aquella comida!

El paquete contenía cinco clases de bocadillos, lechuga, fresas envueltas en un paño húmedo, huevos duros, y grandes porciones de tarta de mermelada. Aquello, con un buen trago de limonada fría, era el mejor tentempié que se hubiese podido desear.

—Nadie del mundo, ni siquiera el rey que más dinero tenga, puede hacer una comida mejor que ésta —dijo Lucy, mascando un bocadillo de pollo.

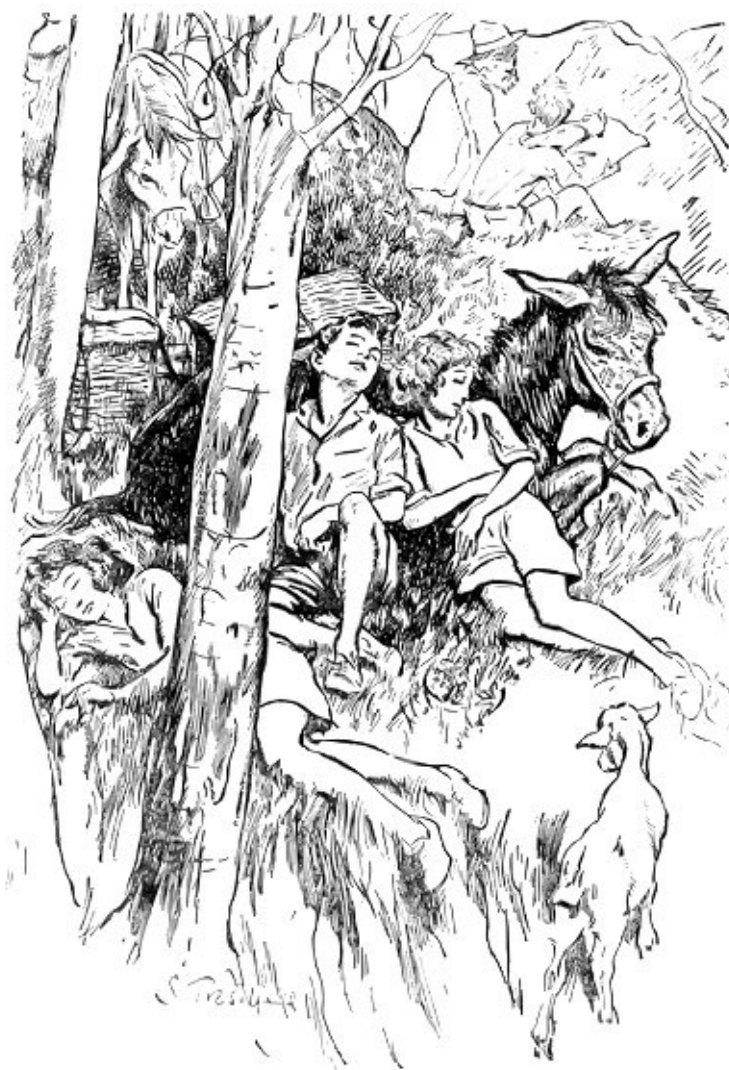
—Ni disponer de un sitio más agradable en que comerla —asintió Jorge, señalando con un gesto, el magnífico panorama de que disfrutaban—. Fijaos, ¡no hay rey que pueda contemplar mejor vista que ésta desde su palacio! ¡Valles y montañas, y luego más montañas aún, y después el cielo azul despejado! ¡Maravilloso!

Todos contemplaron la vista. Un ruido de papel les hizo volver la cabeza.



—«¡Blanquito!». ¡So grandísimo glotón! Mirad, ¡se ha comido todos los bocadillos de pollo que quedaban! —exclamó Jack, indignado, olvidándose por completo del panorama—. Jorge, dale un cachete. No podemos permitirle que haga eso, o no nos alcanzará la comida. Puede comer hierba divinamente.

Jorge le dio al cabrito un golpe en el hocico. «Blanquito» retrocedió, enfadado, llevándose la boca llena de papeles de los que habían servido para envolver los bocadillos. Se los comió con aparente fruición. Pero no tardó en volver al lado de Jorge apretándose afectuosamente contra él, ansioso de volver a congraciarse con el niño. «Salpicado» se dirigió a Jorge también para estar cerca del cabrito. Se echó a su lado, y el niño le usó inmediatamente como respaldo.



—¡Gracias, amigo! ¡Era lo que me estaba haciendo falta! —exclamó.

Y todos se echaron a reír al verle acomodarse lo mejor posible contra el burro.

—¿Quiere usted otro bocadillo, David? —preguntó Lucy, tendiéndole al hombre un paquete.

David no había comido, ni con mucho, lo que ellos, ya fuera por timidez, o porque no tuviese tanto apetito. Movi6 negativamente la cabeza.

—Descansemos un poco ahora —propuso Jorge, soñoliento—. No hay prisa.

Podemos emplear todo el tiempo que nos dé la gana para llegar a cualquier parte.

Jack empezó a preguntarle a David el nombre de las cosas en galés. Era tonto no poder hablar con él. David, evidentemente entendía más inglés del que sabía hablar; pero hasta las pocas palabras inglesas que decía, las pronunciaba de una manera tan extraña que a los niños les costaba trabajo comprender lo que intentaba explicarles.

—Vamos, David, hable —insistió Jack, que no sentía tanto sueño como los otros—. ¿Qué es esto en galés?

Le enseñó la mano.

David empezó a darse cuenta de que el niño deseaba que le diesen una lección de galés y se animó un tanto. Le producía cierto embarazo «Kiki» que se empeñaba en repetir también cuantas palabras galesas pronunciaba, agregando unas cuantas tonterías de su propia cosecha para adornarlas.

Jorge y las niñas se quedaron dormidos en la sombra, apoyándose Lucy en el burro junto a Jorge. A Dolly le hubiese gustado hacer lo propio, pero temió que a «Resbaloso» se le ocurriera salir del bolsillo de su hermano si lo intentaba y no había nada en el mundo capaz de hacerle aproximarse al escincoideo.

Jack, con mucha paciencia, intentó aprender unas cuantas palabras galesas, y acabó luego por cansarse. Tiró unos cuantos guijarros ladera abajo, y contempló los numerosos picachos que se alzaban en la distancia. Había uno, en forma de tres dientes, que le hacía gracia. Decidió buscarlo en el mapa.

Éste, sin embargo, le dio un chasco. Señalaba muy pocos nombres en la parte correspondiente a la región en que se encontraban, probablemente porque se habrían explorado poco y porque no habría ninguna granja o edificio de ninguna otra clase cuya presencia hacer constar. Encontró, no obstante, un nombre que le pareció a él muy apropiado para aquel picacho.

—Montaña de los Colmillos —leyó—. Quizá sea ésa. ¡Troncho! ¡Cuántas montañas hay por aquí! Apuesto a que nadie las ha explorado todas nunca. Me gustaría pasar por encima de ellas en aeroplano y verlas desde arriba. No hemos visto un avión desde nuestra llegada. Supongo que esto está fuera de la ruta de todos ellos: No veo adonde podrían dirigirse.

David había ido en busca de los burros. Jack despertó a sus compañeros.

—¡Vamos, gandules! Más vale que nos pongamos en marcha, o David creerá que pensamos pasar la noche aquí. Se ha alzado una brisa que es gloria pura. Resultará agradable cabalgar esta tarde.

No tardaron en hallarse todos montados de nuevo. Reanudaron la marcha, gozando de la brisa, del sol y de las variadas vistas que se les iban ofreciendo a medida que iban doblando recodos. Nuevas montañas alzaban al cielo agudos picachos. Nuevos horizontes se abrían ante ellos. Guardaron silencio los niños durante largas distancias, limitándose a contemplar las bellezas que les rodeaban.

Viajaron hasta las seis de la tarde, por haber decidido previamente seguir la costumbre de la granja y hacer una especie de té merienda. Jack le habló al guía a las

seis en punto.

—David, nos detendremos a las seis y media. ¿Conoce usted algún sitio bueno cerca de aquí en que acampar hasta mañana?

David no le comprendió, y el niño hubo de repetir la pregunta más despacio. Entonces sonrió y movió afirmativamente la cabeza.

—¡Sí, sí!

Señaló hacia un punto arbolado a cierta distancia de donde se encontraban y agregó algo en galés. Jack pescó un par de palabras que entendía, una de ellas era «agua», la otra «árboles».

—¡David dice que hay un buen sitio en que acampar a poca distancia de aquí! —les gritó a los otros, que iban rezagados—. Hay agua y árboles.

—¡Troncho! ¿Cómo te las arreglas para entenderle? —preguntó Jorge, admirado—. ¡Eres la mar de listo, Jack!

Jack sonrió expansivamente.

—Es que entendí las palabras «agua» y «árboles» —dijo—; pero nada más que esas dos. Vamos, apretad el paso, a ver si llegamos allí a tiempo para ver hundirse el sol tras las montañas. ¡Me gustaría comer contemplando una puesta de sol!

Jorge se echó a reír. Avanzaron hacia el lugar que señalara David. Estaba un poco más lejos de lo que habían creído, pero en cuando llegaron, estuvieron todos de acuerdo en que aquél resultaba un sitio ideal en que acampar durante la noche.

Cerca del arbolado brotaba un manantial de agua fría como el hielo. Los árboles les protegerían contra los aires de la noche, que eran muy fríos a veces. No podía haberse escogido mejor.

Estaban todos cansados, pero contentos. Saltaron a tierra y los animales fatigados también, fueron conducidos al manantial a beber. Aguardaron con paciencia su turno, mientras «Blanquito» saltaba como un loco, nada cansado por el largo camino.

—Montaremos las tiendas de campaña en cuanto hayamos comido y reposado —dijo Jorge—. Sacad la comida, Lucy y Dolly. Hay una piedra plana ahí que podemos usar como mesa.

A los pocos momentos estaba ya puesta sobre la enorme piedra plana la cena o té merienda, con un tazón de limonada al lado de cada plato. Los niños vaciaron los tazones de un trago, y mandaron a Jack a buscar más agua helada al manantial.

Comieron todos prisa, porque se les había vuelto a abrir un apetito enorme. Poco dijeron hasta haber saciado en parte el hambre. Luego hablaron todos con la boca llena, ávidos de hacer que los demás recordaran aquel día tan hermoso.

David comió también y escuchó. Los burros pacieron placenteros. «Blanquito» estaba con «Salpicado», y «Kiki» comía un tomate cuyo jugo le goteaba a Jack por el cuello. A todos les parecía que no era posible sentirse más felices ya.

—Ahora montaremos las tiendas —dijo Jack por fin—. ¡Vamos, Jorge! ¡Se nos echará la noche encima antes de haber terminado si no nos damos prisa!

## Capítulo VIII

### La primera noche de campamento

Las niñas lavaron la vajilla sucia con el agua fresca del manantial, mientras David y los niños desataban las tiendas de campaña del lomo del animal encargado de transportarlas. Le quitaron a éste toda la carga, librándole al otro también del peso de los cuévanos. Ambos se quedaron encantados de verse libres de aquel peso. Se tumbaron en el suelo y rodaron por él, agitando las patas en el aire.

«Kiki» no comprendía aquella actitud de los animales y voló a un árbol.

—Cree que se han vuelto locos —observó Jack—. ¡No tengas miedo, «Kiki», no están más que mostrando su alegría porque les han quitado la carga de encima!

«Kiki» imitó el silbido de un tren en un túnel, y los dos burros dejaron de revolcarse, se pusieron en pie alarmados y corrieron un buen trecho montaña abajo. David también dio un brinco de sobresalto y llamó luego a los animales.

—«Kiki», como vuelvas a hacer eso, te ato el pico —le amenazó Jack—. ¡Mira que estropear esta tarde tan hermosa y apacible con semejante aullido!

—¡Límpiate los pies! ¡Límpiate los pies! —aulló el loro, bailando sobre la rama.

No tardaron en alzarse las tiendas de campaña, la una junto a la otra. David no quiso dormir en ninguna de ellas. Prefería hacerlo al aire libre. Jamás había usado una tienda y le parecían innecesarias.

—Bueno, después de todo, me alegro de que se quede fuera —le dijo Jack a Jorge—. Seguramente jamás se habrá bañado en su vida, ¿no lo crees así?

—Dejemos alzada la lona por delante —propuso Lucy, llegando con la vajilla limpia—. Así podremos ver montaña abajo. Si queréis que os diga la verdad, nada me importaría dormir al sereno como David.

—El aire es demasiado frío —le repuso Jack—. Te alegrarás de disponer de un saco de dormir bien calentito, Lucy. David debe estar muy avezado..., no tiene más que una manta delgada con que cubrirse y, al parecer, va a dormir sobre el mismísimo suelo.

El sol había desaparecido ya por completo. Se había hundido tras la montaña, rodeado de brillante colorido y haciendo fulgurar un rato los picachos antes de que la oscuridad hubiese llegado hasta las mismísimas cimas, dejando sólo visible un cielo en el que empezaban a titilar las estrellas. Un aire frío soplaba montaña arriba.

Algunos de los burros sujetos a los troncos de los árboles con cuerdas largas se había tendido en el suelo. «Salpicado» estaba buscando a «Blanquito»; pero éste había marchado hacia las tiendas de campaña y aguardaba a que Jorge se costara.

Todos se lavaron en el manantial, es decir, todos menos David, que parecía bastante asombrado de ver a los cuatro niños echarse el agua fría encima. Se había

cubierto con la delgada manta y estaba tumbado inmóvil, contemplando el estrellado firmamento.

—No es un compañero muy animado que digamos, ¿verdad? —dijo Jack—. Seguramente nos cree a todos un poco locos por lo que reímos, bromeamos y tonteamos. Date prisa, Jorge y métete en la tienda.

Las niñas se habían metido en la suya introduciéndose en los sacos de dormir que les subían hasta el cuello, teniendo cada uno de ellos una especie de capucha para la cabeza. Estaban cómodas y calentitas y disponían de abundante espacio.

Lucy podía ver el exterior de la abertura de la tienda. Las estrellas titilaban en el cielo pareciendo la mar de grandes y brillantes. No se oía sonido alguno salvo el gorgoteo del manantial y el susurrar del viento por entre el follaje.

—Es como si estuviéramos solos en el mundo —le dijo a Dolly—. Imagínate por un momento que lo estamos. ¡Qué sensación más rara se siente! ¡Es fantástico!

Pero Dolly no tenía tanta imaginación como Lucy y bostezó.

—Duérmete —le dijo—. ¿Se han metido los chicos en su tienda ya? ¡Ojalá estuviesen un poco más lejos de nosotras! Tengo un miedo atroz de que ese escincoideo se nos cuele aquí dentro durante la noche.

—No te haría daño alguno aunque así fuera —respondió Lucy, instalándose más cómodamente en su saco—. ¡Oh, esto está de primera! Pasamos unas vacaciones estupendas, ¿no te parece, Dolly?

Pero Dolly se había dormido ya, y estaba soñando. Lucy se mantuvo despierta un ratito más, disfrutando con el ruido del manantial y del viento. Le parecía como si se hallara a lomos del burro, bamboleándose al compás del paso del animal. Luego se le cerraron los ojos también y quedó dormida.

Los niños charlaron un rato. Habían gozado de lleno del día. Miraron por la abertura de la tienda.

—Es la mar de silvestre y solitario todo esto —dijo Jack, soñoliento—. Lo sorprendente es que haya sendas siquiera. Han sido muy buenos Bill y tía Allie con dejarnos venir solos.

—¡Mmmmm! —asintió Jorge, que, aunque escuchaba, tenía demasiado sueño para contestar.

—¡Mmmmm! —le imitó «Kiki», que estaba posado encima de la tienda de campaña, por fuera.

Hacía demasiado calor dentro, para su gusto.

—Ahí está «Kiki» —dijo Jack—. Me estaba preguntando dónde se habría metido. Jorge, ¿tienes calor con «Blanquito» encima?

—¡Mmmmm! —volvió a decir el niño.

Y de nuevo se oyó el eco procedente del exterior.

—¡Mmmmm!

«Blanquito» casi estaba encima de Jorge. Había hecho todo lo posible por introducirse dentro del saco de dormir con él; pero Jorge se había mostrado firme en

eso.

—Si crees que vas a estarme clavando esas pezuñas tan afiladas durante toda la noche, te has equivocado de medio a medio, «Blanquito» —le dijo.

Y se sujetó bien la boca del saco por el cuello para impedir que intentase ninguna treta el cabrito cuando le viese dormido. El escincoideo andaba por allí también; pero el niño tenía demasiado sueño para fijarse por dónde iba. «Resbaloso» se deslizaba por donde quería. Jorge se había acostumbrado ya a los movimientos que notaba a veces por su cuerpo y que indicaban que «Resbaloso» cambiaba de posición de nuevo.

Se oyeron unos cuantos comentarios más de «Kiki», que, al parecer, estaba hablando solo. Luego, silencio. El pequeño campamento durmió bajo las estrellas. La brisa nocturna se introdujo en las tiendas de campaña, pero no pudo meterse en los sacos de dormir. «Blanquito» sintió demasiado calor, pasó por encima de Jorge, pisó a Jack, y fue a tumbarse a la entrada de la tienda. Exhaló un débil balido, y «Kiki» soltó otro de contestación.

David andaba ya en danza antes de que se levantaran las niñas a la mañana siguiente. Estaba examinando a los burros cuando Jorge asomó la desgredada cabeza por la abertura de la tienda para olfatear el aire de la mañana.

—¡Magnífico! —dijo—. ¡Deja de darme cabezazos, «Blanquito!»—. ¡Tienes la testuz la mar de dura! ¡Jack! ¡Muévete! ¡Hace una mañana estupenda!

A los pocos momentos todos los niños se hallaban fuera de los sacos de dormir y corriendo por allí. Chapotearon en el manantial, bromeando y riendo. «Blanquito» saltaba por todas partes, como un loco también. «Kiki» imitó la bocina de un automóvil, sobresaltando a los burros. Hasta el propio David, muy contento, sonrió al ver toda aquella animación.

Desayunaron lengua, crema de queso y pan un poco duro, con un tomate cada uno. No les quedaba limonada por haberla prodigado demasiado el día anterior; conque bebieron agua fresca del manantial, asegurando que sabía tan buena como el mejor refresco.

—¡David! ¿Llegaremos al Valle de las Mariposas hoy? —preguntó Jack.

Y luego repitió su pregunta más despacio, agitando los brazos para dar a entender que estaba hablando de mariposas. Necesitó David un minuto o dos para caer en la cuenta. Y entonces movió negativamente la cabeza.

—¿Mañana? —quiso saber Jorge.

Y David contestó con un gesto afirmativo. Fue a cargar a los burros después y a sujetar los cuévanos. Los animales aguardaban con impaciencia el momento de la partida. El sol se estaba elevando ya por encima de las montañas y, para los burros y para David por lo menos, se estaba haciendo ya tarde.

Se pusieron en marcha por fin, aun cuando Jack hubo de regresar al galope para recoger los gemelos de campaña, que se había dejado colgados de la rama de un árbol. Luego avanzaron todos en fila, un burro detrás de otro, por los senderos

montañosos.

Jack estaba seguro de haber visto un par de buitres aquel día y cabalgó la mayor parte del tiempo con los gemelos en la mano, preparado para llevárselos a los ojos en cuanto viese aparecer un punto cualquiera en el firmamento. Los demás vieron, por entre los árboles que pasaban, ardillas rojas, no tímidas, pero mansas. Una de ellas compartió la comida de los niños, acercándose de vez en cuando en busca de un bocado, sin perder de vista a «Kiki» y a «Blanquito».



—Quiere irse contigo. Jorge —dijo Lucy al ver que la ardilla le ponía una pata al niño encima de la rodilla.

Jorge acarició con dulzura al animalito, que tembló medio asustado, pero no huyó. «Kiki» se dejó caer entonces hacia él, poniéndole en fuga.

—¡Tenías que estropearlo tú todo con tus celos! —exclamó el niño—. Vete de aquí. No te quiero. Marcha con Jack y deja que las ardillas acudan a mí.

Las golondrinas volaron a su alrededor de nuevo, no atraídas por la comida, sino por las moscas que atormentaban a los burros. Los niños oyeron el chasquido de los picos al pillar éstos algún insecto.

—Debiéramos de pedirle a Jack que domesticara unas cuantas golondrinas y llevárnoslas para que cazaran las moscas —dijo Lucy, descargándole una palmada a una que se le había posado sobre la pierna—. ¡Qué horribles son! Me ha picado ya. No se hubiese esperado que las hubiera a tanta altura, ¿verdad?

«Pepito Resbaloso» salió a comerse la mosca que había matado la niña. Se estaba haciendo demasiado manso para el gusto de Dolly. Permaneció al sol, brillando como la plata, y luego se metió por debajo de Jorge al acercarse «Blanquito» a investigar.

—No te metas donde no te llaman —dijo Jorge, dándole un empujón al cabrito,

que intentaba meter el hocico por debajo de él para encontrar al resbaladizo escincoideo y jugarle una mala partida.

El cabrito le dio un cabezazo y luego quiso subírsele a las rodillas.

—Hace demasiado calor —dijo el niño—. ¿Por qué se nos ocurriría cargar con un pelma como tú, «Blanquito»? ¡Me has estado soplando cuello abajo toda la noche!

Lucy rió. «Blanquito» le resultaba simpático en extremo, les resultaba a todos si a eso viene. El cabrito era travieso, dado a embestir, y no vacilaba en pisarles a todos cuando se los encontraba por delante; pero era tan grande su animación, estaba tan lleno de vida y se mostraba tan afectuoso que no se podía estar enfadado con él mucho rato.

—Vamos —dijo Jorge por fin—. David está carraspeando, como si se dispusiera a decirnos que somos unos verdaderos gandules.

David tenía la costumbre de carraspear una docena de veces antes de hablar. Era un hábito nervioso que «Kiki» sabía imitar a maravilla. Solía posarse cerca de él y aclararse la garganta cada vez que él hacía lo propio. Luego rompía a reír a carcajadas. A David le tenía un poco espantado.

Viajaron bien aquel segundo día y recorrieron bastante camino. Cuando llegó la hora de acampar de nuevo, David miró atentamente por encima de las montañas, como si anduviese buscando algo.

—¿Ha perdido usted el pañuelo, amigo? —inquirió Jack.

Y todos se echaron a reír.

David le miró con solemnidad, sin comprender. Luego empezó a agitar los brazos como si fueran alas y dijo unas palabras en galés.

Tenía un aspecto la mar de cómico moviendo los brazos de aquella manera. Los niños tuvieron que apartar la mirada y hacer esfuerzos para no reír.

—Dice que mañana veremos el Valle de las Mariposas —anunció Jack—. ¡Estupendo! ¡Debe de ser algo maravilloso si se parece a lo que yo me imagino!

Comieron y se dispusieron a acampar otra vez. El atardecer no era tan hermoso como lo había sido el día. Se había encapotado el cielo y no hubo puesta de sol que admirar, ni estrellas que empezaran a surgir una a una.

—Si llueve me mojará usted, David —dijo Jack.

David se encogió de hombros y dijo algo en su sonsonete habitual. Luego se echó en el suelo envolviéndose en su manta.

—No lloverá —anunció Jorge, observando el firmamento—. Pero hace mucho más frío. ¡Brrr! ¡Lo a gusto que voy a sentirme en el saco de dormir esta noche!

—¡Buenas noches! —dijeron las niñas—. ¡Que descanséis!

—¡Buenas noches! ¡Hará un día hermoso mañana otra vez! ¡Ya lo veréis! —contestó Jorge que se las daba de saber predecir el tiempo.

Pero se equivocó. Cuando se despertaron a la mañana siguiente, se encontraron con un mundo completamente distinto.



## Capítulo IX

### Un mundo distinto

Lucy fue la primera en despertar. Tenía frío. Se metió aún más en su saco de dormir, y abrió luego los ojos. Miró hacia la abertura de la tienda de campaña esperando ver la verde ladera de la montaña y los montes lejanos elevando sus picachos al cielo.

Pero... ¡todo eso había desaparecido! En su lugar, una neblina blanca se arremolinaba ante la tienda, introduciendo en ella unos dedos helados.

No había nada que ver, salvo esta neblina. Las montañas se habían esfumado, los árboles del campamento se habían vuelto invisibles, ni a los burros se les podía ver.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Lucy con asombro—. ¡Caramba! ¡Si es una niebla espesa!

Despertó a Dolly y las dos asomaron la cabeza, contemplando consternadas, la nebulosa montaña. De vez en cuando se veía un trocito de bosque al disiparse un poco la niebla, pero ésta volvía a espesarse inmediatamente otra vez.

—Es una nube —dijo Dolly—. ¿Has notado cómo se ven a veces nubes coronando las cimas? Bueno, pues ésta es una de éstas. ¡Está posada a nuestro alrededor! Es como una niebla espesa a través de la cual resulta imposible ver. ¡Qué contratiempo!

Los niños se despertaron entonces y las muchachas oyeron sus exclamaciones. Les llamaron.

—¡Jack! ¡Jorge! ¿Verdad que es terrible esto? ¡No vemos a un palmo de nuestras narices!

—A lo mejor se aclara para cuando hayamos desayunado —contestó alegremente Jorge, surgiendo de la bruma con «Blanquito» a sus talones—. ¡Troncho! ¡Hace frío! Voy a ponerme un jersey caliente.

También apareció David, con melancólico semblante. Alzó la mano hacia el valle, y soltó un chorro de palabras en galés.

—Parece haberle excitado esto bastante, ¿verdad? —dijo Jack—. Ojalá pudiera seguirle cuando habla así. No entiendo ni media palabra.

Decidieron desayunar en una de las tiendas, porque la bruma lo ponía todo húmedo y frío. David prefirió quedarse fuera. Dolly no quería entrar en la tienda, por «Resbaloso»; pero consintió finalmente en hacerlo con la condición de que se le permitiera sentarse junto a la puerta para poder huir si hacía acto de presencia el resbaladizo escincoideo.

No fue una comida tan alegre como las que la habían precedido. Echaban de menos la magnífica vista a la que se habían acostumbrado y temían que David se

negara a moverse de allí aquel día. Pero la bruma se disipó un poco cosa de una hora más tarde, y David no pareció tener inconveniente en partir.

Cargaron los burros, montaron y emprendieron la marcha. Les era posible ver ahora algo de camino delante de ellos, porque el sol estaba alcanzando una altura mayor e intentando disolver la bruma con sus cálidos rayos.

—Todo se arreglará —observó Jack—. ¡Por poco vi al sol hace un instante!

Pero la bruma se volvió a hacer densa, y ya no pudieron ver más que la cola del burro que les precedía.

—¡Me da la sensación de que debieras agarrar por la cola a tu burro para que no desaparezcas en la niebla! —le gritó Jack a Dolly—. ¿Sabes cómo? ¡Como los elefantes en el circo cuando salen a la pista en fila!

La bruma se espesó aún más, y el grupo se detuvo a discutir lo que se debía hacer. Era difícil sacarle nada inteligible a David, que parecía haber olvidado de pronto las pocas palabras inglesas que sabía.

Jack agitó los brazos, enarcó las cejas y señaló hacia adelante, con la intención de preguntar si se hallaban cerca del Valle de las Mariposas. David comprendió; pero vaciló en contestar.

—Dios quiera que no se haya extraviado —le dijo Jack a Jorge—. Parecía bastante seguro de la dirección ayer... Ahora no parece estarlo tanto.

—Bueno, pues aquí no podemos quedarnos —anunció Dolly, tiritando en la húmeda y pegajosa bruma—. No hay dónde refugiarse y hace frío. ¡Ah, si volviera a aparecer el sol!

—¡Siga adelante! —le dijo Jack a David—. Es lo único que podemos hacer hasta que encontremos alguna clase de abrigo. Hace demasiado frío para quedarse por aquí en espera de que se disipe la bruma. Si nos equivocamos de camino, podemos volver atrás cuando desaparezca la niebla y orientarnos de nuevo.

Conque continuaron adelante, siguiendo al burro de David. «Kiki» iba muy callado. No comprendía la niebla y le tenía miedo. «Blanquito» se mantuvo muy cerca del burro de Jorge y ya no daba muestras de tanta animación ni ganas de saltar. A todos les disgustaba la bruma porque les privaba de los encantos naturales.

—Cuando encontremos un lugar abrigado nos detendremos a comer —anunció Jorge—. Estoy seguro de que todos tenemos un hambre canina ya, pero parecemos hallarnos en una parte de la montaña completamente desprovista de vegetación e inútil para pararse y acampar. ¡Estaríamos todos acatarrados mañana!

Siguieron cabalgando cabeza y cola, felicitándose por llevar puestos jersey y chaqueta, que les estaban haciendo un buen servicio. Jack empezó a dar muestras de preocupación. Detuvo su montura y se puso a marchar junto a Jorge.

—¿Qué ocurre? —le preguntó éste, viendo lo serio que iba.

—Nos hemos salido del camino, ¿no te habías dado cuenta? Íbamos por una especie de sendero hasta hace cosa de una hora o dos; pero estoy bastante seguro de que ahora lo hemos perdido. Sólo Dios sabe hacia dónde se dirige David. Dudo que

se haya dado cuenta siquiera de que no vamos por el camino.

Jorge emitió un silbido de sorpresa.

—Que no te oigan las niñas: se asustarían. Sí, tienes razón: por aquí no se ve ni rastro de sendero. David se ha perdido.

—Más vale que se lo pregunte —respondió Jack, y se dirigió a la cabeza de la fila.

—¿Es éste el camino? —le preguntó a David muy despacio para que le comprendiera—. ¿Dónde está el sendero que seguíamos?

Y señaló al suelo.

David tenía la cara muy solemne también. Se encogió de hombros, y dijo algo en su sonsonete. Jack regresó al lado de Jorge.

—Creo que sabe que se ha salido del camino, pero que confía encontrarlo más adelante. Sea como fuere, no parece tener el menor deseo de detenerse a retroceder.

—Bueno... él es nuestro guía después de todo —dijo Jorge tras una pausa—. Tendremos que confiar en él. Conoce estas montañas mejor que nosotros.

—Sí; pero es de cortos alcances. No tiene gran cosa de cabeza. ¡Capaz será de irnos perdiendo más y más entre las montañas ahora que ha empezado a no dar pie con bola! No sabría qué otra cosa hacer.

—¡Qué idea más horrible! —exclamó Jorge—. ¡Menos mal que llevamos comida abundante, si eso es lo que hace!

Llegaron por fin a un espolón rocoso capaz de resguardarles del viento helado y de la humedad.

—Más vale que comamos aquí —dijo Jorge—. Me gustaría algo caliente que beber. ¿Metió la señora Evans un puchero entre las demás cosas?

—Sí. Si conseguimos encontrar un manantial o un arroyo, encenderemos fuego para cocer agua y hacernos un poco de cacao o algo por el estilo —contestó Jack.

Pero no encontraron ni manantial ni arroyo. Era un verdadero contratiempo.

—Teniendo en cuenta las docenas de arroyos que hemos tenido que vadear esta mañana, me parece un poco duro que no haya por aquí ni uno pequeño —dijo Dolly—. Tengo la mar de sed, por añadidura.

Tuvieron que hacer una comida sin beber nada. Tenían buen apetito, y el alimento pareció calentarles un poco, Jugaron después un rato para reaccionar del todo. David les miraba como si creyese que se habían vuelto locos. «Blanquito» tomó parte en las carreras de los niños de una manera alocada, logrando hacerles caer a todos. «Kiki» alzó el vuelo, dando un aullido.

—¡Mírale la cara a David! ¡Nos cree locos a todos! —rió Lucy—. Se dejó caer sobre una roca. Oh, ya no puedo más, ¡tengo agujetas!

—Tengo agujetas, tengo agujetas —canto «Kiki», uniendo las palabras—. ¡Pii suena el pito!

—¡Viva! —gritó de pronto Jack, señalando hacia arriba—. ¡Se está disipando la niebla!

El sol se veía claramente, luchando por atravesar las nubes de bruma.

Todo el mundo se animó al instante. Hasta David se tornó menos melancólico.

—Intentaremos llegar al Valle de las Mariposas antes del anochecer —le dijo Jack al guía, agitando vigorosamente los brazos para asegurarse de que le comprendiese.

David movió afirmativamente la cabeza.

Saltaron sobre los burros y se pusieron en marcha de nuevo. Ahora les era posible ver más lejos. Aparecía ante ellos una extensión bastante grande de montaña. El mundo parecía haberse hecho de pronto un lugar ya más extenso. Continuaron avanzando. La bruma fue perdiendo rápidamente consistencia y empezaron a sentir el calor del sol en la cabeza. Se quitaron las chaquetas, gozando del calor después de la frialdad de la niebla.

—Mira... se ven las cimas más cercanas ahora —dijo Jack—. Y las lejanas pronto quedarán al descubierto también. ¡Gracias a Dios!

—Debiéramos poder ver ya el Valle de las Mariposas pronto —dijo Lucy con avidez—. David dijo que llegaríamos a él hoy. ¿Dónde estará? Mira, ahí hay una mariposa, Jorge.

El niño le echó una mirada.

—Es una vulgar mariposa de prado —anunció—. Ésas las hemos visto ya a montones.

Miró, escudriñador, hacia delante, y luego se llevó los gemelos de campaña a los ojos.

—Allí hay un valle que pudiera ser el que buscamos —dijo, señalando—. ¡En, David! ¿Es ése el Valle de las Mariposas?

El hombre miró hacia donde el niño señalaba. Luego se encogió de hombros.

—Sí —repuso—. No.

—¡Sí, no! ¿Qué rayos quiere decir con eso? —exclamó Jorge con disgusto—. Supongo que, hablando claro, lo que quiere decir es que no tiene la menor idea. Bueno, seguiremos adelante sin perder la esperanza. Parece un valle agradable y abrigado... un valle que pudiera ser lo bastante caluroso para toda clase de flores y de insectos.

Formándose la imagen mental de un paraíso perfecto, lleno de flores de brillante colorido y no menos brillantes mariposas, los niños continuaron cabalgando hacia el valle vislumbrado. Estaba mucho más lejos de lo que uno calculaba. ¡Se llevaba uno cada chasco!

Era tarde cuando entraron en el valle que, más que tal, era una simple depresión poco profunda entre dos montañas altas. Desde luego, estaba abrigado y en efecto, contenía más flores de las que habían visto hasta entonces, pero... ¡no había ninguna mariposa!

—Éste no puede ser —observó Jorge con desilusión—. ¿Lo es, David?

El hombre sacudió negativamente la cabeza. Estaba mirando a su alrededor, desconcertado, y era evidente que no sabía dónde se encontraba.

—Si éste no es el de las Mariposas, ¿dónde está el que buscamos? —preguntó Jack muy despacio y con voz muy clara.

David volvió a sacudir la cabeza. Hubiese exasperado a cualquiera. Como guía, no servía para nada en absoluto.

—Bueno —dijo Jorge—, se ha equivocado de camino y nos ha traído a un sitio para él desconocido. Pero es un lugar cálido y abrigado; conque nos conformaremos con él esta noche. Mañana le pediremos el mapa a David y veremos a ver si nosotros somos capaces de encontrar el camino. Y emprenderemos la marcha haciendo nosotros mismos de guía. ¡David resulta tan útil como «Kiki» para guiarnos por estas montañas!

Alzaron las tiendas de campaña la mar de chasqueados. Habían confiado poder instalarse aquella noche debidamente para pasar allí unos días entre legiones de mariposas corrientes y raras. Ahora aún tendrían que cabalgar más lejos, y ¡sólo Dios sabía si llegarían a encontrar el valle jamás!

Se metieron en los sacos de dormir y se dieron las buenas noches en el preciso momento en que empezaban a aparecer las estrellas.

Pero durante la noche los niños se despertaron de pronto. David se estaba introduciendo en la tienda de campaña a rastras. Temblaba de miedo.

—Ruidos —dijo en inglés. Y luego agregó un chorro de palabras galesas. Estaba muy asustado—. Dormir aquí.

Se echó entre los dos muchachos. A éstos les hizo gracia y les chocó al propio tiempo.

¿Qué podía haber asustado tanto a David?



# Capítulo X

## Una noche turbadora

El sol lucía ya muy brillante cuando se despertaron al día siguiente. Les hizo sentirse a todos muy animados y llenos de energía. «Blanquito», que, resentido de que David durmiera con Jorge y Jack, se había pasado las horas dándole cabezazos, saltó de una parte para otra con alegría, embistiendo a David cada vez que se le ponía éste a tiro.

—¿Qué le sucedió a usted anoche, David? —preguntó Jack cuando desayunaron—. ¿Por qué estaba tan asustado?

—Ruidos —contestó el hombre.

—¿De qué clase? —inquirió Jorge con curiosidad—. Nosotros no oímos ninguno.

David hizo unos ruidos tan sorprendentes que «Kiki» alzó el vuelo y «Blanquito» huyó del susto. Los niños miraron a su guía con asombro.

Éste logró, por medio de palabras sueltas y gestos, dar a entender a los niños que había ido durante la noche a ver si los burros estaban bien, oyendo aquellos ruidos cerca de donde se hallaban atados.

—Supongo que eso explica el que no los oyéramos nosotros —dijo Jack—. Los ruidos que hace David parecen de animal... ¡de animal feroz y salvaje!

Lucy puso cara de susto.

—¡Oh! ¿Tú crees que puede haber animales salvajes por aquí, Jack? Animales salvajes feroces quiero decir.

Jack rió.

—Si estás pensando en leones, tigres, panteras, y osos, creo poder asegurarte que no tienes por qué temer encontrarte con ninguno aquí. Pero si, como Dolly, llamas animales feroces a las culebras, las zorras, los erizos y todo eso, entonces te responderé; ¡anda con ojo!

—No seas tonto, Jack; claro que no me refiero a éstos —respondió Lucy—. No estoy muy segura de lo que he querido decir. Es que me he sentido asustada... y me preguntaba qué clases de animal podía haber hecho los ruidos que oyó David.

—Probablemente se los ha imaginado... o son producto de una pesadilla —dijo Jorge—. No creo que haga falta gran cosa para asustarle.

David no parecía querer seguir adelante. No hacía más que señalar hacia el punto por el que habían llegado. Pero los niños no tenían la intención de permitir que su excursión acabara de manera tan desalentadora. Pensaban dar con el Valle de las Mariposas aunque necesitasen la semana completa para conseguirlo. Fue preciso agitar mucho los brazos para que lo comprendiese así David.

Puso morro, pero montó el burro para acompañarles. Jack se hallaba ahora en

posesión del mapa y lo examinó línea por línea. Era una lata que no estuviese señalado el valle que buscaban; quizá lo conociera muy poca gente.

Cruzaron el valle aquél y ascendieron por la montaña de nuevo. Quizá el valle siguiente fuese el apetecido, o el de más allá, sino. Pero, aunque viajaron llenos de esperanza durante todo el día, no encontraron ningún valle lleno de mariposas. Empezaron a creer que su existencia era pura fantasía.

No había camino por el que seguir, aun cuando avanzaron con ojo avizor, por si descubrían alguno. Cuando acamparon aquella noche, se preguntaron cuál sería su mejor plan.

—Si vamos mucho más lejos, no sabremos cómo volver —dijo Jack—. Quizá David, supiese, puesto que ha nacido y se ha criado en la montaña y, al igual que un perro, sería capaz de seguir su propio rastro hacia el punto de partida.

Pero tiene tan poco seso, que no me gusta fiarme demasiado de él. ¡Nada me extrañaría que fuese incapaz de dar con el camino de regreso si le llevásemos más lejos!

—Entonces —inquirió Lucy con desilusión—, ¿será mejor que regresemos?

—O que acampemos aquí unos días —contestó el niño, mirando a su alrededor—. Es un buen sitio.

Habían ascendido la mitad de la altura de la montaña que se alzaba muy pendiente desde donde se encontraban, y parecía inescalable.

—¡Qué montaña más rara! —exclamó Dolly, alzando la mirada—. No creo que haya logrado nadie llegar nunca a la cima. Es toda riscos y peñas salientes.

—Acamparemos aquí —decidió Jorge—. Parece haberse sentado el tiempo. Hay un arroyo cerca. Podemos distraernos con las máquinas fotográficas y los gemelos de campaña.

Se lo dijeron a David. No pareció muy contento, pero marchó a aposentar a los burros. Estaban todos cansados aquel atardecer, tanto los niños como los animales, porque había sido largo el día. Cortaron el jamón que les había puesto la señora Evans, temiendo que se les echara a perder si no se lo comían pronto.

David dio la sensación de querer dormir en la tienda de campaña aquella noche otra vez, porque dirigió varias miradas de anhelo en su dirección. La noche era cálida no obstante, y acabó diciendo que no podría soportar permanecer bajo cubierto. Conque se echó al aire libre con su manta, bastante cerca de las dos tiendas. Los burros se hallaban a cierta distancia de allí, sujetos a unos árboles con cuerdas largas.

Aquella noche hubo ruido como de olfateo alrededor del campamento. Lucy se despertó de pronto, y lo oyó. Se encogió todo lo que pudo en su saco de dormir, asustada. ¿Qué podía ser? ¿Se trataría del animal salvaje que oyera David?

Percibió a continuación un aullido. También lo oyeron los niños y se despertaron. David, por su parte, había oído los ruidos también, y tenía los ojos abiertos de par en par. Temblaba de miedo, asaltada su rústica mente por toda suerte de temores.

Había salido la luna, y todo parecía plateado. David se incorporó y miró colina



abajo, lo que le puso todos los pelos de punta.

¡Lobos! ¡Una manada de lobos! ¡No, no...!, ¡no era posible que fuesen lobos! ¡Estaba soñando! No se habían conocido lobos en aquellas montañas desde hacía siglos. Pero, si aquellos animales no eran lobos, ¿qué podían ser? Y el olfateo que escuchara... ¡tenía que haber sido un lobo también! No, no un lobo. No podía haber sido tal cosa.

David permaneció allí sentado, abrazándose las rodillas, dándole vueltas la cabeza. ¿Lobos, o no? ¿Lobos, o no? ¿Qué estaban haciendo cerca de los burros?

Sonó otro aullido, medio aullido, medio ladrido, algo verdaderamente horrible. David se metió de cabeza en la tienda de campaña de los niños, dándoles un susto de padre y muy señor mío.

Tartamudeó algo en galés, y luego dijo en inglés:

—¡Lobos!

—No sea estúpido —respondió inmediatamente Jack, viendo que el otro estaba medio muerto de miedo—. Ha estado usted soñando... ha tenido una pesadilla.

David se arrastró hacia la entrada de la tienda y señaló, con tembloroso dedo, hacia donde se hallaba la manada de animales, no lejos de los burros.

Los niños se le quedaron mirando, sin dar crédito a lo que veían. Parecían lobos, en efecto. Jack sintió un escalofrío. ¡Dios santo! ¿Estaba soñando? ¡Aquellos animales más se parecían a lobos que a ninguna otra cosa!

«Blanquito» temblaba tanto como David. El único que no estaba ni pizca de asustado era «Kiki».

También él había visto a los lobos. Salió de la tienda de campaña volando a toda velocidad con el fin de investigar. A «Kiki» le interesaba siempre todo lo que saliera de lo corriente. Voló por encima de los animales, cuyos ojos brillaron verdosos al alzarse a mirarle.



—¡Límpiate los pies! —aulló el loro.

E hizo el mismo sonido que una máquina segadora. El ruido aquel sonaba terrible en la quietud de la noche y en plena montaña.

Los lobos se sobresaltaron. Luego, como de común acuerdo, dieron media vuelta y desaparecieron raudamente colina abajo. «Kiki» les siguió, dirigiéndoles toda suerte de improperios a voz en grito.

—Se han ido —dijo Jack—. ¡Troncho! ¿Eran de verdad? ¡No lo comprendo!

David se levantó al amanecer. Ni él ni los niños habían vuelto a dormir en toda la noche; el galés, por exceso de miedo y los niños por estar demasiado desconcertados. Casi era día del todo cuando David se deslizó hacia los burros. Todos se encontraban sanos y salvos aunque inquietos. El hombre los desató para conducirles al arroyo a beber.

Los niños estaban asomados a la tienda de campaña, observando. No se veía ni rastro de lobos ahora. Los pájaros cantaban un poco aunque no tanto como lo harían más tarde.

Algo sucedió de pronto. David, que conducía a los burros en hilera hacia el arroyo, dio un chillido de terror, y cayó al suelo, tapándose la cara. Los muchachos, contenido el aliento, creyeron ver moverse algo entre la maleza, pero no pudieron

distinguir de qué se trataba.

David lanzó otro gemido y se puso en pie. Saltó sobre uno de los burros, y cabalgó a toda velocidad hacia las tiendas.



—¡Venid! —exclamó el galés.

Y luego, en inglés:

—¡Negro, negro, negro!

Los niños no tenían ni idea de lo que quería decir. Le contemplaron estupefactos, creyendo que se había vuelto loco. Él hizo un gesto violento y señaló a los otros burros, que le seguían, como para darle a entender que debían montar y correr tras él. Luego se alejó a un galope suicida.

Oyeron durante algún tiempo el eco de las pisadas de su montura en la montaña. Los otros animales se miraron unos a otros, como dubitativos. Luego, con gran consternación de los muchachos, emprendieron la carrera huyendo en la misma dirección que el galés.

—¡Eh! ¡Volved acá! —gritó Jack, saliendo de la tienda—. ¡Eh, eh!

Uno de los animales se volvió, e hizo ademán de volver, pero le empujaron los otros ante ellos. En un instante desaparecieron todos, y el eco de sus pisadas se fue

apagando, poco a poco, en la lejanía.

Los dos muchachos se sentaron bruscamente. Se sentían desfallecidos. Jack palideció. Miró a Jorge y se mordió el labio. Se encontraron ahora en un atolladero.

Nada dijeron durante unos segundos. Luego, el asustado rostro de las muchachas asomó por la abertura de la tienda vecina.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué son todos esos gritos? ¿Era David el que marchaba al galope? ¡No nos atrevíamos a asomarnos!

—Sí... era David... que huía de nosotros. Y todos los burros le han seguido —contestó Jorge, con amargura—. ¡En menudo trance nos encontramos!

Nadie dijo nada. Lucy puso cara de alarma. ¡Sin David! ¡Sin burros! ¿Qué iban a hacer?

Jack la rodeó con el brazo cuando se sentó a su lado.

—No te asustes. En peores circunstancias nos hemos encontrado. Todo lo más que puede suceder es que tengamos que pasarnos aquí unos días. Porque, en cuanto David llegue a la granja, Bill saldrá en busca nuestra.

—Menos mal que habíamos descargado a los borricos y que disponemos de provisiones en abundancia —dijo Jorge—. Y tenemos las tiendas y los sacos de dormir. ¡Al diablo con David! ¡Es un cobarde!

—¿Qué vería para huir de esa manera? —murmuró Jack, pensativo—. Lo único que yo entendí fue. «¡Negro, negro, negro!».

—Negro..., ¿qué? —inquirió Dolly.

—Negro nada. Negro a secas. Vayamos al sitio en que se llevó el susto a ver si descubrimos algo.

—¡Oh, no! —exclamaron las niñas.

—Bueno, pues iré yo, y Jorge puede quedarse aquí con vosotras —contestó el muchacho.

Y se fue. Los otros le siguieron con la mirada, conteniendo el aliento. Jack escudriñó los alrededores, luego se volvió, sacudió la cabeza y gritó:

—¡No hay nada aquí! ¡Nada que ver! ¡Debió estar soñando David! La mala noche pasada le trastornó.

Regresó al lado de sus compañeros.

—Pero ¿y esos animales que aparecieron durante la noche? —murmuró Jorge, tras una pausa—. Los lobos. A éstos los vimos tú y yo también. Ellos, por lo menos, eran de verdad.

Tenía razón. ¿Y los lobos? ¿Qué?

# Capítulo XI

## Un suceso extraño

No transcurrió mucho rato sin que Dolly sugiriera que comiesen algo. La niña se dirigió a los cuévanos que descargarán de los burros la noche anterior.

Sacó unas latas, pensando que sería un cambio agradable como sardinas y melocotones en conserva o algo así. Cualquiera cosa por desterrar el recuerdo de la huida de David y la desaparición de los burros.

Se sentaron bastante callados. Lucy se mantuvo muy pegada a los niños. Entre lo de los lobos y la espantada del galés, sentía la mar de miedo ella también.

—Dios quiera que esto no se convierta en una de esas aventuras nuestras —no hacía más que decirse a sí misma—. ¡Suceden siempre tan de repente!

«Blanquito» se plantó al lado de Jorge de un brinco, haciéndole saltar una lata de la mano. Frotó afectuosamente el hocico contra él, y luego le dio un cabezazo. Jorge acarició al cabrito y luego le apartó de su lado.

—¡Me alegro que tú no te marcharas con los burros también! —dijo—. Me he acostumbrado a tenerte por aquí ahora, a pesar de lo travieso que eres. ¡Saca el hocico de esa lata! ¡Lucy, dale un empujón! ¡Se nos lo comerá todo si le dejamos!

«Kiki» se precipitó, de pronto, hacia «Blanquito», aullando de rabia. Había echado el ojo a aquella lata de melocotones y el ver al cabrito hociquearla le enfurecía. Le dio un picotazo en el hocico, y «Blanquito» volvióse a Jorge, dando balidos. Todos se echaron a reír y sintieron con ello mayor alivio.



Estuvieron allí comiendo junto a las tiendas, dirigiendo de vez en cuando una mirada a la montaña que se alzaba tan pendiente ante ellos. No tenía una ladera que ascendiese gradualmente hasta la cima como la mayoría de las montañas que les rodeaban, sino que se mostraba casi vertical e inaccesible.

—No me hace mucho gracia esa montaña —dijo Lucy.

—¿Por qué? —preguntó Dolly.

—No lo sé. Me disgusta, simplemente, y no sabría explicar la razón. Es una de esas corazonadas que me dan a veces, o de sentimientos instintivos que tengo, sin saber el por qué de ellos. Lo siento en mis adentros.

Los otros se echaron a reír. Lucy tenía con frecuencia eso que ella llamaba «sentimientos» acerca de las cosas. Y creía firmemente en ellos. Era muy de ella empezar a «sentir» cosas de la montaña en el preciso momento en que los demás tenían pensamientos nada agradables respecto a lobos y otras cosas por el estilo.

—Bueno, pues no tienes por qué «sentir» cosas de una montaña —le dijo Jorge—. Las montañas son todas iguales... nada más que cimas, laderas y faldas, a veces con rebaños y otras veces sin ellos.

—Pero no son muchas las que tienen lobos —respondió Lucy, muy seria.

Y eso les hizo sentir desasosiego a sus compañeros de nuevo.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —preguntó Jack cuando acabaron la comida—. Supongo que tendremos que quedarnos aquí hasta que venga Bill a buscarnos. No podemos intentar volver a la granja a pie, porque, en primer lugar, no sabemos el camino y, en segundo lugar, jamás conseguiríamos cargar con comida suficiente para recorrer tan larga distancia.

—Es mucho mejor que nos quedemos aquí —dijo Jorge inmediatamente—. Lo

más probable es que David sepa cómo volver hasta aquí. Y traerá a Bill con los burros. Mientras que, si empezamos a movernos por ahí, no lograrán dar con nosotros.

—Sí... eso parece lo más sensato, en efecto —asintió Jack—. Tenemos nuestro campamento aquí... las tiendas alzadas y todo... Conque más vale que hagamos al mal tiempo buena cara y disfrutemos lo que nos sea posible. Me gustaría que hubiese algún sitio donde poder bañarme, sin embargo. ¡Hace tanto calor! Ese arroyo es demasiado pequeño para hacer otra cosa que chapotear en él.

—No nos separemos —dijo Lucy—. Quiero decir que... bueno, quizá pudiéramos ahuyentar a esos lobos si les gritáramos todos... pero a uno solo de nosotros pudieran... pudieran...

—¡Zampársele! —atajó Jack, riendo—. ¡Qué ojos más grandes tienes, abuelita...! Y ¡oh!, ¡qué «dientes» más largos!

—No la hagas rabiar —dijo Jorge, viendo la cara de alarma que ponía la niña—. No te espantes, Lucy. Los lobos sólo tienen hambre de verdad en invierno, y estamos en verano.

El rostro de la niña reflejó alivio.

—Claro... porque supongo que si hubiesen tenido hambre de verdad hubieran atacado a los burros, ¿no os parece? —dijo—. ¡Ay, señor! ¡SÍ que es extraordinario encontrar lobos aquí!

Estaban a punto de levantarse y recoger los cacharros sucios, cuando sucedió algo extraño que les dejó como paralizados.

Primero se oyó un ruido sordo y prolongado que parecía salir de las entrañas de la propia colina, y luego se estremeció un poco el suelo. Los niños lo sintieron temblar claramente, y se agarraron los unos a los otros, con alarma. «Kiki» alzó verticalmente el vuelo, dando aullidos. «Blanquito» saltó a una alta roca y permaneció allí, plantado sobre las cuatro patitas como a punto de alzarse en el aire como un aeroplano.

El suelo dejó de temblar. El ruido se apagó. Pero casi inmediatamente este último volvió a oírse, un poco más fuerte, pero ahogado, como si una espesa capa de roca lo separara de los niños. El suelo volvió a estremecerse y «Blanquito» dio un salto en el aire, yendo a aterrizar sobre otra peña. Estaba aterrado.

Igual les sucedía a los cuatro muchachos. Lucy, muy pálida, estaba asida a Jack y a Jorge. Dolly, olvidándose por completo del escincoideo, estaba agarrada a Jorge también.

No hubo más ruido y el terreno permaneció inmóvil bajo sus pies. Las aves, que habían dejado de cantar y llamar, volvieron a dejar oír sus trinos.

«Blanquito» se rehízo y acudió dando saltos. «Kiki» aterrizó sobre el hombro de Jack.

—¡Dios salve al rey! —exclamó, con tono de alivio.

—¿Qué cielos era eso? —exclamó. Jorge, por fin—. ¿Un temblor de tierra? ¡Troncho! ¡Qué susto tenía!

—¡Oh, Jorge! Esta montaña no será un volcán, ¿verdad? —dijo Lucy contemplando la cima, con temor que no podía disimular.

—¡Claro que no! ¡Reconocerías un volcán en seguida como lo viesen! —respondió Jack—. Ésta es una montaña corriente... y sólo Dios sabe por qué habrá hecho ese ruido y temblado bajo nuestros pies. Me produjo una sensación horrible.

—Ya os dije yo que «sentía» algo de esta mañana; ¿verdad? —murmuró Lucy—. Me da una sensación muy rara. Yo quiero volver a la granja y no quedarme aquí.

—Lo mismo nos pasa a todos —contestó Jorge—; pero no sabríamos el camino. No es como si hubiésemos seguido un sendero señalado... Nos salimos de él como sabéis, y parte del tiempo hemos cabalgado a través de una bruma espesa... No tendríamos ni idea de la dirección en que debíamos marchar.

—Sé que tienes razón —aseguró la niña—. Pero no me gusta esta montaña... ¡sobre todo cuando se pone a retumbar y a temblar! ¿Qué provocaría eso?

Todos los ignoraban. Se pusieron en pie, recogiendo las cosas, y fueron a chapotear al arroyo. Empezó a soplar de pronto un aire frío y al alzar la mirada, los niños vieron que se acercaban unas nubes muy grandes por el sudoeste.

—Parece como si fuera a llover —dijo Jack—. Dios quiera que no se haga más fuerte el viento, porque se nos llevaría las tiendas de campaña. ¿Os acordáis cómo nos dejó el viento sin ellas durante nuestra última aventura... en la Isla de los Pájaros? Fue una sensación terrible.

—Bueno, pues si de veras crees que puede llevarse el viento a las tiendas —dijo Jorge—, valdrá más que encontremos un sitio mejor en que acampar que éste... un sitio que no esté muy lejos, sin embargo porque no hay que correr el riesgo de que Bill y David no nos encuentren cuando vengan a buscarnos. Un bosquecillo... o una cueva... o algo así, fuera del alcance del viento.

—Busquemos ahora mismo —propuso Dolly, poniéndose la chaqueta. Era extraordinario cómo bajaba la temperatura en cuanto se cubría el sol y soplaba el viento montaña arriba—. Más vale que nos llevemos a «Blanquito» con nosotros, sino, se nos lo comerá todo durante nuestra ausencia.

«Blanquito» ya tenía la intención de acompañarles. Fue saltando al lado de Jorge y Jack, tan alocado como de costumbre. Ahora estaba muy enfadado con «Kiki», y no hacía más que dar un salto hacia él cada vez que se le ponía a tiro, con ánimo de vengarse por el picotazo que le diera.

Cuando quedaron las niñas un poco rezagadas. Jorge le habló en voz baja a Jack.

—Más vale que encontremos una caverna yo creo —dijo—. No me hace gracia la idea de que anden rondándonos esos animales por la noche... los lobos o lo que quiera que sean. Si estuviésemos en una cueva, podríamos encender una hoguera a la entrada y eso ahuyentaría a cualquier bestia.

—Sí, la idea es buena —asintió Jack—. No había pensado yo en eso. Tampoco a mí me hace la menor gracia, el que anden olfateando nuestra tienda unos lobos mientras dormimos. Me sentiría mucho más seguro alojado en una caverna.



Buscaron por los alrededores una cueva o un refugio cualquiera entre las peñas, pero no consiguieron hallar ninguno. La montaña era tan pendiente, que resultaba difícilísima la ascensión, y Lucy tenía miedo de resbalar y caer.

«Blanquito» saltó delante de ellos, tan seguro de pie como siempre. Hubiesen deseado los niños poder saltar por la montaña con la facilidad que él.

—¡Mírale allá en esa roca! —exclamó Jack, exasperado, y sudando a mares como consecuencia de sus esfuerzos por subir la ladera—. ¡Eh, «Blanquito»! ¡Baja a ayudarnos! ¡Ojalá tuviésemos cuatro patas tan ágiles como las tuyas!

«Blanquito» les contempló, meneando el rabo, y luego corrió hacia atrás, desapareciendo de la vista.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Jack—. Ah, ahí está otra vez. Jorge, debe de haber una caverna o algo parecido allá arriba... No hace más que correr hacia atrás y desaparecer.

Llegaron con gran dificultad adonde se encontraba el cabrito y, en efecto, en la parte posterior de una roca saliente había una cueva larga y baja, orillada su entrada de helechos.



—Esto nos iría a maravilla —dijo Jack, poniéndose de rodillas y asomándose—. Podríamos encender una hoguera sobre la roca, fuera, allí donde estaba

«Blanquito»... y nos sentiríamos seguros. ¡Qué inteligente eres, «Blanquito»! ¡Nos has encontrado lo que nos hacía falta!

—Pero ¿cómo demonios vamos a subirlo todo aquí? —quiso saber Jorge—. Trabajo nos ha costado subir sin carga. No es como si fuéramos burros o cabras capaces de escalar los sitios más pendientes llevando cosas a cuevas. Necesitamos las manos para llegar hasta aquí.

Era un problema aquello, en efecto. Llamaron a las niñas y las ayudaron a subir a la roca.

—Mirad —dijo Jack—, aquí hay un buen sitio en que dormir esta noche. Podremos ver divinamente desde aquí si viene David y Bill... ¿Os dais cuenta de la vista que desde aquí arriba se disfruta...? Y estaríamos al abrigo de los lobos con una hoguera a la entrada de la cueva.

—¡Ay, sí! —respondió Lucy, encantada.

Entró en la cueva. Tuvo que agachar la cabeza para introducirse; pero se hacía un poco más alta por dentro.

—¡No es una cueva en realidad! —dijo—. No es más que un espacio debajo de esa peña grande que sobresale... pero nos servirá igualmente.

Se sentaron todos en la roca, aguardando a que volviese a asomar el sol. «Blanquito» se tendió a su lado y «Kiki» se le posó a Jack en el hombro. Pero no tardó en alzar el vuelo, dando gritos. «Blanquito» se levantó, y se quedó mirando hacia abajo. ¿Qué sucedía?

—¿Son los lobos otra vez? —preguntó Lucy, alarmada.

Escucharon. Oían ruido de animal o de animales abajo, entre la maleza, bajo los abedules.

—¡Meteos en la cueva —dijo a las niñas—, y callad!

Las dos niñas se cobijaron silenciosamente en la oscuridad del refugio. Los niños aguzaron el oído y vigilaron. ¿Qué animal era el que había allá abajo? ¡Muy grande debía de ser a juzgar por el ruido!

## Capítulo XII

### ¡Lobos en la noche!

«Blanquito» soltó de pronto un fuerte balido y saltó de la roca antes de que Jorge pudiese impedirselo. Desapareció por entre los arbustos de abajo y, a continuación, pobló el aire un sonido que todos escucharon con alegría.

—¡Iii-o! ¡I-o! ¡I-o!

—Pero, ¿si es un borrico! —exclamó Jack. Y bajó a ver—. ¿Habrán vuelto? ¿Estará David con ellos?

No tardaron en encontrar lo que buscaban. El burro «Salpicado» se encontraba entre los arbustos, acariciando al cabrito con el hocico, encantado de volverle a ver. Pero no se veía ni rastro de los demás burros ni de David.

—¡«Salpicado», precioso! —exclamó Lucy, corriendo hacia él llena de alegría—. ¡Has vuelto a nosotros!

—Ha vuelto a «Blanquito» querrás decir —contestó Jorge—. Siempre quiso mucho a «Blanquito», ¿verdad, «Salpicado»? Conque volviste en su busca. Bueno, pues nos alegramos mucho de verte, porque no vas a resolver un problema muy peliagudo: ¡el de subir todas nuestras cosas a esa caverna!

«Salpicado» había vuelto, en efecto, en busca de «Blanquito» pero también se alegró mucho de ver a los niños. Era un borriquito fuerte, tranquilo, muy trabajador y lleno de paciencia. Caminó junto a los niños y era evidente que había decidido permanecer con ellos. «Blanquito» se mostró muy dulce con él, trotando todo el rato a su lado.

—¡Eh, «Salpicado»! —llamó Jorge—. Sé buen borrico y ven a ayudarnos con estas cosas.

El animal aguardó, inmóvil, mientras los muchachos le ataban cosas al lomo. Trasladó todas las cosas de dormir a la cueva primero, subiendo las partes más pendientes con dificultad, pero componiéndoselas bastante bien. Luego subió los cuévanos con las provisiones.

—Gracias, «Salpicado» —dijo Jack, dándole una palmadita—. Ahora, ¡ven a echar un trago!

Se dirigieron todos al arroyo, y bebieron y chapotearon. El sol había vuelto a salir, e hizo inmediatamente calor. Los niños se quitaron las chaquetas y se tendieron a tostarse.

—Hemos de recoger leña para la hoguera de esta noche —dijo Jack—. Necesitaremos bastante si hemos de mantenerla encendida hasta el amanecer. La meteremos en los cuévanos para que nos la suba «Salpicado».

Recogieron todas las ramas que les fue posible, y al poco rato las tuvieron

amontonadas sobre la roca a la entrada de la cueva. Prepararon la hoguera, pero sin encenderla. No les haría falta hasta el anochecer.

Pronto terminó el día, hundiéndose el sol tras las montañas en un cielo carmesí. En cuanto cayó la oscuridad, los niños se retiraron a la cueva. No hacía más que acudirles el pensamiento de los lobos y recordaban el chillido de terror que diera David al ver algo entre la maleza. «¡Negro, negro, negro!». ¿Qué habría querido decir con eso?

No habían pensado gran cosa en ello durante el día, pero les acudió a la memoria en cuanto la noche se les echó encima. Discutieron si debían meter a «Salpicado» con ellos en la caverna o no.

El propio «Salpicado» decidió la cuestión, negándose rotundamente a meterse bajo la saliente peña. Se plantó fuera, con testarudez, clavadas las cuatro patas firmemente en el suelo, y no hubo modo de hacerle moverse un milímetro, pese a cuantos empujones y tirones le dieron. Estaba resuelto a no entrar.

—Está bien, «Salpicado» —exclamó Jack, con ira—. ¡Quédate fuera y que se te coman los lobos si te empeñas!

—¡Oh, no digas esas cosas! —murmuró Lucy—. ¡«Salpicado»! ¡Entra, por favor!

Por toda respuesta, el burro se tendió en el suelo, y los niños se dieron por vencidos. No habría dificultad en el caso de «Blanquito» ni de «Kiki». El uno querría estar con Jorge, y el otro con Jack.

—Ahora encenderemos el fuego —dijo Jack, al empezar a brillar las estrellas—. Se está poniendo muy oscuro. ¿Tienes las cerillas, Jorge?

Prendió el fuego en seguida, porque estaban muy secas las ramas. Oscilaron y saltaron las llamas, chisporroteando alegremente la hoguera.

—Esto es muy agradable —aseguró Lucy—. Me siento segura dentro de la cueva con una hoguera a la entrada. Jorge, haz que «Blanquito» se ponga al otro lado tuyo. Me está clavando las pezuñas. ¡Ya podía llevar zapatillas por la noche!

Todo el mundo rió. Todos se sentían seguros y cómodos, metidos en sus sacos de dormir, e iluminada la caverna por el resplandor del fuego. «Blanquito» estaba apretado contra Jorge. «Kiki» se había posado en el estómago de Jack. «Salpicado» se encontraba fuera, pero cerca. Lucy sintió que el burro no estuviese allí dentro con ellos, para que toda la familia se hallara a cubierto del peligro.

Todos contemplaron las llamas un rato, y luego se quedaron dormidos. El fuego fue bajando a medida que se consumía la leña, hasta no verse, por fin, más que el resplandor de las ascuas.

Jorge se despertó con sobresalto unas cuantas horas después. Vio que el fuego se había consumido, y salió del saco de dormir para echar más combustible. No convenía que se apagara la hoguera del todo.

«Salpicado» seguía tumbado no muy lejos. El niño le vio al prender la leña y alzarse las llamas. Volvió a su saco de dormir. Descubrió que «Blanquito» se había metido dentro en su ausencia.

—¡Granuja! —susurró—. ¡Sal de ahí! No hay sitio para los dos.

Tuvo que luchar un poco para sacar al cabrito del saco. Por fortuna, los otros estaban tan profundamente dormidos que el ruido que hizo no les despertó. Le desalojó por fin y se metió él dentro, atando los cordones del cuello apresuradamente antes de que pudiese «Blanquito» intentar introducirse de nuevo. El animal exhaló un suspiro y se tumbó pesadamente encima del estómago del muchacho.

Jorge permaneció despierto, observando el fuego. El viento soplaba el humo a veces hacia la cueva y, durante unos instante, el olor del mismo estuvo a punto de hacerle toser.

Luego oyó a «Salpicado» moverse fuera, y se incorporó sobre un codo para averiguar el motivo. Empezó a latirle el corazón con violencia.

¡Unas figuras silenciosas se estaban aproximando cautelosamente a la caverna! No pasaron más allá del fuego; pero no parecían temerle. El niño se quedó sin alimento, latiéndole el corazón con más violencia aún como si estuviese corriendo.

¿Qué eran aquellas figuras? ¿Serían los lobos? Vio de pronto brillar dos ojos como los faros de un automóvil lejano, ¡unos ojos verdes como la hierba! Se alzó sin hacer ruido. ¡Habían vuelto los lobos!

Gracias al olfato, habían descubierto al pequeño grupo. ¿Qué harían? Afortunadamente no habían atacado al burro y éste, por cierto, no parecía muy asustado; sólo se estaba moviendo con desasosiego.

Los animales se movieron de un lado para otro detrás de la hoguera. Jorge no sabía qué hacer. Confió que el fuego les asustaría lo bastante para que no se les ocurriera entrar en el refugio.

Al cabo de unos momentos, los animales desaparecieron. Jorge volvió a respirar. ¡Troncho! ¡Qué susto más enorme se había llevado! ¡Qué suerte que se les hubiera ocurrido lo del fuego! Decidió no volver a dormir aquella noche, por temor a que se apagasen las llamas. Era preciso mantenerse en vela a toda costa.

Conque permaneció con los ojos muy abiertos, pensando en los lobos, en los rumores subterráneos en temblores de tierra y en el «Negro, negro, negro». Había algo raro en todo aquello. ¿Estaban relacionadas las distintas cosas entre sí, o no? ¿Habría algo raro en aquella montaña?

El fuego se estaba apagando otra vez. Se levantó cautelosamente para echar leña. Había salido la luna, y le era posible ver todos los alrededores ya. Amontonó la leña sobre las ascuas, y se alzaron las llamas. Salió de la cueva en dirección a «Salpicado».

De pronto oyó un rumor. Alzó la mirada y... ¡vio con gran horror suyo que un lobo se había interpuesto entre él y la cueva! Había andado unos pasos para darle una palmadita al burro, y el lobo había aprovechado la ocasión para pasar más allá del fuego. ¿Entraría en el refugio?

El lobo se quedó inmóvil, contemplando a Jorge a la luz de la luna. El niño le sostuvo la mirada, preguntándose qué hacer si se veía atacado.

Y, de súbito, sucedió algo extraño.

¡El lobo meneó la larga cola, como si de la de un perro grande se tratara! ¡Quería hacer amistad! Cierto era que Jorge ejercía una atracción hacia todos los animales. Pero... ¡un lobo! ¡Cuan extraordinario!

Alargó el brazo, medio temeroso, pero con cierto atrevimiento y osadía. El lobo dio la vuelta a la hoguera y fue a lamerle la mano. Exhaló una especie de plañido.

La luna iluminó plenamente el cuerpo oscuro del animal, las puntiagudas orejas, el alargado hocico. ¿Era un lobo? Ahora que le tenía tan cerca, Jorge empezó a dudar.

Y de pronto se dio cuenta de lo que era aquel amistoso animal.

—Pero ¡si eres un perro alsaciano! —exclamó—. ¿Verdad que sí? ¿Por qué no se me ocurrió pensar en eso antes? ¡Sabía que era imposible que hubiese lobos en este país! ¿Dónde están los otros? ¿Sois todos alsacianos? ¡Buen chico! ¡Buen chico! ¡Quiero ser amigo tuyo!

El enorme perro se alzó sobre las patas traseras, posó las delanteras sobre los hombros de Jorge, y le lamió la cara. Luego alzó la cabeza y soltó un aullido. Lo hizo como un lobo, pero al niño ya no le importó aquello.



Era la llamada a los otros perros, al resto de la manada. Se oyó rumor de pisadas entre la maleza de abajo, y una multitud de perros saltó a la roca. Rodearon a Jorge y, viendo que su jefe era amigo del muchacho, le hicieron fiestas a su vez.

El aullido despertó a los niños que dormían en la cueva, y los tres se incorporaron, asustados. Con gran horror vieron a Jorge fuera de la caverna, atacado, al parecer, por los lobos.

—¡Mirad! ¡Han sorprendido a Jorge! ¡Aprisa! —gritó Jack.

Los tres salieron de los sacos de dormir y corrieron en auxilio del niño. Los perros gruñeron al escuchar la conmoción.

—¡Jorge! ¡Ahora vamos! ¿Te has hecho daño? —gritó la valerosa Lucy, cogiendo un palo del suelo.

—¡No pasa nada! ¡No pasa nada! —gritó, a su vez. Jorge—. ¡No me están atacando! Son amigos. ¡No son lobos, sino alsacianos! Perros, ¿comprendéis?

—¡Santo Dios! —exclamó Dolly.

¡Y sintió tal alivio al saber que no eran lobos que salió de la cueva sin sentir el menor miedo ante tanto perrazo!

—¡Oh, Jorge! —dijo Lucy casi llorando de alivio al saber que no eran lobos sino perros—. ¡Oh, Jorge! ¡Creí que te estaban atacando!

—Fuiste muy valiente entonces con acudir a ayudarme —dijo el niño, sonriendo al ver el palito con el que la muchacha había tenido la intención de atacar a los lobos—. El jefe de los perros se hizo mi amigo, conque todos los demás están haciendo lo propio.

Al parecer, los perros habían decidido quedarse a pasar la noche allí. Jorge se preguntó qué partido debía tomar.

—No podemos volvernos a meter en la cueva —dijo—. Entrará con nosotros toda la manada y no podremos ni respirar.

—En absoluto —asintió Dolly, horrorizada al pensar que pudieran dormir con ellos tantos animales.

—Con que sacaremos los sacos de dormir aquí, y nos echaremos junto a «Salpicado» —prosiguió el niño—. Los perros pueden quedarse si quieren. ¡Resultarán unos guardianes magníficos! ¿A qué obedecerá que anden errando por aquí en estado salvaje? ¡Diez de ellos nada menos! ¡Es extraordinario!

Fueron en busca de los sacos de dormir y se metieron en ellos. Los perros los olfatearon, con curiosidad. El jefe se sentó, majestuosamente, junto a Jorge, como diciendo: «Este niño es propiedad mía. ¡Que nadie se acerque!».

Los demás se echaron por entre los niños. «Blanquito» le tenía miedo al perrazo, y no se atrevió a acercarse a su amado Jorge. Fue a instalarse al lado de Jack. «Kiki» se quedó en las ramas de un árbol. ¡Había demasiados perros para su gusto!

Fue curioso el cuadro que contempló la luna: cuatro niños, un cabrito, un loro, un burro y... ¡diez perros enormes!

## Capítulo XIII

### Una cara en un árbol

Cuando llegó la mañana, «Salpicado» despertó a los niños con un sonoro estornudo. Abrieron todos los ojos con sobresalto, preguntándose qué sería. «Salpicado» soltó otro estornudo, y quedó esclarecido el misterio.

—¡Es «Salpicado»! ¿Tienes un catarro, «Salpicado»? —inquirió Lucy, con ansiedad.

Luego recordó los acontecimientos de la noche anterior y miró a su alrededor.

Todos hicieron la pregunta al mismo tiempo:

—¿Dónde están los perros?

Habían desaparecido: No había allí ni uno. Los niños se miraron unos a otros, extrañados. ¿Adónde habrían marchado y, por qué?

—No es posible que soñáramos todos lo mismo —dijo Dolly, respondiendo a la pregunta que todos se estaban haciendo mentalmente—. Estuvieron aquí, en efecto. Diez de ellos. Es la mar de extraño.

—Sí que es extraño —asintió Jack—. Por mi parte, yo creo que deben ser de alguien. A mí no me parecieron perros salvajes.

—Ni a mí —dijo Jorge—. Pero ¿de quién pueden ser? ¡No hay una casa en muchas millas a la redonda! Y ¿por qué había de tener nadie diez perros cazahombres en esta región tan desolada?

—¡Oh...! ¿Son cazadores de hombres...? —quiso saber Lucy, con sobresalto.

—La policía los usa para eso, por lo menos, ¿verdad Jack? Dan caza a los criminales con su ayuda. Los alsacianos les siguen la pista y los capturan. Pero, ¡no puede haber por aquí policía con perros de caza! Quiero decir que... que a Bill se lo hubiesen dicho, de haberlos. Tiene un alto cargo en la policía y no hay cosa de las que pasan en el mundo policíaco de la que no esté él enterado.

—¿De dónde vienen los perros, entonces? —inquirió Dolly—. ¿Es posible que los estén usando para custodiar algo... para ahuyentar a la gente o para dar la alarma, por ejemplo?

—Sí; pero ¿qué hay que custodiar aquí, entre estas montañas? —contestó Jack—. ¡Nada en absoluto, que yo vea!

—Me doy por vencido —anunció Jorge, saliendo de su saco de dormir—. Me voy a chapotear un poco por el arroyo. ¿Venís?

—Sí. Luego abriremos un par de latas —dijo Dolly—. Lástima que no se nos ocurriera darles el hueso de jamón a los perros, Jack. El jamón se ha echado a perder ya; pero a ellos no les hubiese importado.

—Se lo daremos la próxima vez que los veamos —respondió Jack—. ¡Estoy



absolutamente seguro de que volveremos a verlos!

Chapotearon todos en el arroyo, «Blanquito» y «Salpicado» también. «Kiki» se sentó a un lado, haciendo comentarios sarcásticos, porque no le gustaba el agua.



—¡Puh! ¡Bah! —gritó, intentando recordar todas las palabras groseras que conocía—. ¡Gu! ¡Uf!

—Eso, hazte un lío, «Kiki» —dijo Jack—. Y ¿por qué no «narices» y «cuentos»? Solías conocer también esas palabras.

—Naricescuentos —repitió el loro como paladeando las dos palabras unidas. La combinación le pareció poco manejable y probó, recortándola:

—Naricuentos.

Esta vez le gustó tanto que volvió a decir:

—Naricuentos, naricuentos, ¡piii suena el naricuentos! —repetía «Kiki».

Los niños se echaron a reír. «Kiki» rió también, y luego se puso a imitar los rebuznos de «Salpicado». Lo hizo tan bien, que «Salpicado» alzó la cabeza y miró a su alrededor en busca de sus compañeros.

—¡I-ooo, i-ooo, i-ooo! —prosiguió el loro.

Hasta que Jack le tiró una toalla para hacerle callar. Le cayó encima de la cabeza

y el loro aulló de rabia. «Salpicado» y «Blanquito» le contemplaban solemnes, interesados y sorprendidos.

Comieron. Lucy se ofreció a ir al arroyo otra vez para fregar los cacharros, mientras los otros estudiaban el mapa para ver si descubrían exactamente dónde se encontraban. Marchó al arroyo tarareando.

Se arrodilló junto al agua y estaba enjuagando un plato, cuando un sonido la hizo levantar la cabeza y clavar la mirada en las ramas del frondoso árbol que crecía a pocos pasos.

Se llevó el susto más tremendo de su vida. Porque la estaba contemplando un rostro por entre las hojas, ¡un rostro negro!



Se quedó como petrificada, con el plato en la mano, incapaz de articular palabra, incapaz de hacer movimiento alguno. Se agitaron las ramas.

Lucieron unos dientes muy blancos entre gruesos labios. Se vio por encima del rostro una mata de cabello negro, encrespado.

—¡Es un negro! —se dijo—. Pero ¡aquí! ¡Subido a este árbol! ¿Qué debe hacer?

La cara continuaba mirándola. Los gruesos labios se contrajeron en una sonrisa. La cabeza se inclinó en amable gesto. Luego surgió un dedo negro por entre las hojas, y fue a posarse sobre los labios de la aparición.

—Tú no hacer ruido, amita —dijo el negro, en ronco susurro—. Tú no quedar aquí. Yo, pobre negrito, amita, perdido y solo.

Lucy no podía creer lo que escuchaba. Pensó que lo que debía hacer era llamar a los otros. Pero éstos no la oyeron y, en cuanto hubo gritado, el negro frunció ferozmente el entrecejo y sacudió la cabeza.

—Amita, tú marcha de aquí. Esta montaña mala, llena de hombres malos. Te atraparán si no marchas. Cosas malas aquí, amita.

—¿Qué está usted haciendo aquí? —preguntó la niña, asustada—. ¿Cómo sabe todo eso?

—Yo estar en montaña mala, amita. Yo huir. Pero pobre negrito no tiene ningún sitio que ir... tiene miedo a esos perros tan grandes. Se queda aquí en árbol. ¡Tú marchar, amita, lejos de aquí!

Lucy sentía una sensación extraña, de pie allí, hablando con un hombre de rostro negro subido a un árbol. Dio media vuelta de pronto, y corrió hacia donde estaban los otros. Fue muy aprisa, y llegó sin aliento.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre? —exclamó Jack, viendo por la cara de la niña que

se había llevado un susto.

Lucy sólo fue capaz de pronunciar dos o tres palabras. Señaló hacia el arroyo.

—¡Un negro! —jadeó—. ¡Un negro!

—¡Negro! ¡Eso es lo que dijo David! —exclamó Jorge—. ¡Recobra el aliento, Lucy! ¡Dinos lo que viste! ¡Aprisa! ¡Corre!

Lucy contó, con voz entrecortada, lo que había visto y oído. Los niños escucharon con asombro. ¡Un negro escondido en un árbol... por temor a los perros! ¡Un hombre que decía que la montaña era mala... «llena de hombres malos»! ¿Qué significaba aquello?

—¡Venid! ¡Vamos a preguntarle lo que sabe! —exclamó Jack—. Aquí está sucediendo algo. Más vale que lo averigüemos, para poderse lo decir a Bill cuando venga. ¡Aprisa!

Todos corrieron al arroyo y alzaron la mirada hacia el árbol. Pero allí no había nadie. El negro se había marchado.

—¡Maldita sea! —murmuró Jack, chasqueado—. Se conoce que te vio correr hacia nosotros, Lucy, y se asustó. Suponiendo que ibas a decirnos que le habías visto, ha huido.

—Lo curioso es que no le descubrieron los perros anoche —agregó—, ni antes de eso... cuando David le vio encaramado a ese mismo árbol, por ejemplo.

—Ese negro —anunció Jorge, contemplando el arroyo— no tiene un pelo de tonto. Ya sabéis que los perros no pueden seguir una pista en el agua. La pierden. El negro, con toda seguridad, fue lo bastante listo para caminar arroyo arriba o arroyo abajo, y subirse al árbol luego de un salto, sin tocar tierra para nada. Era imposible que los perros le siguieran por el agua. Perderán la pista en el punto en que se metieron en el arroyo. Pero ¡menudo susto tendría cuando viera rondar por aquí a esos alsacianos!

—¿Crees tú que le andarían buscando? —inquirió Lucy, medrosa—. Debía de tener un miedo atroz. Yo estaría aterrada si supiese que una manada de alsacianos me andaba siguiendo el rastro.

Buscaron por todas partes al desconocido, pero no dieron con su paradero. Se preguntaron de qué se alimentaría. Poco de comer encontraría en la montaña, fuera de arándanos, frambuesas y hierba.

—¿Creéis que hablaba en serio cuando dijo que la montaña estaba llena de hombres? —inquirió Dolly, cuando se cansaron de buscar.

—Parece increíble; pero, si recordáis los rumores que oímos ayer, y de qué manera tembló el suelo bajo nuestros pies... parece verosímil que pueda haber hombres trabajando bajo tierra —dijo Jack.

—¿Cómo?... ¿Mineros o algo así? —preguntó Dolly.

—No lo sé. Posiblemente. Aunque sabe Dios qué puede sacarse de esta montaña ni de qué manera conseguirían traer aquí la maquinaria necesaria. Tendría que haber una carretera... y entonces lo sabría todo el mundo.

—Es muy misterioso —dijo Dolly.

Lucy exhaló un suspiro.

—Es otra aventura, vaya si lo es. Nos resulta fatal salir juntos así. Vamos en busca de pájaros, de mariposas o de algo... y siempre tropezamos con algo extraño. Me empiezo a cansar de eso.

—¡Pobre Lucy! —murmuró Jorge—. En verdad que sí que tropezamos con cosas extrañas. A mí me parece eso la mar de emocionante. Me encantan las aventuras.

—Sí, pero tú eres un niño —dijo Lucy—. A las niñas no nos gustan esas cosas.

—A mí sí —intervino inmediatamente Dolly—. He disfrutado con todas nuestras aventuras. Y ésta parece más misteriosa que ninguna de las otras. ¿Qué está sucediendo dentro de esta montaña? ¡Cuánto me gustaría saberlo! Si consiguiéramos dar con ese negro, podríamos pedirle que nos lo contara todo.

—¡Oh, escuchad! —exclamó Lucy de pronto—. ¡Me da en los huesos que van a empezar esos rumores subterráneos otra vez! ¡Fijaos en lo asustado que está «Blanquito»! Sí... ¡ahí vienen!

Aguzaron el oído. Jack aplicó la oreja al suelo. Los rumores se oyeron aumentados al instante, sonando más raros que nunca. ¿Estaba estallando algo muy dentro, en el corazón de la montaña?

Tembló luego la tierra como la vez anterior, y Lucy asió, con espasmódico gesto, a Jack. Era horrible sentir que la tierra que pisaban temblaba como si fuera gelatina.

Cesó pronto el movimiento. Dolly alzó la mirada hacia la pendiente colina que se alzaba detrás de ellos, preguntándose cuál sería su secreto. De pronto se irguió y asió el brazo a Jorge.

—¡Mira! —dijo, señalando hacia arriba.

Miraron todos. De la ladera de la montaña se elevaba una nubecilla de humo. Surgió una ráfaga. Luego otra. Pero no era humo corriente. Tenía un color encarnado extraño y no se dispersaba como la bruma en el viento, sino que permanecía como adherida a la montaña, cual sólida nube, durante un rato. Súbitamente, se hizo más clara de color y desapareció.

—¡Troncho!, ¿qué rayos era eso? —exclamó Jack, lleno de asombro—. En mi vida vi humo como ése, antes. Debe de haber un respiradero allí, que deja escapar el humo o los gases.

—¿Qué es un respiradero? —inquirió Lucy, con los ojos a punto de saltársele de las órbitas.

—Oh... una especie de chimenea. Un hueco en el que hay una corriente que conduzca el humo o gases al exterior. Lo que esté sucediendo en la montaña produce ese humo, del que tienen que deshacerse. ¿Qué otra cosa se estará produciendo ahí dentro?

Nadie podía imaginárselo siquiera. No parecía poder formar un conjunto inteligible con todos los hechos curiosos que conocían: la manada de perros cazahombres... el negro fugitivo... los rumores subterráneos... los temblores de

tierra... el humo encarnado. No conseguían comprender su significado.

—¡Si viniera Bill! —exclamó Jorge—. Quizás él supiese poner en orden todo este rompecabezas.

—O si consiguiéramos echarle el guante a ese negro que vio Lucy —terció Jorge—. Él podría decirnos muchas cosas.

—Quizá volvamos a verle —dijo Dolly—. Iremos con ojo avizor por si acaso.

Y sí que volvieron a verle, aquel mismo anocheecer; pero ¡ay, que no respondió a ninguna de sus preguntas!

## Capítulo XIV

### Ocurren cosas en abundancia

Decidieron dar un paseo aquel atardecer. Dejarían a «Salpicado» sujeto a un árbol junto al arroyo, con una nota en los arreos advirtiendo que no tardarían en estar de vuelta, por si acaso comparecía Bill durante su ausencia.

—Aunque no es posible que llegue aún —dijo Jack.

Sin embargo, uno nunca sabía, tratándose de Bill. Tenía la sorprendente virtud de hacer cosas imposibles con una rapidez extraordinaria.

Marcharon juntos, saltando «Blanquito» a su lado, y posado «Kiki» en el hombro de Jack. Ascendieron, pasando por delante de la cueva en que se refugiaron la noche anterior. Aún estaban allí sus sacos de dormir, metidos bajo la roca fuera del alcance del sol. Tenían la intención de dormir en ellos sobre la roca aquella noche también.

—Sigamos a «Blanquito» —sugirió Dolly—. Él siempre parece saber por dónde meterse... aunque supongo que no hace más que seguir a su estúpido hociquito. En cualquier caso, suele escoger caminos por los que no nos es posible ir a nosotros.

Con que siguieron a «Blanquito». Al animal se le metió en la cabeza escalar la montaña; pero llegaron por fin a un farallón de roca tan pendiente, casi vertical, que no tuvieron más remedio que detenerse. ¡Hasta el propio «Blanquito» tuvo que pararse!

—Tengo un calor espantoso —dijo Dolly, abanicándose—. Sentémonos a la sombra de esos árboles.

Los árboles en cuestión estaban agitados por el viento. Jack contempló con anhelo las ramas.

—Se estaría la mar de fresco ahí arriba, en esas ramas tan azotadas por el aire —dijo—. ¿Y si subiéramos? Parecen fáciles de gatear.

—¡Es una idea estupenda! —contestó Jorge—. Me encanta mecerme en las ramas de la copa de un árbol. ¿Quieres que te ayude, Lucy?

Lucy se dejó ayudar, y no tardaron en hallarse todos instalados en la bifurcación de unas ramas, dejándose mecer por el viento, que soplaba con fuerza allí.

—¡Esto es magnífico! —exclamó Dolly—. ¡Es celestial! ¡El no va más!

—¡De primera! —asintió Jack—. No te agarres con tanta fuerza a mi hombro, «Kiki», que no te caerás.

«Blanquito» se quedó solo abajo, balando. Hizo lo posible para llegar arriba de un brinco, pero no pudo. Corrió dando vueltas alrededor del árbol en que se encontraba Jorge. Luego, enfurecido, se dirigió a una roca, saltó encima y desde ella, abajo sin pararse. Los niños le contemplaron riéndose de sus cabriolas.

De pronto estalló una gran algarabía... ladridos de excitación, gruñidos y gañidos.

—¡Los perros! —exclamó Jack, esforzando la vista por descubrir de dónde procedía todo aquello—. ¡Oíd... están persiguiendo al negro!

Se oyó el crujir de ramas, el chasquido de maleza aplastada allá abajo en la ladera, el ladrar de perros salpicado de aullidos. Luego vieron a un hombre que cruzaba corriendo un trozo desnudo de la colina a cosa de media milla por debajo de donde se encontraban.

Los perros corrían como rayos tras él, y Lucy por poco se cayó del árbol en su susto al ver a un hombre perseguido por animales. Los niños observaron en silencio, latiéndoles con violencia el corazón, ansiando que lograra escapar el desconocido.

Éste llegó a un árbol y logró encaramarse a él en el preciso instante en que el primer perro le alcanzaba. Desapareció de la vista entre las ramas. Los perros rodearon el árbol, ladrando con ferocidad.



Lucy tragó el nudo que se le había hecho en la garganta. Las lágrimas le resbalaron por las mejillas. Compadecía tanto al fugitivo, que apenas podía ver a través de su llanto. Los otros continuaron observando la escena, ceñudos. Jorge pensó en la posibilidad de bajar y ver si lograba que le obedecieran los perros y dejaran en paz al negro.

Entonces apareció otro hombre que caminaba sin prisas en dirección al árbol que los animales rodeaban. Estaba demasiado lejos para que los niños pudiesen distinguir sus facciones ni oír su voz. Pero a sus oídos llegó el estridente sonido de un silbato.

Los perros abandonaron el árbol al punto y se encaminaron al recién llegado. Éste se detuvo a corta distancia del árbol y era evidente que daba órdenes al negro para que bajase. Pero éste no le hizo caso.

El hombre agitó una mano y los perros volvieron al árbol de nuevo, aullando como locos. El desconocido dio media vuelta para marcharse por donde había venido.

—¡Oh! ¡Ha dejado a los perros para que tenga que quedarse ese pobrecito entre

las ramas hasta que se muera de hambre o baje y puedan atacarle! —sollozó Lucy—. ¿Qué hacemos, Jorge?

—Bajaré a llamar a los perros para que se retiren —contestó el muchacho—. Daré tiempo a ese individuo a que se aleje para que no me vea. Luego iré a ver si los perros me obedecen y puedo proporcionarle al negro la oportunidad para que huya del árbol.

Descendió del árbol después de haber aguantado veinte minutos, para dar lugar al otro hombre a que volviese al sitio del que hubiera salido. Se abrió paso cautelosamente por entre la alta vegetación.

Y entonces ocurrió algo. Una mano dura le cayó sobre el hombro, sujetándole férreamente. Le hicieron dar media vuelta... y se encontró cara a cara con el hombre que había ordenado al negro que bajase del árbol.

Forcejeó, pero no pudo desasirse. No se atrevió a gritarles a los otros, por temor a que fuesen atrapados ellos también. ¡Maldita fuera! ¿Por qué no habría esperado un poco más antes de marchar en auxilio del negro?

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó el hombre con un acento extranjero extraño—. ¿Quién eres, niño?

—Sólo he venido a cazar mariposas —tartamudeó Jorge, intentando dar la sensación de que no sabía nada de nada, más que de mariposas.

No le gustaba ni pizca el aspecto de aquel hombre. Tenía un rostro feroz, como el de un halcón, cejas pobladas y salientes, y una mirada tan penetrante en los negros ojos, que Jorge tuvo la convicción de que resultaría muy difícil engañarle.

—¿Con quién estás? —preguntó el hombre, clavándole los acerados dedos y haciéndole retorcerse de dolor.

—Estoy solo, como puede ver —contestó, confiando que le creyera el otro.

El hombre le miró, escudriñador.

—Mis perros te hubiesen cazado ya si llevaras aquí mucho tiempo —bufó—. ¡Y a todos tus amigos también!

—¿Qué amigos? —inquirió, con fingida ingenuidad, el muchacho—. Ah, ¿se refiere usted, a este cabrito? Siempre me acompaña.

«Blanquito» se había presentado, dando saltos, en aquel instante, con evidente sorpresa del hombre.

—Es como un perro: nunca me abandona. Suélteme, señor. Ando buscando mariposas. Me iré antes de la noche.

—¿De dónde vienes? —preguntó el hombre—. ¿Saben tus padres dónde estás?

—No —respondió Jorge, diciendo la verdad—. Me marché para cazar mariposas. Vine de allá.

Hizo con la cabeza un gesto en dirección indefinida, confiando que el hombre le considerara un inofensivo amante de la Naturaleza y le dejase en libertad. Pero no fue así.

En lugar de eso, sujetó con más fuerza al niño, y se volvió hacia el árbol, rodeado



de perros, en el que aún estaba escondido el negro.

—Vendrás conmigo ahora —gruñó—. Has visto demasiado.

En aquel momento se oyeron gritos entre las ramas. El negro se rendía, al parecer. El hombre se encaminó allá, sin soltar a Jorge y seguido por el espantado «Blanquito». Sacó un silbato y lo sopló. Como la vez anterior, los perros abandonaron el árbol y acudieron a él. El hombre ordenó al negro que descendiera.

El asustado negro bajó tan aprisa, que por poco se cayó. Los perros no intentaron atacarle. Se veía que los habían adiestrado muy bien.

El desgraciado se puso de rodillas y masculló algo ininteligible. Estaba aterrado. El otro le dijo que se levantara con voz desdeñosa y fría. Rodeado de los perros, el prisionero caminó, dando traspiés, delante del desconocido, que seguía sujetando del hombro a Jorge.

Arriba, en los árboles, los niños observaban aquello horrorizados, sin apenas poder dar crédito a sus ojos al ver a Jorge en manos del hombre.



—¡Chitón! ¡No hagáis el menor ruido! —ordenó Jack—. Nada adelantaremos con dejarnos capturar. Si los perros acompañan a Jorge, no corre peligro. Contará con diez amigos a los que poder llamar cuando se le antoje, estoy seguro.

La pequeña procesión de hombre, niño, perros y cabrito pasó por debajo de los árboles en que se hallaban los muchachos. Jorge no alzó la mirada, aunque tentaciones le dieron. No quería descubrir el escondite de sus compañeros.

Jack apartó las ramas y siguió a la procesión con la mirada. Caminaban en dirección a la inescalable pared rocosa. Tomó los gemelos de campaña, que llevaba colgados al cuello como de costumbre, y se los llevó a los ojos, siguiendo con su ayuda al grupo. ¿Adónde iban exactamente? Si lograba averiguarlo, quizá pudiese ir luego a rescatar a Jorge y a «Blanquito».

Vio cómo conducían a Jorge hasta la mismísima pared vertical. Luego... ¡todo el grupo pareció desvanecerse ante sus ojos! Un momento estaban allí y... ¡al siguiente, habían desaparecido! Jack bajó los gemelos y limpió los cristales, creyendo que les pasaba algo. Pero no, vio exactamente la misma cosa, una pared de roca casi vertical, y nadie allí, ¡ni siquiera un perro!

—¡Jack! ¿Puedes ver lo que ha sido de Jorge? —preguntó Lucy con ansiedad—. ¡Oh, Jack! ¡Le han cogido!

—Sí, y le han metido en esa montaña —respondió el niño—. Aunque no tengo la menor idea de cómo. Tan pronto llegaron a ella, desaparecieron como por ensalmo. No lo comprendo.

Miró con los gemelos otra vez; pero no había nada que ver. Se dio cuenta de pronto de que el sol se había puesto y estaba oscureciendo.

—¡Niñas! Será de noche en seguida. ¡Hemos de bajar y dirigirnos a la cueva mientras aún nos es posible ver el camino! —dijo Jack.

Descendieron todos aprisa. Lucy parpadeaba, intentando contener las lágrimas.

—Quiero que vuelva Jorge —dijo—. ¿Qué le ha pasado?

—¡No seas criatura! —le dijo Dolly—. ¡Los lloros no le ayudarán! ¡Siempre rompes a llorar en cuanto ocurre algo!

Dolly habló con enfado, porque andaba muy cerca de romper a llorar también. Jack las rodeó a ambas con los brazos.

—No regañemos. Eso no le ayudará a Jorge. Vamos, regresemos aprisa. Iré a buscar a «Salpicado» y le subiré a la roca.

Volvieron a la cueva en que dejaron los sacos de dormir. Jack fue en busca de «Salpicado». «Kiki», posado en su hombro, guardó silencio. Se daba cuenta siempre de cuando las cosas no les iban bien a los niños. Le picó suavemente en la oreja a su amo, para darle a entender que lo sentía.

Era casi de noche cuando llegaron a la cueva. No había necesidad de encender una hoguera aquella noche; ya no tenían miedo a los lobos. Es más, se hubiesen alegrado de ver acercarse cautelosamente aquellas figuras negras. Hubiesen recibido con verdadera alegría a los perros.

—Echo de menos a «Blanquito» —gimió Dolly—. Resulta raro no verle dando saltos por todas partes. Me alegro de que se haya marchado con Jorge. Y... ¡me alegro de que se haya marchado el escincoideo también!

No querían meterse en los sacos de dormir. Deseaban hablar. Parecían estar ocurriendo muchas cosas de pronto. ¡Ay, Señor! ¿Cuándo llegaría Bill? Podían arreglárselas divinamente sin personas mayores en muchas cosas, pero, en aquellos instantes, ¡los tres hubieran recibido con los brazos abiertos hasta a David!

—Bueno, metámonos en los sacos —dijo Jack—. ¿Verdad que es hermosa la luna esta noche?

—Nada parece muy hermoso cuando pienso que han hecho prisionero a Jorge —respondió Lucy lúgubrementemente.

Ello, no obstante, la luna era hermosa, en efecto. Estaba alzándose sobre la montaña, iluminándola todo como si fuese de día.

Estaban a punto de introducirse en los sacos de dormir, cuando los finos oídos de Lucy percibieron un ruido desacostumbrado.

—¡Escuchad! —dijo—. ¿Qué es eso? No; no es un ruido debajo de tierra esta vez... ¡ahora suena por el aire!

Salieron a la roca plana y aguzaron el oído, alzado el rostro hacia el firmamento.

—¡Qué ruido más extraño! —dijo Jack—. Se parece algo al de un aeroplano... pero no es un aeroplano. ¿Qué puede ser?

## Capítulo XV

### Tras la cortina verde

El ruido se acercó más.

—Como una motocicleta por el cielo —observó Jack.

—O una máquina de coser —agregó Dolly—. ¡Jack, mira! ¿Qué es eso? ¡Ese puntito ahí arriba!

Jack buscó a tientas los gemelos, que aún le colgaban del cuello. Se los llevó a los ojos, haciendo esfuerzos por enfocar el puntito. Se fue acercando.

—Sea lo que fuese, ¡creo que va a aterrizar en esta montaña! —exclamó Dolly—. ¿Verdad que va despacio? ¿Es un aeroplano, Jack?

—No... ¡troncho...! ¡Es un helicóptero! Uno de esos aparatos que llevan hélices girando por encima. No vuelan muy aprisa, pero pueden aterrizar en un espacio muy pequeño... ¡en un cuadro de césped o encima de un tejado!

—¡Un helicóptero! —exclamó Dolly. Y le quitó los gemelos a Jack—. ¡Déjame ver!



Estaba ahora lo bastante cerca para que pudiese verlo claramente Dolly con los gemelos. Jack y Lucy lo observaron esforzando la mirada. Se cernió sobre la cima de la montaña, y luego voló lentamente a su alrededor, apareciendo de nuevo a los pocos minutos.

Se elevó entonces un poco más, y descendió luego muy despacio, casi verticalmente, haciendo su motor un ruido curioso en la noche. Después reinó el silencio.

—Ha aterrizado —dijo Jack—. Pero ¿dónde? ¡Troncho! ¡No me gustaría a mí aterrizar en una montaña tan pendiente como ésta!

—A lo mejor hay un sitio a propósito para aterrizar —dijo Lucy—. ¡En la mismísima cima!

—Sí, pudiera haberlo —asintió el niño—. Pero ¡qué cosa puede hacer! ¡Aterrizar un helicóptero en la cima de una montaña como ésta! ¿Para qué?

Nadie conocía la respuesta a esa pregunta.

—Bueno —dijo Jack por fin—, si ese helicóptero aterriza, en efecto, en la cima, ésa sería una manera de llevarles provisiones y pertrechos a los hombres que estuviesen trabajando dentro del monte. Necesitarían alimentos... ¡y no hay manera de subirlos por aquí!

—Me da la misma sensación que si todo esto fuese un sueño —dijo Lucy con voz muy cohibida—. No me gusta ni pizca. Ojalá despertase.

—Andad, vamos a meternos en los sacos de dormir —dijo Jack—. No podemos hacer nada. No tendremos más remedio que aguardar a que llegue Bill. Podemos dormir sobre la roca esta noche si queréis. Vuelve a hacer calor, y en cualquier caso, estamos bien abrigados dentro de los sacos.

Se metieron en ellos los tres, con unas pastillas de chocolate que roer. «Kiki» se subió a unos matorrales cercanos. Carraspeó como solía hacer David.

—Tú, mira, y pues, tú, mira, y pues —empezó, con la intención de ensayar un poco las palabras nuevas que había aprendido.

—«Kiki», ¡cállate! —le ordenó su amo.

—¡Y pues! —contestó el loro, y soltó un ruidoso eructo—. ¡Perdón!

Soltó una carcajada, y no dijo nada más de momento. Luego sacó la cabeza de debajo del ala.

—Naricuentos —exclamó, encantado de recordar la palabra.

Y volvió a esconder el pico.

Jack se despertó varias veces durante la noche pensando en Jorge. También se devanó los sesos tratando de explicarse cómo habían podido desaparecer, ante sus propios ojos, los perros, los hombres y el niño. Se dijo que tendría que ir a explorar aquella pared de roca al día siguiente. Quizá descubriera entonces adonde había ido a parar el grupo, y cómo se las había compuesto para hacerlo.

—¿Crees tú que vendrá Bill, hoy? —preguntó Lucy a la mañana siguiente.

Jack echó la cuenta y movió negativamente la cabeza.

—No —repuso—; pero quizá llegue mañana si David regresó aprisa y Bill emprendió en seguida el camino. No obstante, si nos alejamos del arroyo, más vale que dejemos una nota para Bill, por si acaso se presenta y no estamos nosotros. Como hicimos ayer.

Habían retirado el mensaje de los arreos de «Salpicado» la noche antes, al subir el burro a la roca. Jack se puso a escribir otro. En él relató la historia de la desaparición de Jorge ante la pared de roca, y habló también del helicóptero que habían visto.

Tenía el presentimiento de que debía de contar todo cuanto habían descubierto por si acaso, nada más que por si acaso, sucedía algo y les capturaban a él y a las muchachas también. Habían sucedido cosas tan extrañas en aquella montaña... Era muy probable que si el hombre lograba que Jorge le dijese que tenía amigos cerca mandara éste a gente para que les hiciesen prisioneros.

Llevó a «Salpicado» al arroyo, dejándole a la sombra entre la crecida hierba y lo bastante cerca del agua para que pudiera meterse en ella a beber si lo deseaba. A «Salpicado» le gustaba aquella clase de vida; pero miró con ansiedad a su alrededor, echando de menos a «Blanquito». ¿Dónde estaba su minúsculo amigo?

—«Blanquito» volverá pronto, «Salpicado» —dijo el niño, frotándose la frente—. ¡Aguarda y verás!

—¿Qué vamos a hacer hoy? —preguntó Lucy en cuanto regresó Jack—. ¡No siento ganas de hacer nada ahora que no está con nosotros Jorge!

—¿Os gustaría acompañarme a la pared de roca a la que fueron anoche los otros? —quiso saber el niño—. Para ver si descubrimos cómo desaparecieron tan de pronto. Pero si venís tendremos que andar bien alerta para no dejarnos sorprender por nadie.

Lucy puso cara de no tener el menor deseo de ir; pero nada hubiera sido capaz de impedir que permaneciese al lado de Jack mientras creyese que existiera el menor peligro. Si les iban a pillar por sorpresa, ¡allí estaría ella también...!

Conque, llevándose unas latas de conservas por si no tenían ganas de volver hasta la cueva bajo el sol a comer, el trío emprendió la marcha. «Kiki» voló por encima de ellos, molestando a las golondrinas y gritando: «Fiitafiitit, fiitafiitit» igual que ellas. Las golondrinas no le hicieron el menor caso, continuando, con habilidad, la caza de cuantas moscas se les ponían a tiro.

Llegaron por fin al grupo de árboles entre cuyas ramas se mecieron el atardecer anterior.

—Aguardad un instante —dijo Jack, empezando a gatear por uno de los troncos—. Echaré una mirada alrededor para asegurarme de que no hay moros en la costa. Es lo más conveniente.

Subió hasta las ramas más altas y escudriñó los alrededores con los gemelos de campaña. No se oía más sonido que el del aire, el de las hojas y el de los pájaros. No se veía ni rastro de ser humano alguno, ni de perros.

—No parece haber nadie —anunció cuando estuvo de nuevo con las niñas—. Vamos.

«Kiki» empezó a rebuznar como «Salpicado», y Jack se volvió hacia él con ferocidad.

—¡«Kiki», basta ya! ¡Mira que ponerte a armar todo ese escándalo precisamente cuando más interés tenemos en que no se nos oiga! ¡Pájaro malo! ¡Pájaro tonto!

«Kiki» irguió y bajó la cresta varias veces, chasqueó furioso el pico y voló a un árbol. Era como si hubiese dicho; «Está bien... si es así cómo me vas a hablar, ¡no iré contigo!». Se instaló en una de las ramas, enfurruñado, sin perder de vista, no

obstante, a los tres niños que caminaban hacia el farallón.

Llegaron a él, y miraron hacia arriba. Se alzaba casi vertical. ¡Nadie, ni el propio «Blanquito», aunque quisiera, podría escalarlo!

—¿Dónde estaban los otros cuando desaparecieron? —murmuró Jack—. Por aquí, aproximadamente.

Condujo a las niñas a una losa rocosa muy desigual. Colgando sobre la pétreo superficie, delante de ella, había una gruesa cortina de verdor, medio zarzas, medio plantas trepadoras entrelazadas.

Los niños creyeron que aquella masa de verdor crecía en la roca, de igual manera que muchas otras plantas pequeñas y helechos. Sólo cuando el viento sopló con fuerza y la verde masa osciló un poco, adivinó Lucy que no arraigaba en la superficie de la montaña, sino que colgaba de un poco más arriba, cubriéndola.

La asió con las manos. ¡La pudo apartar como si fuera una cortina! Detrás estaba la pared, en efecto, pero había en ella una hendidura, una grieta enorme que alcanzaba una altura de cinco metros.

—¡Mirad! —dijo—. Es una especie de cortina, Jack. Y fíjate en esa grieta. ¿Es por aquí por donde se metieron ayer?

—¡Troncho, sí! ¡Se meterían a toda prisa por detrás de estas plantas! —respondió Jack—. ¡Y yo creí que se habían esfumado! Sujétala, Lucy. Veamos la grieta. ¡Apuesto a que entraron por ella!

Los tres pasaron sin dificultad tras la cortina. Pudieron introducirse por la gruta y, una vez al otro lado, se encontraron en una caverna inmensamente alta, muy redonda, sin techo visible, aun cuando Jack dirigió la luz de su lámpara de bolsillo hacia arriba.

—Es como un agujero en la montaña —dijo—. ¡Llega hasta Dios sabe qué altura!

—¿Entraron los otros aquí? —inquirió Dolly, alzando la mirada—. ¿Adónde fueron entonces?

—No se me ocurre —contestó el niño, perplejo—. Oíd, ¡fijaos! ¡Mirad qué agujero hay en mitad del suelo! ¡Por poco me caigo dentro!

Dirigió la luz de la lámpara al suelo, pero... ¡apenas había suelo que ver! La mayor parte del espacio estaba ocupada por un lago negro, silencioso, en cuya superficie no se advertía ni una ondulación ni un rizo.

—No es un lago muy agradable —observó Lucy, estremeciéndose.

—¡Qué caverna más singular! —murmuró Dolly—. Sin techo... sin suelo... ¡nada más que un lago profundo! Y ni rastro de adonde fueron a parar los otros ayer.

—Alguna salida tiene que haber —dijo Jack, decidido a continuar buscando hasta dar con ella.

Empezó a caminar todo alrededor de la cueva, examinándola pulgada a pulgada con ayuda de su lámpara. Pero no había abertura por ninguna parte, ni siquiera un agujerito minúsculo. Las paredes eran sólidas, sin juntas.

—Bueno, pues no hay ningún pasadizo por el que pueda salirse de esta cueva —anunció el niño, dándose por vencido. Echó una mirada hacia arriba—. El único

camino es el del techo. Pero no hay puntos de apoyo para subir... ¡nada! Nadie sería capaz de escalar estas paredes verticales.

—Bueno, pues entonces... ¿hay salida a través del lago? —preguntó Dolly, medio en broma. El niño contempló la inmóvil superficie.

—No... no veo cómo puede ocultar el lago una salida. Sin embargo... es la única cosa que no he examinado. Nadaré en él... o lo vadearé.



Pero era demasiado profundo para vadearlo. Jack dio dos pasos y el agua le llegó a las rodillas. Se quitó la ropa y se tiró dentro. A Lucy no le hizo mucha gracia. Observó a Jack con ansiedad cuando cruzó a nado y regresó de la misma manera.

—No puedo tocar fondo —dijo el niño, estirando bruscamente las piernas—. Debe ser la mar de hondo. Un lago sin fondo y una caverna sin techo... suena raro, ¿verdad? Voy a salir. El agua está helada.

Encontró fondo casi en la orilla del lago, pero resbaló y volvió a caer dentro. Alargó el brazo para asirse al borde rocoso, y su mano topó con otra cosa. ¡Parecía una especie de volante o timón pequeño cosa de treinta centímetros por debajo de la superficie!

Salió del lago y se vistió. Estaba tiritando demasiado para hacer más



investigaciones hasta haberse echado algo de ropa encima. Luego se arrodilló junto a la orilla y metió la mano para tocar y convencerse de la existencia de la misteriosa rueda otra vez.

—¡Aguanta mi lámpara, Lucy! —ordenó—. ¡Hay algo raro aquí!

Lucy tomó la lámpara con dedos temblorosos. ¿Qué iba a encontrar Jack?

—Es una ruedecita —dijo éste—. ¿Por qué está aquí? Bueno, pues las ruedas son para dar vueltas; conque daré vueltas a ésta. ¡Ahí va eso!

La torció hacia la derecha. Giró sin dificultad. Y luego dio un salto violento, porque las dos niñas soltaron un chillido y a continuación se agarraron a él con todas sus fuerzas.

## Capítulo XVI

### Dentro de la montaña

—¿Qué pasa? —gritó Jack, alzándose—. ¿Qué ha ocurrido?

Lucy, con el susto, había dejado caer la lámpara. La luz se apagó y se quedaron a oscuras. Asió a Jack bruscamente de nuevo, sobresaltándose.

—¡Me tocó algo! —sollozó—. Algo me pasó los dedos por toda la espalda. ¡Oh, Jack! ¿Qué sería?

—Sí, y a mí también —anunció Dolly con voz trémula—. Los sentí. Me tocaron con suavidad el hombro, y luego me recorrieron la espalda hasta los pies. ¿Qué será, Jack? Hay algo aquí. Marchémonos.

—¿Dónde está la lámpara? —preguntó el niño con impaciencia—. ¡Dios quiera que no se haya roto! ¡Oh, Lucy, si serás tonta! ¡Mira que dejarla caer así!

La buscó a tientas por el suelo y la encontró. Por suerte no había rodado hasta el lago. La sacudió y volvió a encenderse. Todos exhalaban un suspiro de alivio.

—Y ahora, ¿qué os tocó? —quiso saber Jack—. A mí no me ha tocado nada.

—No lo sé —sollozó Lucy—. Yo quiero salir de aquí, Jack. Tengo miedo.

El niño iluminó la caverna por detrás de sus compañeras y vio algo que le hizo soltar una exclamación de sorpresa. Las niñas no se atrevieron a mirar. Se colgaron de él, temblando.

—¿Veis lo que os tocó? ¡Una escala de cuerda que cayó por detrás de vosotras! —rió Jack—. ¡Si seréis criaturas! ¡Vergüenza debiera daros!



Dolly se rehízo inmediatamente y soltó una risa un tanto forzada.

—¡Hombre! ¡Eso sí que tiene gracia! Pues de verdad que creí que alguien me tocaba. Me dio esa sensación.

—Debe de haberse descolgado muy en silencio desde lo alto —dijo el niño, dirigiendo la luz hacia arriba y siguiendo la trayectoria de la escala hasta donde pudo—. Bueno, pues bien me hicisteis saltar a mí cuando empezasteis a dar gritos. ¡Por poco me voy de cabeza al agua!

—Ocurrió cuando diste la vuelta a esa rueda de debajo del agua —dijo Lucy, respingando un poco.

—Sí. Es una idea muy ingeniosa. Hay que reconocer que la entrada de esta montaña está la mar de bien escondida... ¡mejor aún que la de la cueva de Alí Baba! Primero, la cortina de verdor. Luego, una simple grieta en la roca. Después, entra uno y no ve nada más que un lago negro y una cueva sin techo. La mayor parte de la gente se limitaría a decir: «¡Qué raro!», y volvería a marcharse.

—Es verdad —asintió Dolly—. Jamás soñarían con que pudiera existir una escalera que se descolgase en cuanto se diera vuelta a una rueda escondida dentro del agua. Es la mar de ingenioso todo esto... ¡En esta montaña vive alguien que tiene inteligencia!

—Sí —murmuró el niño, pensativo—. Una inteligencia que funciona y produce temblores de tierra en miniatura... y humo encarnado. Una inteligencia que instala campos de aterrizaje para helicópteros en las cimas de las montañas... que emplea una manada de perros alsacianos capaces de ahuyentar espantados a todos cuantos se acerquen demasiado a la colina... ¡Sorprendente inteligencia en verdad! ¿Qué andarán buscando exactamente? ¿Cuáles serán sus propósitos, sus intenciones?

Las niñas le contemplaron en la cueva débilmente alumbrada, al lado de la misteriosa laguna. Sonaba muy seria la voz del niño. Y era porque se sentía muy serio, en efecto, al hablar. Había algo muy extraño en todo aquello. Algo muy ingenioso, demasiado ingenioso. ¿Qué podía estar sucediendo allá dentro?

Miró hacia la escala. Le daban unas ganas enormes de encaramarse a ella. Ansiaba ver lo que contenía la colina. Y deseaba encontrar a Jorge. Una voz hueca les hizo dar de pronto un prodigioso brinco a todos.

—¡Malo, malo! ¡Naricuentos!

—Es «Kiki» —dijo Jack con alivio—. ¡Maldito pájaro! ¡Me diste un susto! ¡Vaya bromas! ¿Qué opinas de esta caverna, «Kiki»?

—Naricuentos —repitió el loro.

E imitó el ruido de una segadora.

Sonó terrible en la cueva sin techo. El ruido pareció ascender y ascender sin fin. A «Kiki» le gustó aquello. Empezó a repetir el experimento.

—¡Cállate! —le ordenó Jack—. ¡Sabe Dios lo que ocurrirá si tu ruido llega al punto de partida de esta escala y lo oye alguien!

—No irás a subir, ¿verdad, Jack? —preguntó Lucy, asustada, al ver que el niño

apoyaba un pie en el primer travesaño.

—Sí. Subiré a ver qué hay allá arriba, y volveré a bajar en seguida —contestó Jack—. No creo que tengan montada vigilancia, porque nadie puede suponer que hayamos descubierto la manera de descolgar la escala. Salid vosotras dos al sol y aguardadme.

—No. Iremos nosotros también —anunció Dolly.

Habían perdido a Jorge y ¡no tenían la menor intención de perder a Jack! Conque ella y Dolly se pusieron a subir detrás de él.

La escala estaba bien hecha y era fuerte. Se balanceó un poco al encaramarse los tres por ella. Arriba... arriba... arriba. ¡Parecía como si no tuviese final!

—Voy a detenerme a descansar —susurró Jack—. Paraos vosotros, también. Esto cansa una barbaridad.

Reposaron, asidos a los travesaños jadeando un poco tras el largo ascenso. Lucy no quería ni pensar en lo lejos que se hallaba el suelo de la cueva. Ni sentía el menor deseo de intentar imaginarse dónde se encontraría el punto de partida de la escala.

Continuaron la subida. La oscuridad era profunda, porque el niño se había guardado la lámpara, puesto que necesitaba ambas manos para subir. Lucy empezó a experimentar la sensación de hallarse en plena y horrible pesadilla, una pesadilla en la que tendría que subir escalas en la oscuridad hasta que se despertase finalmente por la mañana.

—Escuchad... veo una especie de luz muy débil ahora —susurró Jack—. Creo que debemos estar llegando a la parte de arriba. No hagáis ruido.

Llegaron al final de la escala cuando Lucy empezaba a estar segura de que sus brazos serían incapaces de mantenerse asidos a los travesaños por más tiempo. Como dijera Jack, había una luz débil allá. Se encaramó a un suelo rocoso, y las muchachas le siguieron. Permanecieron todos tendidos, jadeantes, durante unos minutos, sin fuerzas siquiera para mirar en torno suyo y averiguar dónde estaban.

Jack fue el primero en reponerse. Se incorporó y miró a su alrededor. Se encontraba en una cámara pequeña, iluminada por una lámpara de mortecina luz. En el fondo se hallaban unos cántaros grandes de piedra, llenos de un líquido que parecía agua, con unos tazones cerca. Los ojos del niño relucieron. ¡Era precisamente lo que necesitaban tras el fatigoso ascenso! Fue en busca de uno de los cántaros y de tres tazones y bebieron hasta saciarse de aquella agua, que estaba tan fría como el hielo.

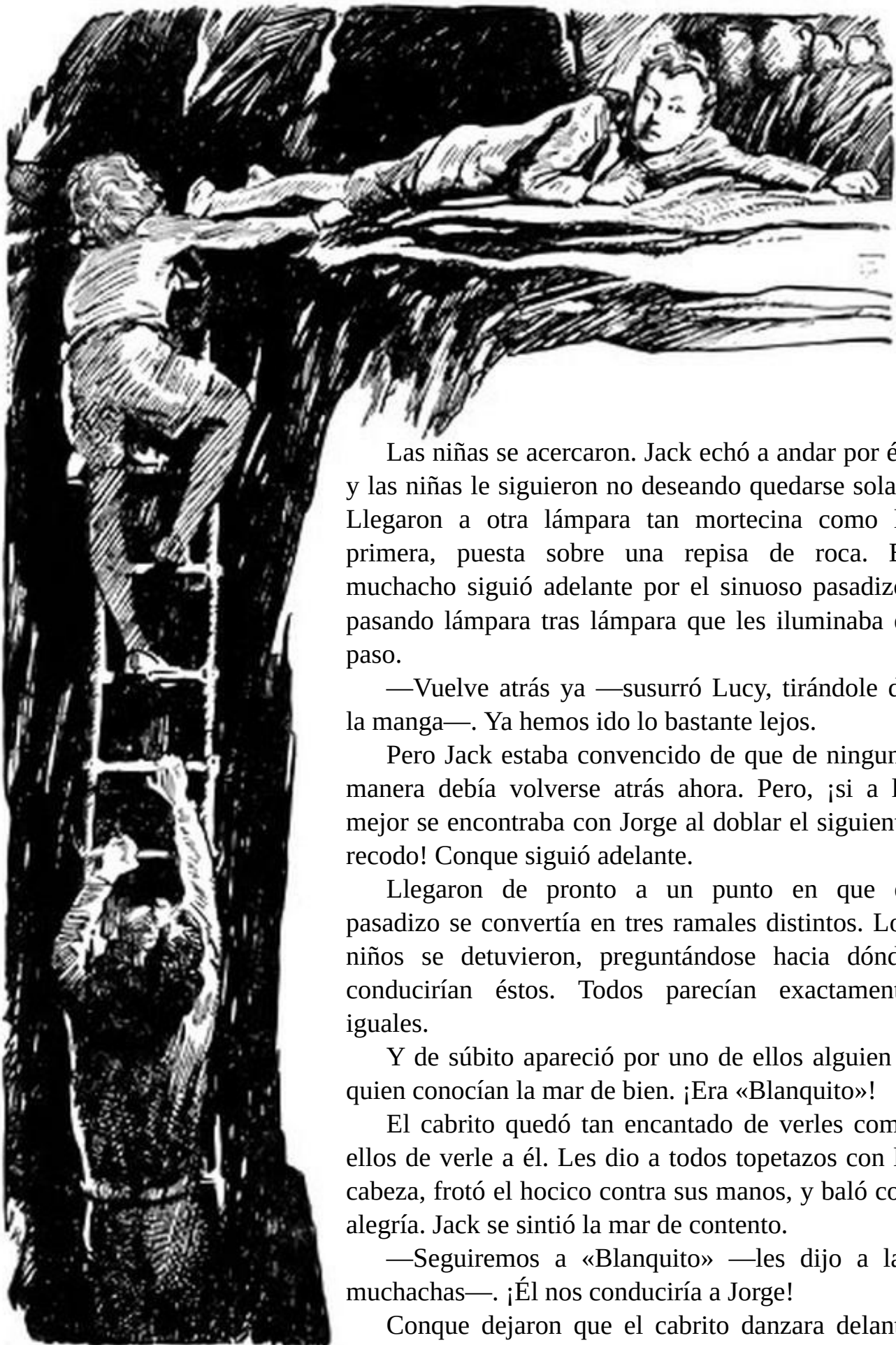
—Ahora me siento mejor —anunció el niño con un suspiro.

Volvió a dejar cántaros y tazones en su sitio. No había ninguna otra cosa en la cámara. Al otro extremo se veía una especie de corredor que penetraba en el corazón de la montaña.

Jack se encaminó a él. Lucy le llamó quedamente.

—Jack, ¿no vas a bajar? ¡Dijiste que sólo subirías a echar una mirada!

—Pues eso es lo que estoy haciendo. Hay un pasadizo estrecho aquí. Venid a ver. ¿Adónde conducirá?



Las niñas se acercaron. Jack echó a andar por él, y las niñas le siguieron no deseando quedarse solas. Llegaron a otra lámpara tan mortecina como la primera, puesta sobre una repisa de roca. El muchacho siguió adelante por el sinuoso pasadizo, pasando lámpara tras lámpara que les iluminaba el paso.

—Vuelve atrás ya —susurró Lucy, tirándole de la manga—. Ya hemos ido lo bastante lejos.

Pero Jack estaba convencido de que de ninguna manera debía volverse atrás ahora. Pero, ¡si a lo mejor se encontraba con Jorge al doblar el siguiente recodo! Conque siguió adelante.

Llegaron de pronto a un punto en que el pasadizo se convertía en tres ramales distintos. Los niños se detuvieron, preguntándose hacia dónde conducirían éstos. Todos parecían exactamente iguales.

Y de súbito apareció por uno de ellos alguien a quien conocían la mar de bien. ¡Era «Blanquito»!

El cabrito quedó tan encantado de verles como ellos de verle a él. Les dio a todos topetazos con la cabeza, frotó el hocico contra sus manos, y baló con alegría. Jack se sintió la mar de contento.

—Seguiremos a «Blanquito» —les dijo a las muchachas—. ¡Él nos conduciría a Jorge!

Conque dejaron que el cabrito danzara delante de ellos, enseñándoles el camino. Les condujo

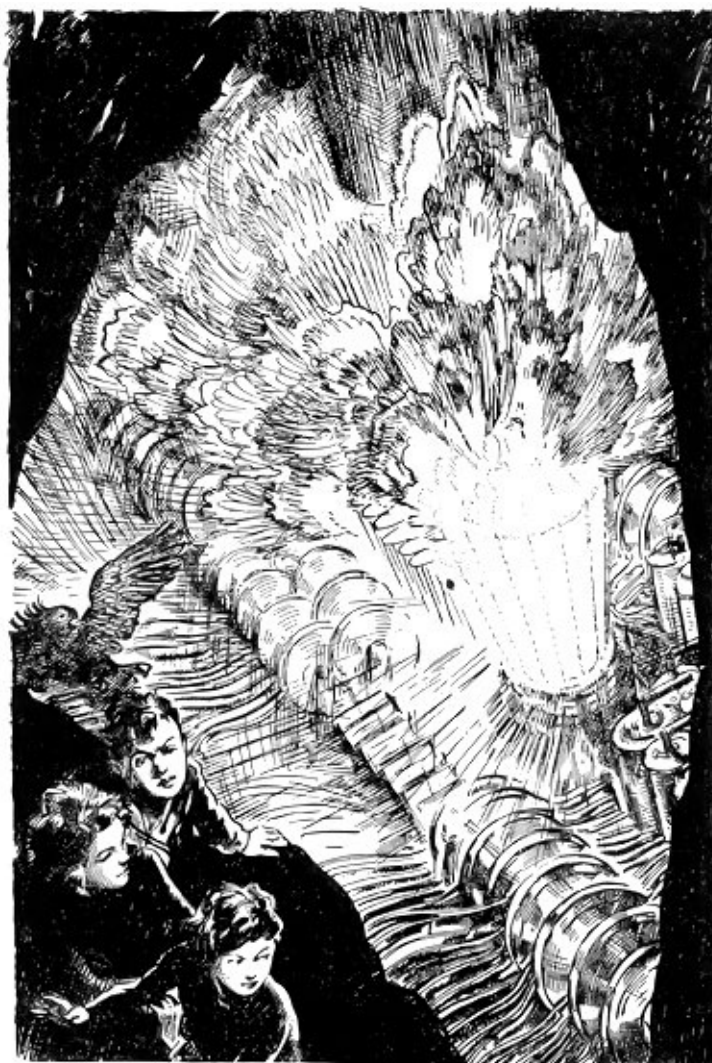
pasadizo abajo hasta una vasta caverna que parecía un gigantesco salón. Lo cruzaron y se metieron por otro corredor y luego, con gran sorpresa suya, llegaron al lugar más asombroso que darse puede.

Era como un enorme laboratorio: una sala de trabajo instalada en el corazón de la montaña. Se hallaba a sus pies, y tuvieron que asomarse a una especie de balconcillo rocoso para contemplarlo.

—¿Qué es? —susurró Lucy, impresionada por la cantidad de cosas raras que había allí.

No vieron máquinas enormes, sólo una gigantesca red de brillantes alambres, grandes recipientes de vidrio colocados juntos, cajas de cristal en las que saltaban chispas y llamas, e hilera tras hilera de ruedas que giraban silenciosamente, brillando de una forma extraña al rodar. Los alambres partían de éstas en todas direcciones.

En el centro de aquel recinto brillaba una lámpara singular. Tenía muchos lados, y resplandecía de un color primero, y luego de otro. A veces era tan deslumbradora, que los niños apenas podían mirarla. A veces se amortiguaba, adquiriendo un débil brillo encarnado, verde o azul. Parecía vivo, un ojo monstruoso que observara todo cuanto había en el laboratorio secreto.



Los niños contemplaron todo aquello como fascinados. No había nadie allí. Todo parecía funcionar por su cuenta, sin detenerse nunca. Giraban las ruedas, los alambres brillaban, y nada hacía ruido, fuera de un zumbido muy amortiguado.

Y de pronto empezó a oírse aquel rumor lejano que tan bien conocían ya. Muy por debajo del laboratorio, en las grandes profundidades, notóse un movimiento y se oyó como un mugido al suceder algo en el corazón de la colina. Después, como sucediera en ocasiones anteriores, la montaña tembló un poco y se estremeció cual si algo tremendo se hubiera producido en sus entrañas.

La gran lámpara del centro se tornó brillante de pronto, tan brillante, que los niños se agazaparon, asustados. Se fue volviendo encarnada, del rojo más vivo que en su vida vieron. Empezó a despedir minúsculas ráfagas de humo carmesí.

Jack sintió que se sofocaba. Empujó a los niños hacia el corredor, y respiraron con alivio el aire más fresco que allí había. «Blanquito», asustado, se acurrucó contra ellos.

—Ése es el humo que vimos salir por el agujero de la ladera —susurró Jack—. Debe de haber una chimenea que conduce desde esa lámpara hasta el respiradero de la montaña para que escape el humo.

—¿Qué crees tú que están haciendo aquí? —inquirió Dolly, impresionada—. ¿Para qué son esos alambres, y esas cajas de cristal, y todo lo demás?

—No tengo la menor idea. Pero es evidente que se trata de algo muy secreto; de lo contrario no lo harían aquí, en este sitio solitario e inaccesible.

—¿Bombas atómicas o algo así, crees tú? —preguntó Lucy con un estremecimiento.

—Claro que no. Para eso hacen falta edificios enormes —contestó el niño—. No... se trata de algo raro y poco usual, creo yo... Volvamos a atisbar.

Regresaron, pero todo estaba igual que la vez anterior: las ruedas giraban silenciosas, las chispas y llamas seguían recorriendo el interior de las cajas de cristal, la enorme lámpara vigilando, como un ojo, ora roja, ora azul, ora verde, ora naranja.

—Demos la vuelta al balconcillo, a ver adonde conduce —susurró el niño—. Me siento igual que si me encontrara en una especie de cueva de Aladino... ¡el Esclavo del Anillo puede presentarse en cualquier instante!

Siguieron andando y llegaron a otro sitio extraordinario. Era, en realidad, una caverna de techo muy alto, pero la habían convertido en grande y suntuosa sala, con una escalinata que conducía a lo que parecía un trono. Colgaban sobre las paredes desde el techo hermosos tapices, que relucían con brillantes lámparas en forma de estrellas.

Cubría el suelo una alfombra dorada, y había una hilera de magníficos sillones a cada lado. Los niños lo contemplaron con asombro.

—¿Qué es todo esto? —susurró Dolly—. ¿Vive aquí algún rey? ¡El rey de la montaña!

## Capítulo XVII

### Jorge otra vez

—Es raro que no haya nadie por aquí —dijo Jack, escudriñando el silencioso salón—. ¡Ni un alma! ¿Dónde estará todo el mundo? Primero, todas esas ruedas, esos alambres, esas cosas que giran y funcionan solas, sin que nadie las atienda, y ahora, ¡este enorme sitio vacío con su trono y sus grandiosas colgaduras!

—¡Jack! —exclamó Dolly, tirándole de la manga—. ¿No podemos buscar a Jorge ahora y salvarle? ¡Sólo tenemos que retroceder por esos pasadizos tan largos y bajar la escala! «Blanquito» nos llevará adonde está Jorge, y podemos llevárnosle sin peligro.

—Sí —asintió el niño—, es una buena idea.

Acarició al cabrito, que estaba a su lado.

—¿Dónde está Jorge? —preguntó en su susurro. Le dio un empujón al hablar—. Enséñanos dónde, «Blanquito».

El animal le dio un suave topetazo. No pareció entender lo que decía el niño. Jack se dio por vencido al cabo de un rato.

—Aguardaremos a ver si «Blanquito» se marcha por su cuenta —dijo—. Si lo hace, le seguiremos.

Conque aguardaron. «Blanquito» no tardó en dar muestras de desasosiego, y acabó echando a andar, cruzando la sala y pasando junto al trono. Los niños le siguieron con cautela, bien pegados a la pared y tan por las sombras como les fue posible. El cabrito desapareció tras unas cortinas encarnadas.

Los niños se asomaron a ellas. Había al otro lado una biblioteca pequeña. Las paredes estaban cubiertas de libros, cuyos títulos miraron con curiosidad. No pudieron comprender lo que ninguno de ellos significaba. La mayor parte estaban escritos en idioma extranjero. Daban la sensación de ser obras muy difíciles y muy eruditas.

—Libros científicos —dijo Jack—. Vamos, «Blanquito» ha pasado por esa abertura.

Le siguieron. El cabrito vio que se acercaban y les aguardó. Confiaban que les estaría conduciendo al sitio donde debiera estar Jorge.

Y ése era su propósito, en efecto. Les guió en dirección ascendente, por un pasadizo extraño, redondeado, que parecía un túnel y que estaba iluminado a trechos con la misma clase de lámparas que los corredores que con anterioridad recorrieron. Era raro caminar en la semioscuridad, sin poder ver muy lejos hacia delante ni hacia atrás. «Blanquito» trotaba a la cabeza de la pequeña procesión, como minúsculo fantasma blanco.



Pasaron por delante de grandes aberturas llenas de lo que parecían ser pertrechos y provisiones. Había cajas, arcas y paquetes de todas clases, tirados de cualquier manera.

Jack se detuvo a examinar algunos. Casi todos llevaban etiquetas extranjeras. Habían abierto una de las cajas, y se veían latas de conserva.

—Mirad —dijo el niño—, es lo que yo había dicho. Se hacen traer las provisiones aquí... en helicóptero, supongo. ¿Qué diablos estarán haciendo?

Llegaron a unos escalones tallados en la roca viva. Ascendían, bastante empinados, en espiral. «Blanquito» brincó por ellos con agilidad; pero los niños jadearon al cabo de unos momentos de subir y subir dando vueltas por la escalera de caracol.

Alcanzaron una puerta practicada a un lado de los escalones de piedras. Era muy fuerte y gruesa, de madera con grandes cerrojos por la parte exterior. «Blanquito» se detuvo ante ella y baló.

A los niños les dio un vuelco el corazón al oír una voz conocida decir:

—¡«Blanquito»! ¡Aún estoy aquí! No puedo ir a tu lado, «Blanquito», pero no te apures.

—¡Es Jorge! —exclamó Jack. Dio unos suaves golpes contra la pared—. ¡Jorge! ¡Somos nosotros! Vamos a descorrer los cerrojos.

Se oyó una exclamación de asombro y ruido de pasos que corrían hacia la entrada. Luego se oyó la voz del prisionero, excitada.

—¡Troncho, Jack! ¿Sois vosotros de veras? ¿Me podéis sacar de aquí?

Jack descorrió los cerrojos. Estaban bien engrasados y resbalaron sin hacer ruido. Jorge tiró de él hacia dentro en cuanto abrió la puerta. Las niñas y «Blanquito» entraron también.

—¡Jack! ¿Cómo llegasteis aquí? He estado encerrado en este lugar tan raro con el negro. Mirad, ahí está. Duerme la mayor parte del tiempo. Es el que buscaban los perros.

Allí estaba el negro, en efecto, tumbado contra la pared de la cueva, profundamente dormido. Jack y las niñas miraron a su alrededor, maravillados.

Aquello no era más que una cueva abierta a un lado de la cima de la montaña. Daba al cielo... ¡o así parecía! Al principio, fueron incapaces de ver otra cosa que una gran extensión de azul cuando miraron por la abertura que había enfrente de la puerta.

—Está casi en la cima de esta cueva —dijo Jack—. ¿Verdad que es maravillosa la vista? Se ve por encima de los picos de las colinas de allá. Jamás he estado tan alto en mi vida. Me da vértigo mirar fuera mucho rato.

Dolly se acercó a la orilla de la cueva, pero Jorge la obligó a retroceder.

—No, no te acerques demasiado. Está cortada la montaña casi a pico por ese lado. Y si miras hacia abajo, te sientes la mar de raro... ¡como si estuvieses en el techo del mundo y pudieras caerte de un momento a otro!

—Sujétame de Id mano entonces mientras miro —dijo Dolly.

Y Jack quiso asomarse también.

—Túmbate en el suelo de la cueva y asómate así —aconsejó Jorge—. Te sentirás más segura.

Conque los cuatro se tendieron en el suelo y asomaron la cabeza por el borde de la gruta que se hallaba casi en la cima. Experimentaron una sensación rara, en efecto. Muy muy lejos allá abajo, se veían las laderas de la montaña. Y muy por debajo, el valle. Lucy asió con fuerza a Jorge. ¡Le daba la sensación de que se estaba precipitando por el abismo! Pero no era verdad, claro. Estaba segura sobre el suelo de la gruta. No era más que la terrible sensación de gran altura lo que la hacía creer que debía estar cayendo, abajo, abajo...

—No me gusta —dijo.

Y se apartó de la orilla.

—Los otros estaban hondamente impresionados. Miraron hasta experimentar también la sensación de que iban a caerse, y entonces retrocedieron y se incorporaron.

—Ven con nosotros, aprisa —le dijo Jack a Jorge—. Conocemos la salida... y «Blanquito» nos guiará si dudamos. Hemos de marchar mientras haya ocasión. Parece todo desierto este sitio. Es la mar de raro.

—Los hombres viven en la mismísima cima —explicó Jorge—. El negro me ha estado contando bastantes cosas. Esta cueva está cerca de la cima... tan cerca, que a veces oigo hablar y reír a los hombres. Debe de haber una meseta allá arriba... algún sitio llano... porque aterrizan allí los helicópteros.

—¡Oh!, entonces supongo que todos están arriba —dijo Jack—. No vimos ni un alma por el camino al venir. Vamos, marchémonos. Jorge. No desperdiciemos un instante. Podemos contárnoslo todo el uno al otro cuando estemos a salvo, fuera de esta extraordinaria e incomprensible montaña.

Se dirigieron todos a la puerta. Pero Jack empujó a los demás hacia atrás de pronto. Cerró silenciosamente la puerta y se llevó un dedo a los labios.

—¡Oigo voces!

También las oían los otros. Voces altas, que se iban acercando adonde se encontraban. ¿Se darían cuenta los que hablaban de que estaban descorridos los cerrojos?

Las voces se acercaban más y más y... ¡pasaron de largo! Evidentemente, a ninguno se le había ocurrido echar una mirada a los cerrojos. Los niños volvieron tranquilamente a respirar.

—¡Gracias a Dios! ¡Han pasado de largo! —dijo Jack—. ¿Aguardamos unos cuantos minutos y salimos corriendo luego?

—No. Aguarda a que los hombres regresen y marchen a la cima —contestó Jorge—. Creo que no son más que los paracaidistas que han ido a buscar provisiones para subirlas.

Todos le miraron.

—¡Paracaidistas! —exclamó Jack, con asombro—. ¿Qué quieres decir? ¿Por qué había de haber paracaidistas aquí?

—Me lo dijo el negro. Se llama Sam —contestó Jorge, señalando con un gesto al durmiente—. Aguardemos a que vuelvan esos individuos con las provisiones o lo que quiera que hayan ido a buscar. No creo que le echen ni siquiera una mirada a esta puerta. ¡No saben que estoy yo aquí!

—Bueno, pues por el amor de Dios, cuéntenoslo todo entonces —dijo Jack, consumido por la curiosidad—. ¡Paracaidistas! Suena imposible.

—Bueno, sabéis cuándo me atraparon, ¿verdad? —empezó Jorge—. Me llevaron a este farallón tan empinado, por detrás de una cortina de plantas trepadoras, y por una grieta que se abre allí. Me empujaron por una especie de escala en la oscuridad... una escala de cuerda creo yo... y subimos siglos y siglos...

Los otros asintieron con un movimiento de cabeza. Conocían por experiencia la sensación.

—Atravesamos por corredores muy largos, y llegamos a un sitio terrorífico... lleno de ruedas y cosas... ¿Lo visteis vosotros también?

—Sí. Y es extraordinario —contestó Jack—. Pero no había nadie allí.

—No tuve tiempo de ver gran cosa —prosiguió Jorge—. Dimos la vuelta por una especie de galería... ésa desde la que se ve la sala de ruedas, alambres, chispas y llamas... y llegamos a un sitio grandioso... ¡como la habitación de un palacio!

—Sí... lo vimos también. Una sala como para un rey. Con trono y todo. Pero tampoco allí había nadie.

—Bueno, pues luego me empujaron por pasadizos y escalones hasta la gruta. Y me encerraron con cerrojo. ¡Y aquí estoy desde entonces! También metieron al negro. Pero al pobre «Blanquito» le dejaron fuera. Ha venido a balar a la puerta una docena de veces. Me dio la mar de pena. ¡Sonaba tan perdido y triste!

«Blanquito» se sentía muy feliz ahora, sin embargo. Se le había subido a las rodillas instalándose cómodamente en ellas. Le daba un cabezazo de vez en cuando para que le hiciese un poco más de caso.

—Me han echado comida por la puerta —dijo Jorge—, toda ella en conserva. Pero nadie me ha dicho una palabra... ni siquiera ese extranjero tan desagradable que me atrapó. ¡Hay que ver qué ojos tiene! Se lee con frecuencia en los libros de gente con la mirada penetrante. Bueno, pues él la tiene de verdad... ¡le atraviesa a uno de parte a parte! Me alegré de que no me interrogara mucho, porque me daba la sensación de que se enteraría de todo, nada más que leyendo mis pensamientos.

Los niños le habían estado escuchando atentamente. Jack hizo un gesto en dirección al negro que continuaba durmiendo.

—¿Qué te contó ése?

—¡Oh!, la mar de cosas raras. Dice que vio un anuncio en el periódico pidiendo hombres que hubiesen sido soldados paracaidistas... Ya sabéis lo que quiere decir:

los que han sido entrenados para saltar a tierra en paracaídas desde aviones que vuelan a gran altura.

—Sí, sí —le respondió Jack, con impaciencia—. Continúa.

—Bueno, pues el hombre de mirada de águila... el que me capturó... responde al nombre de Meier, por cierto... se entrevistó con él en un despacho allá en Méjico, y le ofreció una enorme cantidad de dinero si accedía a venir a probar un sistema nuevo de salto en paracaídas recién inventado.

—¿Qué sistema? —preguntó Dolly.

—No lo sé con exactitud. Sam parecía algo confuso cuando me lo contó... o tal vez fuera que no supe entenderlo yo. Es algo relacionado con volar a través del aire con alas... alas sujetas a los brazos. Al parecer, es imposible que uno se caiga al suelo cuando lleva esas alas puestas. Y uno puede guiarse... ir en la dirección que le dé la gana... exactamente igual que los pájaros.

—Eso es completamente imposible —dijo Jack al punto—. Cosa de locos.

—Sí. Por eso creo que Sam no entendió bien la idea. Bueno, pues este Meier contrató a la mar de ex paracaidistas, les pagó cantidades fabulosas, y los trajo aquí, a la cima de esta montaña, en helicóptero. Y su misión es ensayar esas alas... o eso dice Sam, por lo menos.

—¿Las ha probado él? —quiso saber Jack más que intrigado.

—No. Pero lo han hecho tres de sus compañeros. Les acoplaron a los brazos esas alas tan raras, y les dieron la orden de saltar del helicóptero en un momento dado... si no querían que repentinamente se les lanzase fuera de un empujón.

—¿Qué sucedió?

—Sam no lo sabe. Porque ninguno de sus compañeros regresó. Está bastante seguro de que se estrellaron contra el suelo. Y él no quería morir de esa manera. Conque huyó desesperado en cuanto pudo.

## Capítulo XVIII

### Breve exploración

Hubo una larga pausa tras tan extraña historia. Era difícil de creer. Y, sin embargo, habían visto y oído cosas tan sorprendentes durante los últimos días que les pareció que cualquier cosa podía ser verdad en aquella montaña.

—Pero, ¿qué se pretende? —preguntó Jack al cabo de un rato—. ¿Y a qué todas las pruebas, y los alambres, y las cosas? No acabo de comprenderlo.

—Ni yo tampoco. Pero Sam calcula que, si el experimento tiene éxito y llegan a poder volar los hombres con esas alas alguien ganaría una fortuna fabulosa. Todo el mundo las quería. Todo el mundo volaría.

—Suenan las alas de hermoso —dijo Lucy—. Me encantaría volar como los pájaros... mucho, mucho más que viajar en aeroplano.

Todos pensaban lo mismo; pero ninguno de ellos podía creer en aquellas «alas» de que habían hablado Sam.

—¿Cómo huyó? —inquirió, refiriéndose al negro.

—Hizo una verdadera locura... algo tan peligroso como el saltar de un helicóptero para probar las alas —contestó Jorge—. Sacó un paracaídas del almacén, entró aquí, se lo puso y... ¡saltó!

Todos se estremecieron.

—¿Cómo! —exclamó Jack—. ¿Saltó de esta gruta? ¿Desde tan cerca de la cima de la montaña? ¡Troncho! ¡Es un valiente!

—Lo es. Se le desplegó el paracaídas y flotó a tierra, donde se dio un golpe bastante fuerte. Pero había aprendido a caer, y no tardó en rehacerse. Después, la cuestión era encontrar seguridad... en alguna parte.

—No hubiera podido hallar una región más solitaria y desierta que estas montañas —dijo Jack—. Supongo que ni siquiera sabía dónde se encontraba.

—No tenía la menor idea. Le dije que nos encontrábamos en Gales; pero él ni sabía que existiese semejante país.

—Y supongo que luego los perros se pusieron sobre su pista, ¿verdad? —murmuró Jack—. ¡Pobre Sam!

—Sí. Conocía su existencia, porque viven en la cima de la montaña con los hombres. Dice que los usan para ahuyentar a cualquiera que se acerque a la montaña... y, claro, para dar caza a cualquiera que se escape... o para encontrar a cualquiera que se estrelle si las alas no funcionan bien.

—Que es lo más probable que ocurra. ¡Troncho! ¡Qué hombres más horribles y despiadados deben de haber tras de todo esto! Jamás oí cosa igual.

—Sam dice que hay un rey —prosiguió Jorge—. ¡El rey de la montaña! ¿Verdad

que es increíble? Ese trono debe de ser para él. Sam no le ha visto nunca. Debe de ser la araña que teje su tela en las tinieblas para pescar a todos estos hombres y obligarles a ensayar sus experimentos de verdadero loco.

—Supusimos que se ocultaría tras todo esto una inteligencia colosal —dijo Jack—. Supongo que el de la mirada de águila... ese Meier... no es el rey, ¿verdad?

—¡Oh, no! No sé lo que podría llamársele... una especie de organizador, supongo. Él se encarga de todo... de las provisiones... de todos los preparativos... de encerrar a los hombres cuando llegan los helicópteros... y todo eso. Hay dos hombres, al parecer, que trabajan juntos en estas cosas. El rey es alguien que sólo aparece en las grandes ocasiones... como cuando se produce otro par de alas. Los hombres tienen que bajar entonces a la sala del trono, escuchar un discurso que no comprenden y ver cómo se elige a uno de ellos para probar las alas.

—¡Más bien suena como si se estuviese eligiendo una víctima para el sacrificio! —dijo Jack, ceñudo—. No me gusta esto nada. Es propio de locos.

—Sam estaba enfermo la última vez que el rey escogió una de sus víctimas. Conque, como ya he dicho, él no ha visto al rey de la montaña. Debe tratarse de un hombre singular... endurecido y cruel de verdad... para ser capaz de obligar a esos hombres a que prueben unas alas que no es posible que sirvan para nada.

—¡Estoy de acuerdo contigo! —respondió Jack—. Y creo que cuanto antes salgamos de aquí y nos pongamos en contacto con Bill, mejor. No me siento seguro en esta montaña. No me extraña ya que Lucy tuviera presentimientos. Los tengo yo también ahora ¡y en abundancia!

—Mirad... Sam se está despertando —advirtió Lucy.

Miraron todos al negro. Éste se incorporó y se frotó los ojos. Miró hacia el otro lado de la gruta y pareció sorprendido de ver tanto niño.

Luego reconoció en Lucy a la niña que le había visto en el árbol. Sonrió, y sacudió la cabeza a continuación.

—Te dije que te marcharas —anunció con solemne expresión—. Mala montaña ésta. Malos hombres también.

—Nos vamos ahora, Sam —dijo Jorge—. En cuanto creamos que no hay peligro. ¿Vendrá con nosotros? Sabemos salir de aquí.

Sam puso cara de susto.

—Sam tiene miedo a perros —dijo—. Yo seguro aquí.

—No lo está. Apuesto a que será usted el primero escogido para probar las alas de que me hablé.

—Alas mejor que perros —respondió el negro.

Se oyeron voces fuera. Los niños guardaron silencio hasta que hubieron pasado. Sam escuchó también.

—Son Pete y Jo —anunció.

—Bueno, pues Pete y Jo han vuelto a la cima otra vez —dijo Jack—. Vamos. Parece buen momento para marcharse ahora. No nos tropezamos con nadie al venir

aquí... y lo más probable es que no nos encontremos con nadie al marchar... ¡Qué historia vamos a tener que contarle a Bill!

Abrieron la puerta con cautela. «Blanquito» salió de un brinco en seguida. «Kiki» se hallaba sobre el hombro de Jack, habiendo guardado silencio durante un rato extraordinariamente largo. ¡No parecía gustarle mucho aquella montaña!

Bajaron silenciosamente la escalera de caracol, siguiendo sus vueltas y más vueltas. Llegaron a los huecos en que se almacenaban las provisiones. Les hizo sentir un hambre atroz el ver todas aquellas latas de comida; pero no había tiempo para pensar en comer. Era preciso que huyeran todo lo más aprisa posible.

«Blanquito» les condujo por los corredores débilmente iluminados. Los niños esperaban encontrarse con la curiosa biblioteca al final; pero «Blanquito» les había llevado, al parecer, por otro camino. Se detuvieron al cabo de un rato, consternados.

—Escuchad... no vamos bien. No vimos esa cueva de ahí antes... ¡estoy seguro que no! —dijo Jack con mucho aplomo.

Vacilaron, sin saber si seguir adelante o volver sobre sus pasos. ¡Sería posible perderse en el corazón de aquella montaña!

—Oigo una especie de ruido —anunció Lucy, escuchando—. Acerquémonos con cuidado a ver qué es.

Siguieron adelante por un ancho corredor que bajaba a veces por una pendiente muy acentuada. El aire se hizo muy caliente de pronto.

—¡Uf! —exclamó Jorge, enjugándose el sudor—. ¡Apenas puedo respirar!

Salieron a una especie de balconcillo desde el que se veía un barranco profundo y tan grande que dejó a los niños sin aliento. Allá abajo, en el centro del abismo, había hombres trabajando, aun cuando no había manera de que los muchachos adivinasen lo que estaban haciendo. Desde donde estaban, parecían tan pequeños como hormigas.

Grandes lámparas iluminaban las profundidades. Los cuatro contemplaron con asombro la escena. ¿Qué podían estar haciendo allí?

De pronto, Jack le dio un codazo a Jorge.

—Mira... los hombres han descornado a un lado el fondo del barranco... ¿lo ves? ¿Qué es eso que hay debajo?

¡Bien podía preguntarlo Jorge! En el agujero abierto en el fondo del precipicio resplandecía una brillante masa de color... ¡pero de un color que los niños no conocían! No era azul o verde, ni encarnado o amarillo, ni ningún otro color que hubiesen visto en su vida. Lo miraron boquiabiertos.

Luego, de pronto, experimentaron una sensación extraña, una sensación de ligereza, de liviandad, como si estuvieran en un sueño y nada de aquello fuese real. Se asieron al antepecho del balconcillo, asustados. En el mismo instante, los hombres, allá abajo, corrieron el suelo hasta cubrir otra vez el agujero, ocultando la brillante masa de desconocido color. Inmediatamente los niños notaron que la extraña sensación desaparecía y que volvían a la normalidad.

Se sentían un poco débiles.

—Vayámonos —le sugirió Jack, atemorizado—. No me gusta esto.

Pero antes de que pudieran marcharse, empezó a sonar en las entrañas del monte el rumor con el que tanto habían llegado ya a familiarizarse. Se abrazaron unos a otros. Sonaba mucho más fuerte ahora que se hallaban dentro de la montaña. Era más fuerte que el trueno: un ruido furioso, ultraterreno. Luego, el balconcillo en que se encontraban empezó a temblar.



Jack echó una última mirada al barranco. Los hombres habían desaparecido: se habrían ocultado probablemente tras las paredes rocosas como medida de protección. Jack asió la mano de Lucy, y salió huyendo. Tras él fueron Jorge y Dolly. «Kiki», agarrado fuertemente al hombro de su amo, estaba más asustado que todos ellos. «Blanquito» había desaparecido por completo.

Los cuatro subieron a gran velocidad por el ancho corredor que les había conducido hasta el abismo. El suelo se estremecía bajo sus pies. Estaban seguros de que toda la montaña se estaría estremeciendo. ¿Qué fuerzas empleaban aquellos hombres? ¡Debían de haber descubierto algún secreto científico desconocido de todo el mundo hasta entonces!



No dejaron de correr hasta haber llegado a la parte superior del pasadizo ascendente. Chorreaban de sudor y jadeaban de una manera espantosa. «Blanquito» se reunió con ellos de pronto, y se apretó contra las piernas de Jorge. Los cuatro niños se dejaron caer amontonados, y «Blanquito» pasó por encima de ellos sin que les hiciese ninguno, caso.

—¡Por el amor de Dios, salgamos de aquí! —dijo Jorge, por fin—. Seguramente, de haber sido hombres de ciencia, no nos hubiéramos asustado ni pizca... no hubiésemos hecho más que experimentar interés... Pero lo único que yo digo es: ¡salgamos de aquí!

Todos estuvieron completamente de acuerdo con él. Sólo que, ¿cuál era el camino? Se pusieron en pie y caminaron por un pasadizo retorcido. Se bifurcó al cabo de un rato y los niños, no sabiendo por dónde tirar, escogieron el ramal de la derecha. Les condujo a una cueva que parecía una celda y contenía una estrecha cama, una jarra, una palangana y un estante. Nada más.

—¡Qué raro! —dijo Jack—. Supongo que sería el cuarto de Meier o de alguno de los otros hombres. Volvamos otra vez atrás.

Volvieron a la bifurcación y tiraron por el ramal izquierdo. ¡Con gran sorpresa suya, llegaron a unas cortinas colgantes de seda purpúrea con enormes dragones encarnados!

Se detuvieron. Jorge pasó la mano sobre «Blanquito» para impedir que diera un salto hacia delante. Jack se acercó a las cortinas, de puntillas.

Al otro lado de éstas, había una habitación tan maravillosamente adornada, tan llena de tapices, y cortinas, y gruesas alfombras, que nadie hubiese dicho que de una caverna se trataba. A un lado se veía un canapé cubierto con edredón de purpúrea seda, en la que iban bordados los mismos dragones rojos que en las cortinas.

Jack se quedó boquiabierto. Quizá fuera allí donde durmiese el rey. Se disfrutaba de una temperatura muy fresca y agradable en aquella estancia. ¿De dónde procedería la corriente refrescante? Vio una estrecha varilla colgada de la pared cerca de él, con ranuras en toda su extensión. Alzó la mano y notó una corriente de aire. ¡Qué asombroso! No era más que una varilla sujeta a la pared. ¿Cómo podía salir aire fresco de ella? De nuevo obtuvo Jack la impresión de que un cerebro extraordinariamente ingenioso reinaba en aquella montaña.

Oyó voces procedentes de una habitación contigua, cuya entrada estaba oculta tras la misma clase de cortinas color púrpura que colgaban de los demás lugares. Regresó cautelosamente al lado de sus compañeros.

—Aguardaremos un poco. Hay alguien hablando en la habitación del otro lado. Ésta debe ser la alcoba del rey, con toda seguridad.

Aguardaron, atisbando por entre las cortinas de vez en cuando. Empezaban a sentir todos un apetito enorme. Sintieron un gran alivio cuando cesaron las voces por fin, y reinó el silencio. Cruzaron de puntillas el dormitorio, y pasaron a la otra estancia.

Al llegar a ésta, se detuvieron llenos de delicia: no por la extraña belleza de la habitación, sino ante la exquisita comida que vieron sobre la mesa.

## Capítulo XIX

### El Rey de la Montaña

—¡Fijaos! —exclamó Jack—. Alguien ha estado comiendo aquí... tres personas... y ¡mirad lo que han dejado!

—¿No podemos comer algo nosotros? —preguntó Lucy, clavando la vista en un enorme frutero lleno de fresas frescas y una jarra medio llena de leche.

Cerca de ésta había un plato de langosta y dos fuentes de ensaladas surtidas.

Era evidente que tres personas habían estado comiendo allí, a juzgar por los platos y los vasos, todos los cuales eran muy hermosos.

—¡A esto lo llamo yo un banquete! ¡Un banquete de rey! —exclamó Dolly. Y tomó un pastel con un adorno de azúcar en forma de rosa encima, y le hincó el diente—. No sé de quién es todo esto... pero no hay nadie a quien pedirle permiso, y tengo demasiadas ganas para esperar.

—¡Lo mismo digo! Le pediremos a Bill que lo pague si alguien tiene algo que objetar —dijo Jack.

Y echó mano a una de las langostas.

Había fuentes de cosas que los niños no habían visto en su vida, hasta entonces. Probaron una o dos, pero estaban sazonadas de una manera que no les resultaba agradable.

Encontraron melocotones pérsicos, pinas y ciruelas de todas clases.



—¡Debe andar la mar de ocupado el helicóptero si ha de traer todas estas cosas! —murmuró Jack, mordiéndose el melocotón más dulce que jamás probara—. ¡La verdad es que el rey de esta montaña sabe tratarse a cuerpo de ídem!

Nadie les interrumpió. «Kiki» se hartó de comer, disfrutando tanto como los demás. «Blanquito» se comió toda la ensalada que le ofrecieron y, para celebrar la ocasión, se le permitió que estuviese sobre las rodillas de Jorge, con las patas delanteras sobre la mesa. Ardía en ganas de subirse por completo al mantel, y no acababa de comprender por qué se le permitía a «Kiki» estar allí y a él no.

—¡Si comes más, «Kiki», te va a entrar hipo de verdad! —dijo Jack—. ¡Mira que atiborrarse de esa manera! ¡So glotón!

—¡Pum, suena el loro! —asintió «Kiki».

Y hubiese prorrumpido en una carcajada de no haberle contenido su amo.

—Bueno... ¿y si probáramos encontrar la salida otra vez? —dijo Jack, por fin—. No sé si tiene eso nada que ver con la extraña sensación que experimentamos cuando destaparon el suelo del barranco y vimos aquella extraordinaria masa brillante, pero el caso es que no siento el menor temor ya. ¡Ni siquiera siento que es terriblemente urgente que salgamos de aquí, aunque sé que lo es de modo indispensable!

—¡Fue una sensación muy rara! —asintió Jorge—. ¡Me pareció que iba a flotar en el aire de un momento a otro! ¡Me agarré con toda el alma a ese balconcillo para evitarlo!

A todos les había pasado lo propio. Y ahora, al igual que Jack, ya no parecían temerle a nada. Eso no podía ser, sin embargo: era preciso que hallaran la salida lo más aprisa posible.

Abandonaron el curioso comedor con su cargada mesa. Se metieron por un pasillo más brillante e iluminado que los otros. Las paredes de roca estaban adornadas con colgaduras. Grandes cortinas oscilaban, mecidas por la leve brisa que circulaba por los corredores.

—Ésta debe de ser la parte reservada al rey —dijo Jack—. Quizá lleguemos pronto a la sala del trono.

Y así fue. Llegaron. Pero aquella vez no estaba vacía, sino llena de bote en bote.

De hombres. Silenciosos. De todas las clases y de aspecto bien duro algunos de ellos. De muchas nacionalidades. Varios lucían la boina parda que usan los soldados paracaidistas cuando van de uniforme. Los niños supusieron que todos eran antiguos paracaidistas. Serían unos veinte. Y Sam estaba allí también. Jorge se sobresaltó al verle. ¡Ahora se sabía ya que él se había escapado! Quienquiera que hubiese ido a buscar a Sam, habría encontrado la puerta abierta y descubierto que Jorge no se hallaba allí. ¡Qué mala pata! Ahora le buscarían palmo a palmo, y resultaría muy difícil escapar. Dio un codazo a Jack y le hizo ver a Sam. Jack, que atisbaba por entre las cortinas que colgaban delante de ellos, movió afirmativamente la cabeza y frunció el entrecejo. Se le ocurrió el mismo pensamiento que se le ocurriera a Jorge.

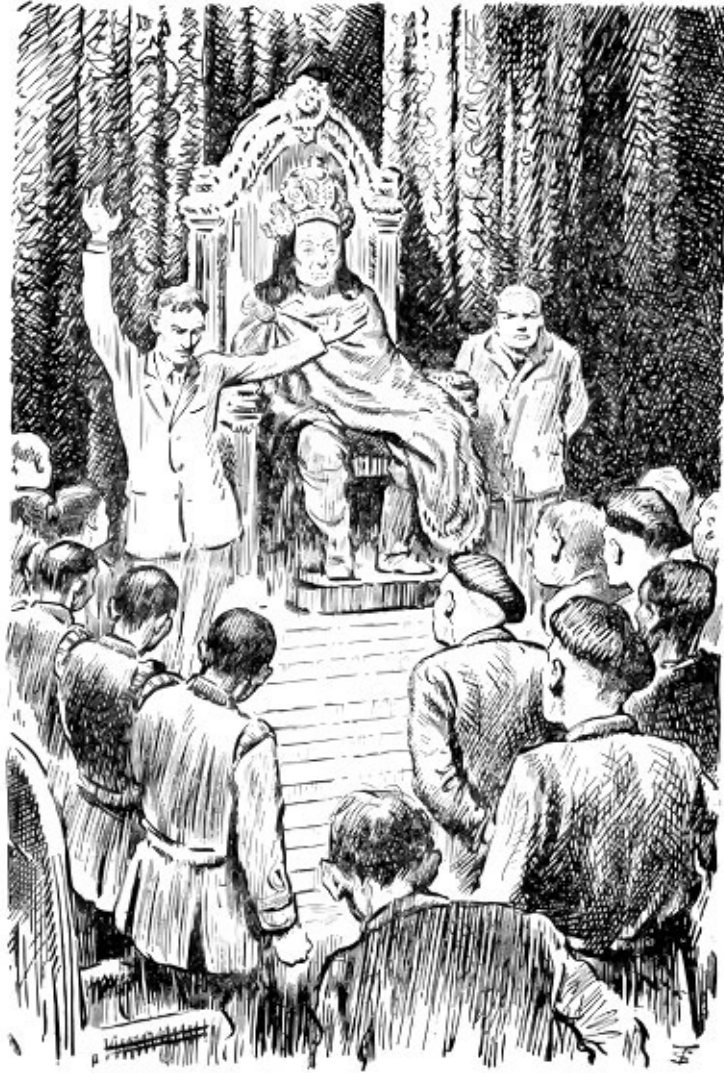
Se preguntó si no debían marchar al instante y procurar encontrar la salida. Pero, o tendrían que volver por donde se habían acercado, cosa que no les conduciría a la salida que conocían, o se verían obligados a entrar en la sala del trono, donde les descubrirían en el acto. No. No les quedaba más recurso que permanecer allí hasta que la reunión, o lo que fuera, terminara.

Junto a los paracaidistas había unos hombrecillos que parecían japoneses. Vestían un uniforme bastante vistoso y formaban hilera a ambos lados de la sala. El trono estaba desierto. No se veía ni rastro de Meier.

Pero de pronto se oyeron susurros entre los allí reunidos. Dos japoneses retiraron los grandes cortinajes cercanos al trono, y entró el Rey de la Montaña.

Parecía muy alto, porque llevaba una enorme corona, incrustada de brillantes piedras, que aumentaba su estatura. Lucía un rico vestido y un manto, y más parecía un príncipe indostánico en una fiesta, que ninguna otra cosa. Un rostro amarillento asomaba, impasible, bajo la enorme corona, y le colgaba por ambos lados una masa de negro cabello. Se sentó en el trono.

A su lado se situaron dos hombres. Jorge estaba seguro de que uno de ellos era Meier. No conocía al otro, pero no le gustó nada su rostro de antropoide ni su corpulenta figura. Los ojos de halcón de Meier barrieron la estancia. Empezó a hablar con voz incisiva y penetrante en un idioma que los niños no conocían. Luego hizo una pausa, y habló en inglés.



Los niños le escucharon, como hechizados. Meier habló del rey, y del magnífico don que le estaba haciendo a la humanidad: el don de volar. Habló de los valerosos hombres que les estaban ayudando en sus experimentos: los paracaidistas dispuestos a probar las alas. Habló de la gran fortuna que recibirían, de los honores que lloverían sobre ellos. Luego lo repitió todo en un tercer idioma, y luego en un cuarto.

Parecía hipnotizarles a todos, al hablar. Jack tenía el convencimiento de que mucho de lo que decía era una estupidez, pero le era imposible hacer otra cosa que creerle mientras le escuchaba, y bien a las claras se advertía que todo su auditorio se hallaba pendiente de él, bebiendo con avidez sus palabras, tanto las pronunciadas en el idioma de cada oyente como aquellas que les eran completamente desconocidas. ¡Qué influjo más poderoso sabía ejercer con su oratoria!

Se solicitaron, a continuación, voluntarios. Todos los hombres dieron un paso al frente al instante. El rey se puso en pie y escogió dos o tres, aparentemente al azar. Dijo unas cuantas palabras que no se oyeron en voz inesperadamente fina y quebradiza que cuadraba muy poco con su augusta presencia.

A continuación, Meier se hizo cargo de nuevo. Dijo que aquellos hombres, que figurarían entre los primeros en haber volado con alas, serían enviados de nuevo a su propio país después del experimento con fortuna suficiente para durarles mientras

viviesen. Todos los demás que habían probado las alas se hallaban ahora sanos y salvos en sus respectivas casas y eran hombres ricos y bien considerados.

—¡Y yo que me lo creo! —le murmuró Jack a Jorge, recordando lo que contara Sam.

El rey se retiró entonces majestuosamente, y Meier y el otro hombre le siguieron. Los japoneses sacaron de allí a los paracaidistas, y la sala del trono quedó desierta.

Cuando se hubo marchado todo el mundo y reinó un completo silencio, Jack le susurró a Jorge:

—¡Conocemos el camino de salida desde aquí! ¡Vamos!

Marcharon al enorme laboratorio donde ruedas y alambres seguían desempeñando su secreto cometido. Los niños se detuvieron en la galería superior y bajaron la mirada hacia la extraña lámpara del centro. Dolly asió de pronto a Jack, haciéndole dar un brinco. La miró.

Señaló ella hacia un grupo de recipientes de vidrio, conectados entre sí por tuberías. Jack vio a alguien allí.

Era un anciano con una frente muy ancha: la más ancha y redonda que recordaba haber visto el niño. Estaba completamente calvo, lo que le daba un aspecto aún más extraño. Inclinado sobre los recipientes, escudriñaba su interior.

—Vamos, antes de que nos vea —susurró Jack.

Y tiró de los otros hacia los corredores que les conducirían a la salida. Los recorrieron y llegaron por fin a la cámara en que se encontraban los cántaros y los tazones. Ahora, ¡a bajar por la escalera de cuerda y escapar!

—¿Y «Blanquito»? —susurró Dolly—. ¿Cómo podremos bajarle?

—¿Cómo subiría antes? —preguntó Jorge—. Y los perros también. No se me había ocurrido pensar en eso. Me empujaron en la oscuridad y estaba tan asustado, que no pensé en «Blanquito» ni en los perros. ¡No pueden haber subido por esa escalera!

—Probablemente habrá algún agujero por el que subirían —dijo Dolly—. Un agujero demasiado pequeño para nosotros, pero lo bastante grande para «Blanquito» y para los perros.

Según resultó más adelante, Dolly tenía razón. Sí que había un agujero pequeño cerca de la grieta. Y era por éste y por un túnel pequeño muy estrecho, por donde había pasado «Blanquito» con los perros, que conocían el camino muy bien. El túnel de los perros iba a parar finalmente a uno de los pasadizos, y así era cómo había entrado «Blanquito» en la montaña.

Seguía aún con los niños. Conocía el camino por el que llegara, pero no pensaba abandonar a los otros. Jack encendió la lámpara de bolsillo y buscó la escalera.

—¿Dónde estará? —exclamó—. ¡Si colgaba aquí mismo!

«Blanquito» se acercó, apretándose contra él, y por poco le tira de cabeza a la laguna.

—¡Sujeta a «Blanquito»! —le dijo a Jorge—. Por poco me tira. No consigo

encontrar la escala. Debiera estar colgando por aquí.

—Deja que mire yo —sugirió el otro, entregándole el cabrito a Dolly.

Buscó a tientas, y Jack dirigió la luz en todas direcciones.

Pero la escala no estaba allí. O si estaba, ¡nadie era capaz de verla! Dirigió la luz hacia abajo. Tampoco alcanzó a verla.

—¿Qué ha sido de ella? —exclamó, exasperado.

—A lo mejor alguien ha torcido la ruedecita de la laguna en otra dirección... y la escala se ha enrollado y escondido sola —sugirió Dolly.

¡Terrible posibilidad aquélla! Jack empezó a buscar por toda la cámara, para ver si algún mecanismo, accionado por la ruedecilla de abajo, había izado la escala; pero no vio máquina ni resorte alguno.

Su mano tocó una especie de pincho incrustado en la pared. Lo enfocó con la lámpara.

—¡Quizá sea esto una palanca! —les dijo a los otros—. ¡Mirad!

Tiró del pincho y lo oprimió, y éste cedió de repente al ser empujado hacia abajo. Se descorrió sin hacer ruido una losa de roca y... ¡detrás de ella se hallaba la escala de cuerda! Cómo podría hacerse funcionar aquello desde abajo, era cosa que no lograban comprender ni imaginarse los muchachos.

Evidentemente no había manera de que funcionase del todo para ellos. La escala estaba enrollada cuidadosamente en el hueco, detrás de la losa, pero no conseguían adivinar cómo se sacaba. Era preciso poner en movimiento algún mecanismo para soltarla. Entonces, supuso Jack, resbalaría de su sitio, caería por el borde de la repisa, e iría desenrollándose hasta llegar abajo, dispuesta para que la empleara quien tuviese que subir.

—Pero, ¿cómo funcionará desde aquí arriba? —preguntó Jack, por vigésima vez.

Todos ellos habían tirado, retorcido y empujado a la escala, tan bien encajada en su escondite, sin lograr desalojarla un milímetro.

—¡Me doy por vencido! —dijo Jack por fin, con melancolía—. ¡Es inútil! Estamos perdidos. Resulta exasperante, precisamente cuando estábamos casi fuera de esta maldita montaña.



## Capítulo XX

### Un secreto sorprendente

Permanecieron sentados un rato en la cámara aquélla, extrañados y llenos de desilusión. Intentaron vez tras vez conseguir que la escala resbalara de su escondite, sin conseguirlo, y acabó por abríseles el apetito y por entrarles una sed atroz. Se bebieron toda el agua que quedaba en los cántaros y empezaron a preguntarse dónde podrían encontrar algo de comer.

Sólo un lugar se les ocurría: la estancia en que comieron antes.

—Volvamos allá a ver si aún están los restos de aquel banquete sobre la mesa —sugirió Jack—. ¡De buena gana me zamparía una langosta o dos por lo menos!

—¡Pobre lorito! —murmuró «Kiki», que siempre parecía saber cuándo se estaba hablando de comida—. El lorito un catarro tiene. Llamad al médico.

—¡Ah!, conque has encontrado la lengua otra vez, ¿eh? —dijo Jack—. ¡Creí que la habías perdido! No empieces a chillar o reír ahora, por lo que más quieras, o nos harás atrapar a todos.

Regresaron al salón del trono, que seguía desierto, y luego pasaron al comedor.

Aun estaba la mesa como la dejaron. A los niños les brillaron los ojos. ¡Estupendo! Y se sintieron inmediatamente mejor.

Tomaron asiento y alargaron la mano hacia los manjares. Jack posó la suya sobre el brazo de Jorge de pronto, y Frunció el entrecejo. Había oído un ruido en la habitación contigua, ¡en la alcoba tan exquisitamente adornada! Se quedaron todos quietos y callados. ¿Habría alguien allí?

«Kiki» vio de pronto a «Blanquito» con las dos patas delanteras encima de la mesa, tratando de alcanzar la ensalada. Arremetió contra él, enfurecido, dando gritos.

—¡Ahora sí que la hemos hecho buena! —exclamó Jack.

Y aún no había terminado de decir estas palabras, cuando se apartaron las colgaduras de la entrada, y asomó un rostro.

Era la cara que habían visto en el gigantesco laboratorio: la cabeza de enorme frente. Tenía los ojos saltones de un azul verde singular, nariz ganchuda y mejillas amarillentas y hundidas.

El rostro contempló en silencio a los cuatro niños y ellos le devolvieron la mirada sin pronunciar una palabra. ¿Quién era aquel hombre extraño de abombada frente?

—¿Sé yo quiénes sois? —inquirió el rostro, con inquisitivo ademán—. Olvido... olvido...

Se apartaron del todo las cortinas y entró el anciano. Iba enfundado en una especie de túnica de seda azul, y a los niños les causó la impresión de un pobre anciano desvalido. Tenía una voz muy fina y atiplada, que «Kiki» se apresuró a

imitar.

El anciano dio muestras de asombro, sobre todo puesto que no podía ver al loro, que se encontraba detrás de un gran jarrón de flores.

Los muchachos no dijeron una palabra. Se estaban preguntando si, de salir corriendo, lograrían escapar.



—¿Qué hacen aquí unos niños? —inquirió el hombre, en tono que denotaba su vivo desconcierto—. ¿Os he visto antes? ¿Por qué estáis aquí?

—Ah... vinimos a buscar a alguien que se había perdido —respondió Jack—. Y ahora no conseguimos salir otra vez. ¿Podría decirnos usted el camino?

El anciano parecía tan ausente y aturdido, que Jack creyó posible fuera lo bastante tonto como para enseñarles por dónde salir. Pero se equivocó.

—¡Oh, no no! —dijo sin vacilar, apareciendo un gesto astuto en el amarillento rostro—. Hay secretos aquí, ¿sabéis? Mis secretos. Ninguno de los que entre puede salir... hasta que mis experimentos se hayan terminado. Yo soy el rey de este sitio... ¡mi cerebro lo rige todo!

Terminó en una nota aguda que produjo una extraña sensación a los muchachos. ¿Estaba loco aquel hombre? ¿Era posible que fuese el «rey» a quien habían visto en el salón del trono? Parecía increíble.

—Usted no se parece al rey —dijo Lucy—. Vimos al rey en el salón del trono... y era alto, y tenía una corona muy grande, y cabello negro alrededor de la cara.

—¡Ah, sí! Me hacen presentarme de esa manera. Quiero ser rey del mundo, ¿comprendéis?... de todo el mundo. Por mi gran inteligencia. Sé más que ninguna otra persona. Meier dice que seré rey del mundo en cuanto estén terminados mis experimentos. ¡Y están casi terminados ya!

—¿Le viste Meier de rey cada vez que ha de presentarse en el salón del trono? —exclamó Jack, asombrado.

Se volvió hacia los otros y habló en voz baja:

—Supongo que será para impresionar a los paracaidistas. No le darían mucha importancia si le viesen tal como es.

—Es que soy un rey —respondió el anciano, con dignidad—. Por mi gran cerebro. Poseo un secreto y lo estoy utilizando. Habéis visto mi gran laboratorio, ¿verdad? ¡Ah, hijos míos, yo sé como usar todas las grandes fuerzas del mundo... las mareas, los metales, los vientos... la gravedad...!

—¿Qué es la gravedad? —inquirió Lucy.

—La fuerza que os mantiene sobre la tierra... la que os hace volver a ella cuando saltáis —contestó el viejo—. Pero... ¡yo he conquistado a la gravedad!

A los niños les sonó aquello a tontería. Tenían el convencimiento de que el viejo estaba loco. Podría haber tenido un cerebro maravilloso en algún tiempo... pero podía valer bien poca cosa ahora.

—¿No me creéis? —dijo el anciano—. Bueno, pues yo he descubierto unos rayos que rechazan la atracción de la tierra. ¿Comprendéis eso, niños? No, no... es demasiado difícil para vosotros.

—No lo es —aseguró Jack, cuyo interés empezaba a despertarse—. Lo que usted quiere decir es que ha logrado descubrir unos rayos que, de ser usados, anularían la fuerza de la gravedad. ¿No es eso? De manera que, si los usara en una pelota que rebotase, ésta no sentiría la atracción de la tierra que la obligara a volver, continuaría ascendiendo en lugar de caer al suelo, ¿verdad?

—Sí, sí... eso es... explicado de una manera muy sencilla. Y ahora, ¿sabéis?, he inventado estas alas. Mando a través de ellas los rayos. Los aprisiona en las alas. Y luego, cuando un hombre salta de un aeroplano con ellas puestas, oprime un botón para liberar la potencia de los rayos... ¡y no cae a tierra! En lugar de eso, puede planear y alzarse, batir las alas, y volar como un pájaro hasta cansarse... Entonces no tiene más que aprisionar los rayos de nuevo, y bajar planeando a tierra.

Los niños escucharon todo esto en silencio. Era la cosa más extraordinaria que en su vida oyeran.

—Pero, ¿pero es eso verdaderamente cierto? —inquirió Lucy, por fin.

La idea de volar así, resultaba muy atractiva.

—¿Creéis que hubiésemos venido aquí, a esta montaña solitaria, a hacer nuestros experimentos... creéis que Meier y Erlick hubiesen gastado el dinero a manos llenas

de no haber sabido que podía yo hacer todo eso? —exigió el anciano, con rastro de enfado.

—Bueno, es que... ¡es que suena tan extraordinario! —dijo Lucy—. Y suena encantador, claro... Quiero decir que yo daría cualquier cosa por poder volar de esa manera. ¡Qué listo debe ser usted!

—Tengo el cerebro más potente del mundo —anunció con solemnidad el viejo—. Soy el científico más grande que existió jamás. ¡Lo puedo todo... todo!

—¿Puede enseñarnos a salir de aquí? —inquirió Jack, fingiendo ingenuidad.

El anciano dio muestras de desasosiego.

—Si usáis mis alas, podéis marcharos —dijo, por fin—. ¡Todos somos prisioneros aquí hasta entonces... hasta yo! Meier ha dicho que ha de ser así. Dice que he de darme prisa, que he de darme prisa a perfeccionar del todo mis alas... El tiempo apremia. Entonces se me hará rey de todo el mundo, y todos me rendirán honores de todas clases y los más grandes.

«¡Pobre viejo! —pensó Jorge—. Se cree todo lo que ese bribón de Meier le dice. Meier y Erlick están aprovechando su habilidad para sus propios fines».

El viejo se marchó tan bruscamente como se había presentado. Pareció olvidarse de la existencia de los niños. Desapareció tras las cortinas, dejándoles solos. Se miraron unos a otros, con cierta inquietud.

—No sé cuánto creer —anunció Jack—. ¿Habrá descubierto de verdad el secreto de cómo anular la fuerza de atracción? ¿Recordáis la extraña sensación que experimentamos al mirar aquella masa brillante en el barranco?... Sentimos una especie de ligereza, de falta de peso, y nos pareció que, si no nos agarrábamos con fuerza, saldríamos flotando por el aire. ¡Apuesto a que andaban sueltos por ahí entonces algunos de esos rayos de que ha hablado!

—Troncho, sí; vaya si fue raro —asintió Jack, pensativo—. Y, claro, todo eso habría que hacerlo bajo tierra... ¡para que los rayos no salieran disparados en todas direcciones! El corazón de una montaña parece un buen sitio para un experimento tan fantástico como ése... con paredes de gruesa roca todo alrededor. ¡Nada de extraño tiene que oyéramos rumores subterráneos ni que se estremeciera el suelo! Ese viejo científico sabe, ¡vaya si sabe! Me daría un miedo atroz andar jugando con las fuerzas que los hombres de ciencia usan en estos tiempos. Esto es más extraordinario que la fusión del átomo.

—Yo no entiendo de esas cosas —dijo Lucy—. Siento lo mismo que debe haber sentido la gente de la antigüedad ante sus magos... ¡no entiendo lo que están haciendo, pero todo parece obra de magia y me da miedo!

—Tú aguarda a que te pongas un par de alas antigravitadoras o como quiera que las llame —dijo Jorge, tomando un melocotón—. Eso sí que será magia si tú quieres.

—Meier y Erlick deben creer en las ideas del viejo —observó Jack—. De lo contrario no se tomarían la enorme cantidad de molestias que se están tomando... ni intentarían guardar tan secreto el asunto. Supongo que, si la idea diera resultado,

ganarían tanto dinero, que serían los hombres más ricos que hubiesen existido jamás, y los más poderosos.

—Sí. Ellos serían los reyes, no el viejo —contestó Jorge—. Sólo están aprovechándole para sus fines, haciéndole creer toda clase de cosas absurdas. Es tan ingenuo como se puede ser, a pesar de tener tanta inteligencia. Declararían que eran ellos los inventores, no el anciano. ¡Mira que tenerle prisionero así... a él y a todos los demás!

—Sin excluirnos a nosotros —asintió Dolly—. Bueno, empiezo a ver claro ahora... a comprender lo que está sucediendo aquí... pero sigo sin poderlo creer. ¡No lo creerá Bill tampoco!

Acabaron de hacer una buena comida. Nadie se acercó a interrumpirles. No se oyó rumor alguno en la habitación del anciano. Pensaron que a lo mejor se había echado a dormir, o habría regresado a su extraño barranco subterráneo. Todos decidieron que por nada del mundo bajarían allí otra vez.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Jack—. ¡Dínoslo, «Blanquito»! «Kiki», ya has comido suficientes melocotones.

—¡Pobre lorito! —dijo «Kiki», con melancolía.

Y se limpió el pico en el mantel.

—¡Viene alguien! —anunció Lucy, de pronto—. ¡Aprisa, escondeos!

—Detrás de las colgaduras de la pared —susurró Dolly.

Y los cuatro corrieron a refugiarse tras los pliegues, aguardando con el aliento contenido.

Eran dos japoneses que habían acudido a quitar la mesa. Se hablaron el uno al otro con dejo de sorpresa porque, en verdad, les llenaba de asombro ver que se hubiese consumido tanta comida.

Los niños les oyeron moverse de uno a otro lado. Luego uno de ellos exhaló una exclamación aguda, que los muchachos no comprendieron. Aguardaron, latiéndoles con violencia el corazón. «Kiki» se hallaba posado sobre el hombro de su amo, desconcertado y silencioso.

De pronto, Lucy exhaló un penetrante grito, y los dos niños salieron inmediatamente de su escondite. Uno de los japoneses le había visto un pie por debajo de las colgaduras, y la había atrapado.

—¡Jack! ¡Jorge! ¡Aprisa! ¡Salvadme! —chilló.

Y corrieron en su auxilio todos.

## Capítulo XXI

### En la cima de la montaña

Los dos japoneses habían asido a la pobre Lucy, que no hacía más que chillar. Los dos niños se abalanzaron sobre los hombres. Pero, con gran sorpresa suya, se vieron rechazados igual que si hubiesen sido simples monigotes de paja. Un simple movimiento del brazo de los orientales bastó para hacerles caer de cabeza.

Se levantaron al instante, pero esta vez uno de los japoneses asió a Jorge, y el niño dio una voltereta en el aire y salió despedido por encima de la cabeza de su adversario. Aterrizó con gran estruendo sobre la mesa, haciendo salir disparadas platos y fuentes.

Entre los chillidos de Lucy, los gritos de los niños y el estruendo de la vajilla, se armó una algarabía infernal. «Kiki» aumentó el jaleo dando aullidos. Luego atacó con violencia a uno de los hombres, que le mantuvo a raya.

Aparecieron de pronto cuatro japoneses más, y allí se acabó la resistencia de los muchachos. Fueron capturados todos. «Kiki» huyó volando, sin dejar de lanzar aullidos. «Blanquito» había desaparecido.



Sacaron a los niños del comedor y los condujeron a una estancia de mayor tamaño, bien amueblada, pero no con tanto adorno como las habitaciones del rey. Cubrían las paredes colgaduras, pero eran colgaduras sencillas. El techo no estaba cubierto y los niños podían ver la roca por encima de ellos.

Lucy estaba sollozando. Dolly tenía muy pálido el semblante, y los niños se mostraban furiosos y retadores. Los colocaron a todos en hilera contra la pared. Jorge se metió la mano en el bolsillo para averiguar si había sufrido su escincoideo en la lucha. A «Pepito Resbaloso» no le había gustado la vida en la montaña. Se había vuelto letárgico y abúlico. Pero no quería abandonar a Jorge. Aún estaba allí, enrollado.

Jorge se preguntó dónde estarían «Kiki» y «Blanquito». No tenía el loro por costumbre huir así. Muy grande debía de haber sido su susto o quizá le hubiese alcanzado alguno de los platos al salir éstos despedidos de la mesa.

A los pocos minutos, Meier y Erlick, los dos hombres que realmente mandaban allí, entraron en el cuarto. Meier estaba ceñudo y los penetrantes ojos fueron clavando su mirada en cada uno de los niños por turno.

—¡Vaya! ¡Conque sois cuatro! Tres de vosotros vinisteis en busca de ese otro, supongo... y le sacasteis de la gruta en que se encontraba. Creísteis que podríais

escapar todos... creísteis que iba a ser fácil, muy fácil... Y no lo fue, ¿verdad?

Les disparó la última pregunta con una torva sonrisa en el aguileño semblante.

Nadie le respondió.

—¿Cómo descubristeis la manera de descolgar la escala de cuerda? —les soltó esta pregunta con tal brusquedad, que todos dieron un brinco—. ¿Quién os dijo cómo hacerla bajar?

Nadie dijo una palabra. Las pupilas de Meier empezaron a contraerse y las niñas se sintieron alarmadas. ¡Era un hombre horrible!

—Os he hecho una pregunta —dijo—. ¡Tú, niño, respóndeme!

—Usé mi cerebro —respondió lacónicamente Jack, viendo que el otro le miraba.

—¿Conoce alguna otra persona esa entrada? —preguntó Erlick de pronto.

Los niños le miraron con antipatía. Les parecía un orangután. Malo era Meier, pero Erlick resultaba diez veces peor.

—¿Cómo hemos de saberlo nosotros? —respondió Jorge, empezando a enfurecerse por la manera en que aquellos hombres le hablaban—. ¿Qué importa si la hay? ¿Es lo que están haciendo ustedes aquí tan vergonzoso que necesitan esconder hasta la entrada de la montaña?

Erlick dio un paso hacia delante y le cruzó la cara con la mano. Lucy dejó de llorar, más asustada que nunca. Jorge no pestañeó. Miró cara a cara al otro, y no se molestó ni en llevarse la mano a la escocida mejilla siquiera. Estaba indignado.

—Déjale en paz, Erlick —terció Meier—. Hay mejores medios de meter en cintura a un niño así que cruzándole la cara. Y ahora mandaremos a los perros a que recorran los alrededores. Si estos niños tienen amigos en las cercanías, los perros darán con ellos y los traerán.

A los muchachos se les fue el alma a los pies. ¿Capturarían los alsacianos a Bill y a David y les conducirían a la montaña, prisioneros también? Sería terrible.

Se oyó fuera una tos hueca. Meier y Erlick dieron un brinco. El primero se dirigió a la entrada de la cueva y asomó la cabeza. No vio a nadie.

—¿Hay otro con vosotros? —quiso saber—. ¿Es un niño o una niña?

—Ninguna de las dos cosas —contestó Jack, que había reconocido la tos de «Kiki» y confiaba que no se le ocurriría entrar.

Aquellos hombres serían capaces de retorcerle el cuello.

—¡Puh! ¡Gah! —sonó la voz del loro.

Y luego una risa capaz de helarle la sangre a cualquiera.

Se asomaron a la entrada otra vez, y buscaron bien por la vecindad. Pero «Kiki» estaba instalado en una repisa de roca por encima de su cabeza, y no les era posible verle.

—Llamad al médico —gimió el loro, con voz tan sepulcral, que los hombres sintieron escalofríos—. Llamad al médico.

—¡Santo Dios! ¿Quién es? —exclamó Erlick. Miró amenazador a los muchachos—. ¡Si es otro niño el que está ahí fuera, dándoselas de gracioso, le desollaré vivo!



—Sólo somos cuatro, dos niños y dos niñas —repuso Jack.

—Y aquí estamos todos —agregó Jorge, con cierta insolencia.

Sabía que era una temeridad hablarles de aquella manera a los dos hombres. Pero no podía remediarlo. Tanto él como Dolly eran de esa manera cuando se enfadaban.

—¡Y aquí os vais a quedar todos! —respondió Meier—. Ya pensaré yo algo para rebajarte los humos, muchacho. Habrás podido pasarte la vida insolentándote con todo el mundo y galleando; pero no harás eso conmigo. Ahora... ¡echad a andar delante de nosotros!

Los niños se vieron obligados a salir de la cueva precediendo a los dos hombres. Poco después iniciaron el ascenso de la escalera de caracol. Llegaron a los huecos en que se almacenaban las provisiones, y siguieron adelante hasta la puerta de la gruta en que había estado encerrado Jorge.

—¡Eh, tú! —ordenó Meier—. Vas a entrar en esa gruta otra vez. Unos cuantos días a dieta te irán muy bien para sacarte toda la insolencia del cuerpo. Los demás seguir subiendo.

¡Pobre Jorge! Le encerraron nuevamente en la celda que daba al abismo. Pero aquella vez no tuvo un negro que le hiciese compañía. Se sentó, lamentando haber sido lo bastante necio como para insolentarse con los que les habían capturado. Pero casi inmediatamente volvió a alegrarse de haberlo hecho. Él no iba a doblegarse ante dos granujas como aquéllos. No obstante, era una lástima que no se encontrase con los demás, sobre todo ahora, sólo estaba Jack para proteger a las niñas.

Los otros tres se vieron obligados a continuar la ascensión, que duró bastante. De pronto... ¡qué sorpresa más enorme!

Subieron un ancho tramo de escalera, de escalones tallados en la roca y salieron a la mismísima cima de la montaña. El asombroso panorama que apareció ante ellos les dejó parados, casi sin aliento. ¡El techo del mundo! ¡Si debían estar tocando el propio cielo!

Olvidaron momentáneamente todas sus preocupaciones, sin más pensamiento que lo que estaban contemplando. Donde quiera que dirigían la vista, elevaban sus picos las montañas y allá en el fondo, yacían, sumidos en sombra, los valles. Resultaba maravilloso encontrarse allá arriba, bajo el cálido sol y acariciados por la suave brisa después de estar tanto tiempo metidos en la oscura colina.

La cumbre de la montaña era extraordinariamente plana. Por tres de sus lados se erguían escarpados riscos, como dientes. Jack reconoció en seguida de qué monte se trataba: era el de los Colmillos, que observara al dar principio a la excursión. Miró en torno suyo. Allí nada crecía. La roca era lisa, desnuda, y del tamaño de un patio grande. Los paracaidistas estaban a un lado, jugando a las cartas en la sombra.

Contemplaron, con sorpresa, a los niños. El negro Sam se encontraba con ellos. Señaló a Jack, y era evidente que les decía a sus compañeros lo que de los niños sabía. Jack se alegró de que Jorge le hubiera contado a aquel hombre tan poco de sí mismo y de los demás del grupo excursionista. No quería que Meier supiese más de

lo que ya conocía.

Había un toldo alzado en el lado opuesto a aquél en que se hallaban los paracaidistas. Meier empujó a los niños hacia él.

—Os quedaréis aquí —dijo—. No hablaréis en absoluto con esos hombres. No os acerquéis a ellos para nada. Sois prisioneros, ¿habéis comprendido? Os habéis introducido aquí, donde no se os quiere para nada, y ahora os tendremos en este lugar todo el tiempo que deseemos para que no nos estorbéis.

—¿No puede venir Jorge con nosotros? —suplicó Lucy—. ¡Se sentirá tan sólo sin nuestra compañía!

—¿Te refieres al otro niño? No. Necesitaba un castigo. ¡Pasar un poco de hambre! Entonces veremos si sabe hablar sin ser grosero.

Meier y Erlick les dejaron, introduciéndose en la montaña de nuevo. Jack y las niñas se sentaron, contristado el semblante. ¡Las cosas no iban demasiado bien! Era una verdadera lástima que Jorge estuviese separado de ellos.

Evidentemente, se había advertido a los paracaidistas que no debían acercarse a los niños, porque no intentaron ni dirigirles una palabra. Meier y Erlick estaban acostumbrados a que se les obedeciese, por lo visto.

Había un parapeto natural de roca cerca de donde se hallaban los muchachos. Rodeaba la orilla de la cima por aquel lado. Jack se puso en pie y se acercó a él. Se sentó encima, y se llevó los gemelos a los ojos. ¡Si pudiese descubrir siquiera a Bill! Y, sin embargo, temía que si Bill se encontraba allá abajo en alguna parte, dieran con él los perros. Se preguntó dónde estarían estos animales.

De pronto irguió el cuerpo y enfocó con los gemelos un punto pequeño en la ladera de la montaña. Había observado un movimiento. ¿Era posible que se tratase de Bill, David y los burros?

No; no era eso. ¡Se trataba de los perros! Les habían soltado ya, y andaban recorriendo la comarca. Si Bill se encontraba en la vecindad, no tardarían en hallarle. Y, ¡entonces le apresarían también! Se preguntó cómo podría impedir que eso sucediera; pero no se le ocurrió nada.

¿Y «Salpicado»? Menos mal que le había dejado atado muy flojo. La cuerda era larga y había hierba en abundancia y agua a su alcance. Pero, ¡cómo se preguntaría el pobre animal qué habría sido de todos!

Algo le tocó en la mano y dio un brinco de sorpresa. Bajó la mirada. ¡Era «Blanquito»! El cabrito había encontrado la manera de llegar hasta ellos, y estaba frotando el hocico contra Jack, medio asustado.

—¡Hola, «Blanquito»! ¿Has estado buscando a Jorge? —inquirió el niño, acariciándole—. Está en esa cueva otra vez. No puedes llegar a él.

Demasiado lo sabía el animal. Había estado ya balando a la puerta de la celda. Parecía tan triste y desanimado, que Jack le llevó adonde estaban las niñas, y todos le mimaron una barbaridad.

—¿Qué crees tú que le habrá sucedido a «Kiki»? —inquirió Lucy, al cabo de un

rato.

—Oh, ya aparecerá; no te preocupes —respondió el niño—. Sabe cuidarse divinamente. ¡Bueno es «Kiki» para dejarse atrapar! Nada me extrañaría que estuviese volviendo medio locos a esos hombres, tosiendo, estornudando, cacareando, e imitando el silbido de un tren expreso en un túnel.

Y no se equivocaba al suponerlo. «Kiki» se había estado divirtiendo de lo lindo a costa de Meier y Erlick y, como a éstos ni remotamente se les había ocurrido pensar en la posibilidad de que los niños tuviesen un loro, estaban extrañadísimos a más no poder. Una voz sin cuerpo... ¡qué extraño!

Nada ocurrió en mucho rato. Luego, cuando empezaba a ponerse el sol, se oyó ladrar y gruñir y dos japoneses condujeron a los perros alsacianos a la cumbre de la montaña. Los niños observaron con atención para averiguar si habían capturado a Big, pero no vieron rastro de prisionero alguno. Exhalaron un suspiro de alivio.

A los animales se les condujo a una alambrada próxima a donde se encontraban los muchachos.

—¡Cuidado con los perros! —les dijo uno de los japoneses—. Muerden mucho. ¡Ten cuidado!

## Capítulo XXII

### El helicóptero

Los niños, sin embargo, no les tenían el menor miedo a los perros. ¿Acaso no habían dormido con ellos unas noches antes? No les dijeron esto a los japoneses, claro. Aguardaron a que se hubieran retirado los hombres, y se acercaron luego a los alsacianos.

Pero Jorge no estaba allí aquella vez, y los perros no abrigaron los mismos sentimientos hacia las niñas y Jack, que hacia Jorge. Gruñeron en cuanto se acercó a ellos el muchacho y uno de ellos enseñó enormes dientes blancos. Lucy y Dolly retrocedieron.

—¡Oh, qué aspecto más feroz tienen! Nos han olvidado por completo. Ten cuidado, Jack.

El niño no tenía miedo, pero se mostró cauteloso al ver que los animales no querían ser amigos. Eran fuertes y feroces, no habían tenido éxito en la excursión de caza aquel día, tenían hambre y desconfiaban de Jack. ¡Cuán distinto hubiera sido su comportamiento de haberse hallado Jorge allí! La mágica influencia que ejercía sobre los animales lo hubiera arreglado todo. Todos los seres vivientes se sentían atraídos irresistiblemente por él.

—Apártate de ellos —dijo Lucy, al ver que casi toda la manada se hacía coro con los gruñidos—. Están haciendo un ruido horrible... exactamente igual que si fueran lobos.

Volvieron a su lado de la montaña.

—¡Un rincón para los perros, un rincón para nosotros, un rincón para los hombres! —exclamó el niño—. ¡Vaya! ¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí?

Nadie les llevó nada de comer durante el resto de aquel día. ¡Menos mal que habían comido hasta saciarse en el comedor del rey! Jack se preguntó si se esperaba que se echaran a dormir sobre la roca desnuda. ¡Qué bestias eran aquellos hombres si su intención era tenerles sin mantas y sin alimentos!

Pero cuando empezaba a anochecer, se presentaron tres japoneses. Llevaban mantas, que arrojaron a los pies de los niños. Uno les dio también una jarra de agua y unos tazones.

—¿Por qué no algo de comer? —inquirió Jack.

—No —le respondieron—. Amo dice no traer.

—Tu amo no tiene nada de agradable —le dijo el muchacho—. Tu amo es desagradable a más no poder.

El hombre no contestó. Volvió a retirarse con sus compañeros, andando con la agilidad y el silencio de un gato. Los niños se echaron, envueltos en las mantas,

preguntándose cómo le iría a Jorge, solo allá en la gruta.

La siguiente mañana fue increíblemente bella al alzarse el sol e ir iluminando, uno por uno, los picachos. Los niños se sentaron en el parapeto a observarlo. Tenían ya un hambre canina. «Blanquito» se hallaba con ellos. «Kiki» no había aparecido aún y Jack empezaba a sentirse un poco inquieto por su suerte.

«Blanquito» saltó al parapeto al lado del niño. Por aquel lugar, la montaña caía cortada a pico y, a cierta distancia más abajo, sobresalía una minúscula repisa de roca. Nadie podría escaparse de allí haciendo alpinismo, eso era evidente. El que lo intentara, resbalaría montaña abajo, rompiéndose todos los huesos en unos instantes.

El cabrito se inmovilizó sobre la altura, erguidas las orejitas, como si escuchase. De pronto dio un fuerte balido y entonces una voz amortiguada, apenas perceptible, le respondió. Jack se levantó de un brinco. ¿Era aquélla la voz de Jorge? ¿Dónde estaba la gruta-celda, pues? ¿Próxima adonde ellos se encontraban?

Lucy y Dolly se reunieron con el niño, al darse cuenta de su excitación. «Blanquito» les dio en aquel instante un susto terrible. Porque se precipitó de pronto en el vacío.

—¡Oh! —gritó Lucy—. ¡Se matará!

No quiso asomarse a ver lo que había ocurrido. Pero Dolly y Jack observaron con horror. El cabrito había saltado a la minúscula repisa de roca que sobresalía allá abajo, a una distancia regular del parapeto, aterrizando sobre ella con las cuatro pezuñas muy juntas. Y apenas había espacio suficiente para que se posaran éstas. No sobraba ni un centímetro, desde luego.

Permaneció allí en equilibrio y luego, cuando parecía como si tuviera que caerse saltó a otra repisa más baja, resbaló por un trozo muy difícil, inmensamente difícil de escalar y desapareció por completo.

—¡Santo Dios! ¡Cómo puede habersele ocurrido! —exclamó Dolly, respirando profundamente—. ¡Casi se me paró el corazón al verlo!

—¿Está sano y salvo «Blanquito»? —inquirió Lucy, sin atreverse a mirar aún.

—Al parecer —respondió Jack—. Ha desaparecido por lo menos... y yo creo que debe de haber encontrado la gruta en que está encerrado Jorge. Dios quiera que no se te ocurra regresar por el mismo camino, porque, ¡entonces sí que se romperá el bautismo!

Pero sí que regresó por el mismo camino. Apareció sobre el parapeto cosa de media hora más tarde, tan activo y juguetón como una ardilla.

Y... ¡llevaba un mensaje al cuello! Atado con un cordel. Jack se apresuró a quitárselo y lo desplegó. Se lo leyó a las niñas en voz alta:

*«¿Cómo os va? Yo estoy divinamente, salvo que no me han dado nada de comer, y sólo un poco de agua para beber. ¡Yo creo que estos brutos quieren matarme de hambre! ¿Podéis mandar a “Blanquito” con algo que comer en cuanto os den a vosotros? ¡Ánimo y hasta la vista!*

*JORGE».*

En aquel momento llegaron los japoneses con comida para los niños. Era todo conservas, pero en cantidad abundante. Y figuraba entre las provisiones un pan tierno. Dolly dijo que a lo mejor tendrían los japoneses un horno allá en el barranco subterráneo para hacer el pan.

Aguardaron a que se hubiesen marchado los hombres, y se preguntaron luego cómo mandarle parte de las provisiones a Jorge. Jack hizo unos bocadillos y los envolvió en el papel en que trajeron el pan los japoneses. Introdujo una nota dentro de los bocadillos diciendo que mandarían alimentos por «Blanquito» siempre que pudieran. Luego ató el paquete fuertemente sobre el lomo del animal. «Blanquito» olió la comida y quiso alcanzarla, pero no pudo.

—Ahora vuelve a Jorge otra vez —dijo el niño, dando unas palmadas sobre el parapeto para indicar al animal que subiera.

En cuanto se encontró encima, «Blanquito» se acordó de Jorge y saltó de nuevo a la repisa, desde la que brincó a la siguiente, desapareciendo nuevamente de vista.

Los tres niños quedaron la mar de contentos al pensar que Jorge comería algo en lugar de pasar hambre. Jack escudriñó las laderas con ayuda de los gemelos de campaña mientras comían, preguntándose si se presentaría aquel día Bill. Había transcurrido ya bastante tiempo. Tendría que llegar de un momento a otro su amigo.

Pasó el día muy despacio. Los japoneses se llevaron a los paracaidistas al interior de la montaña, y éstos ya no regresaron. También sacaron de la alambrada a los perros, y Jack creyó verlo, más tarde, recorriendo la montaña y el valle.

Le enviaron comida a Jorge con «Blanquito» cada vez que les dieron a ellos algo de comer. Era un consuelo poder hacer intercambio de mensajes alegres, aun cuando ninguno se sentía muy alegre ya. «Kiki» no había vuelto aún, y todos estaban muy fastidiados con su ausencia.

Llegó el atardecer. Los paracaidistas no habían vuelto y los niños se preguntaron a qué debería obedecer. Los perros regresaron, no obstante. Esta vez, los niños no se acercaron a ellos. Los alsacianos se estaban disputando la carne y parecían más salvajes y feroces que de

costumbre.

El cielo estaba encapotado y hacía bochorno. Los niños sacaron las mantas de debajo del toldo en cuanto anocheció y las trasladaron a un sitio en que soplaba con



más fuerza la brisa. Se acostaron, intentando dormir. Las dos niñas lo consiguieron; pero Jack permaneció despierto, preocupado por «Kiki», por Jorge y por las muchachas también.

Oyó un ruido lejano y se incorporó. Lo reconoció en seguida: ¡se trataba de un helicóptero! No había manera de confundirlo. ¿Se dirigía a la montaña?

Despertó a las niñas.

—¡Dolly! ¡Lucy! Viene el helicóptero. Despertaos y observemos. Volvamos bajo el toldo, por si aterriza demasiado cerca de nosotros.

Las niñas arrastraron sus mantas hacia donde les decía el muchacho. Fueron a sentarse en el parapeto a escuchar, preguntándose si Jorge estaría despierto y escuchando también. Lo estaba. Tumbado en el suelo de su gruta, asomado al vacío, atento el oído y observando. La oscuridad era demasiado grande para que pudiese ver gran cosa; pero confiaba poder compartir las emociones que experimentarían los otros.

El rumor se fue aproximando hasta adquirir bastante volumen.

—Mirad... ahí está —dijo Jack, excitado—. ¿Lo veis? Está dando la vuelta a la montaña, por encima de nuestras cabezas. ¿No pensarán encender aquí alguna luz para que vea dónde aterrizar?

Aún no había terminado la frase cuando se presentaron apresuradamente dos japoneses. Corrieron al centro del rocoso patio e hicieron algo que a los niños no les fue posible ver. Inmediatamente, un chorro de luz se alzó hacia el firmamento, iluminando el helicóptero que se cernía sobre ellos.

—¡Fijaos! ¡Está aterrizando! —exclamó Jack—. ¡Mirad cómo baja... muy despacio... casi verticalmente! ¡Parece como hecho ex profeso para aterrizar en la cumbre de un monte!

El helicóptero posó las ruedas sobre el patio de roca y se detuvo. Dejaron de girar las aspas horizontales. Sonaron voces.

—Es un helicóptero muy grande —observó el niño—. No había visto yo nunca uno tan grande. Debe de poder llevar una carga importante.

Habían enfocado ahora la luz sobre el aparato, y los muchachos podían ver con claridad lo que estaba sucediendo. Se estaban descargando cajones y cajas, y los criados japoneses se ocupaban en abrir algunos de ellos y trasladar su contenido, escalera abajo, a los almacenes.

El piloto del helicóptero era un joven delgado, con una cicatriz que le cruzaba la mejilla. Le acompañaba un hombre moreno que cojeaba mucho. Hablaron brevemente con los japoneses, abandonando luego el aparato para introducirse en la montaña.

—Habrán ido a presentarse a Meier y a Erlick, seguramente —dijo Jack—. Venid... vamos a echar una mirada al helicóptero. ¡Ojalá supiese yo manejarlo! Podríamos escaparnos fácilmente en él ahora.

—Y cernirnos sobre la gruta de Jorge y llevárnoslo a él también —dijo Dolly.

Se acercaron todos al aparato. Jack se sentó en el lugar del piloto. ¡Lástima que no supiera manejar los mandos!

Aún estaba sentado allí cuando aparecieron Meier, Erlick, el piloto, su compañero y uno de los paracaidistas. Jack intentó saltar fuera antes de que le descubrieran; pero no llegó a tiempo. Le vio Meier, y le sacó con tal brutalidad, que el niño cayó al suelo.

—¿Qué estás haciendo? ¡No te acerques a este aparato! —gritó Meier enfurecido. Jack corrió a reunirse con las niñas frotándose el hombro dormido.

—¿Te ha hecho daño? —le preguntó Lucy con ansiedad.

Él respondió, en un susurro, que se encontraba perfectamente. Luego dijo algo que hizo que las niñas miraran atemorizadas al grupo de hombres que se hallaba en el centro del patio.

—Yo creo que ese paracaidista es el destinado a ser el primero en probar las alas. Le han subido para enseñarle el helicóptero e indicarle desde dónde ha de tirarse.

A las dos muchachas les pareció terrible tener que saltar de un aparato en vuelo, sin más protección que las «alas» del rey. Se preguntaron cuántas personas las habrían probado hasta entonces sin resultado. Nadie sabría si servían de algo o no, mientras no se probaran.

El paracaidista examinó el helicóptero a conciencia. Habló con el piloto, que le dio respuestas muy lacónicas. A Jack le dio la impresión de que el aviador no era gran partidario de aquellos experimentos de paracaidismo. Probablemente hubiese preferido limitarse a transportar género a la montaña y no tener más intervención en el asunto.

—Mañana por la noche partirán —dijo la voz de Meier, sonando claramente. Bajen a comer ahora.

Descendieron todos por la escalera de piedra, dejando a dos japoneses encargados de la custodia del aparato, para impedir que los niños volvieran a acercarse.

¡Mañana por la noche! ¿Qué verían entonces?



## Capítulo XXIII

### Las alas maravillosas

Los tres niños se retiraron a sus mantas. Tenían miedo de acercarse al helicóptero otra vez porque sabían que los criados japoneses no se andarían con chiquitas. «Blanquito» apareció por el parapeto, lleno de curiosidad. Corrió hacia el helicóptero, pero los japoneses le largaron un golpe.

—¡Los muy brutos! ¿Cómo son capaces de ser tan crueles con un pobre cabrito? —exclamó Jack, indignado—. ¡«Blanquito»! ¡Ven acá! ¡Esos individuos serían capaces de convertirte en guisado! Más vale que andes con ojo.

—Oh, Jack... no digas esas cosas —suplicó Lucy—. ¿Tú crees que serían de verdad capaces? ¡No es posible que sea nadie tan duro de corazón como para hacerle daño a «Blanquito»!

El animal retrocedió precipitadamente hacia donde estaban los niños, se puso a saltar arriba y abajo del parapeto con la misma seguridad de noche como la tenía a la luz del sol. La luz iluminaba el aparato, pero el resto del patio quedaba en tinieblas.

Los perros aullaron tras la alambrada. No les había gustado el ruido del helicóptero, y sentían inquietud y desasosiego. Los japoneses les gritaron amenazadores; pero los animales no les hicieron el menor caso.

—No me gusta esta aventura ni pizca —dijo Lucy de pronto—. Mejor dicho, la odio. Quiero salir de aquí. Quiero volver al lado de Bill y tía Allie, de Evans y de la señora Evans. ¿Por qué habremos tenido que encontrarnos con otra aventura en un veraneo tan agradable y apacible?

—Supongo que hay algo en nosotros que las atrae —contestó Jack—, ¡de la misma manera que atrae Jorge a los animales! Hay gente que atrae a la buena suerte, otra que atrae riquezas, unos que atraen a los animales, y otros que atraen las aventuras.

—¡Pues yo preferiría atraer algo inofensivo... a los perros o a los gatos por ejemplo! —exclamó Lucy con voz plañidera—. ¡Ay, Señor! ¡Ya podía dejar «Blanquito» de pasear por encima de nosotros cuando estamos echados!

Se quedaron dormidos por fin. Por la mañana, al mandarles de comer a Jorge, enviaron una nota también contándole todo lo que habían visto durante la noche. «Blanquito» volvió con otra nota:

*«¡Compadezco a ese paracaidista! ¿A cuántos habrán usado para hacer tan loco experimento? ¡Me alegro de que no se me haya escogido a mí para locura semejante! ¡Ánimo, muchachos! Estoy divinamente aquí. Tengo conmigo a “Blanquito” la mayor parte del tiempo, y “Resbaloso” se están*

*haciendo tan manso que viene a comer a mi mano. Duerme sobre una roca saliente en el borde de la gruta. ¡Decidle a “Blanquito” que no lo pise cuando entre dando saltos! ¡Hasta la vista!*

*JORGE».*

El día se les hizo interminable. A los perros no los sacaron a errar por la montaña; pero los criados japoneses obligaron a los animales a dar vueltas por el patio de la cima para que hiciesen ejercicio. Los niños al verlo se alegraron de eso.

—Si Bill llega hoy, los perros no estarán por las laderas. No correrá peligro. Conque Dios quiera que venga. Aunque no veo que pueda hacer gran cosa. No sobra dónde está la escala... y, si la encuentra, no tendrá idea de cómo soltar la escala de cuerda... y no hay camino para entrar.

Lucy pareció muy alicaída.

—¿Tendremos que pasarnos aquí la vida entera? —murmuró.

Se rieron de ella.

—¡No! —repuso Jack—. Bill hará algo... pero no me preguntes el qué.

Los paracaidistas no habían aparecido aquel día tampoco, ni siquiera el destinado a probar las alas aquella noche. El helicóptero continuaba en el centro del patio, brillando el sol sobre sus inmóviles motores.

Llegó el atardecer. Los niños empezaron a sentir desasosiego. Los japoneses les habían llevado alimentos, como de costumbre, pero sin pronunciar una sola palabra. ¿Qué estaban haciendo todos los paracaidistas? ¿Celebrando alguna fiesta para conmemorar el próximo experimento de su compañero?

—¿Y dónde? Oh, ¿dónde está «Kiki»? Jack sufría por el loro. No hacía más que pensar en todas las cosas que podrían haberle sucedido. Jamás había permanecido alejado de él por tanto tiempo.

Aquella noche el reflector se encendió de nuevo en el patio. Aparecieron Meier, Erlick, tres o cuatro servidores y el paracaidista, seguidos del piloto de la cicatriz y su compañero.

Luego, con paso majestuoso, ascendió la escalera el rey.

Iba vestido con todas sus galas, sin excluir la corona, y apenas se reconocía en él al pobre viejo calvo que hablaba con los niños al dirigirse al centro de la meseta de la cumbre.

Detrás de él iban cuatro japoneses que transportaban una caja. La depositaron a los pies del rey y éste se inclinó a abrirla en silencio.

¡Sacó de ella un par de alas! Brillaban como el oro y tenían forma de grandes y anchas alas de pájaro extendidas. Lucy soltó una exclamación de delicia.

—¡Oh! ¡Mira, Dolly! ¡Alas de verdad! ¿Verdad que son preciosas?

El rey le estaba dirigiendo la palabra al asombrado paracaidista.

—Estas alas le sostendrán cuando salte. Oprima este botón de aquí en cuanto abandone el helicóptero. Entonces descubrirá que le es imposible caer. Ya no

experimentará la atracción de la tierra. Se sentirá libre e ingrávido como el aire. Podrá usar las alas para guiarse, para planear, para elevarse... ¡para lo que quiera!

—¡Qué maravilloso suena eso! —susurró Lucy, que escuchaba con avidez las palabras.

—Ha de llevar las alas sujetas a los brazos —dijo el rey—. Extiéndalas; y yo mismo se las pondré.

—Oiga, escuche... ¿es esto lo único que voy a llevar para no estrellarme? —inquirió el paracaidista.

—No necesitará ninguna otra cosa —le contestó el rey—. En estas alas van encerrados poderosos rayos. Al oprimirse el botón se liberan y proyectan hacia tierra, anulando la fuerza de atracción. ¡No puede usted caerse! Pero, cuando desee aterrizar, oprima el botón otra vez... y planeará suavemente, al ejercer la tierra su atracción sobre usted de nuevo.

—Sí, pero escuche... yo tenía entendido que era un nuevo tipo de paracaídas lo que iba a probar —dijo el hombre—. ¿Comprende? ¡No soñé que pudiera tratarse de una tontería semejante!

—¡No es una tontería, amigo! —intervino Meier—. Es un gran invento del científico más grande del mundo. Erlick y yo le estaremos aguardando cuando aterrice tras volar una milla o dos. Nos llevaremos a los perros para encontrarle. Luego... ¡riquezas y honores para mientras viva! ¡Será reverenciado como uno de los hombres que abrió a la humanidad nuevos horizontes!

—Escuche... yo peso tanto, ¿comprende? —empezó el paracaidista de nuevo—. ¡Esas alitas tan enclenques no me sostendrán a mí, por muchos rayos que tengan! Yo no entiendo de la atracción que la tierra pueda ejercer sobre mí... lo único que sé es que por fuerza caeré si salto sin más cosa que esas alas. ¿Están ustedes locos?

—¡Sujetadle! —ordenó de pronto Meier con voz furiosa.

Erlick y los japoneses asieron inmediatamente al desgraciado, obligándole a estarse quieto mientras el rey le ponía las alas. Los niños lo estaban observando todo, conteniendo el aliento.

El paracaidista gritó y forcejeó, pero el siniestro Erlick era demasiado fuerte para él.



—Metedle en el helicóptero y despegad —ordenó Meier—. Ve tú también, Erlick. Échale fuera en el momento oportuno. Si es imbécil, no oprimirá el botón. Si es prudente, lo oprimirá y, ¡entonces verá lo bien que vuela!

Pero el piloto tuvo algo que decir ahora. Habló con voz clara, desdeñosa, arrastrando las sílabas.

—Yo creo que este individuo pesa demasiado. Al anterior le ocurrió lo mismo. Más vale que lo piense mejor, jefe, y que haga fabricar esas alas dos veces más grandes. Yo no tengo inconveniente en prestarme a un experimento cuando existen probabilidades de éxito. Pero no creo que exista ninguna clase de salvación para un hombre de peso que ensaye esas alas suyas.

—¿Quiere usted decir con eso que se niega a llevarse a bordo a este individuo? —inquirió Meier, pálido de rabia.

—Adivinó usted a la primera, jefe —respondió el piloto, enfadándose tanto a su vez, que la cicatriz resaltó aún más—. ¡Pruebe con un hombre pequeño! El experimento salió bien la última vez... durante un minuto o dos... luego fracasó. Estos paracaidistas son todos unos hombrazos... los que prueba usted conmigo, por lo menos... y le advierto claramente que no pienso llevarme al que no desee venir. ¿Lo entiende?

Meier se dirigió al piloto, como si tuviese la intención de atacarle. Erlick le contuvo.

—Hace bien, jefe —dijo el piloto, que no se había inmutado ante el aspecto amenazador del otro—. No intente nada raro conmigo. Sé demasiado y... ¡y otros sabrán demasiado también, si no regreso a tiempo de mi vuelo!

Subió al aparato, y su compañero, el cojo, que no había despegado los labios, le imitó. El paracaidista los observó, aturdido. El motor del helicóptero se puso en marcha.

El piloto se inclinó hacia delante, y dirigió otra vez la palabra a Meier, que parecía a punto de estallar de rabia.

—¡Hasta la vista! ¡No vendré yo la próxima vez... me voy de vacaciones! Mandaré a alguno que no sea tan escrupuloso como yo. Pero, se lo advierto: ¡pruebe con un hombre pequeño!

El aparato se elevó en línea vertical, trazó lentamente un círculo sobre la montaña, y luego enderezó el rumbo hacia occidente. A los pocos minutos ya no se le oía siquiera.

Los niños habían contemplado toda la escena, entendiendo las niñas sólo a medias lo que estaba sucediendo. Lucy compadecía al asustado paracaidista y se alegraba mucho de que no se hubiera visto obligado a marchar en el helicóptero.

El pequeño grupo que quedaba en la cumbre se puso a pasear de un lado para otro. Se habló mucho y se discutió mucho, aun cuando el paracaidista no pareció estar tomando poca ni mucha parte en la discusión. Se había quitado las alas, y le estaban sujetando los japoneses. El rey anduvo todo el tiempo con sus preciadas alas en la mano, pero acabó colocándolas en la caja, que cerró luego con llave.

—Bien está —dijo—. De acuerdo. Quizá sea que los hombres que escogemos pesan demasiado. Pero, ¿a qué otros podíamos haber recurrido?

Y entonces oyeron los niños unas palabras que les hicieron soltar una exclamación de horror.

—Uno de estos niños servirá —dijo Meier—. El que es tan insolente, por ejemplo. ¡Le pondremos las alas, y será él quien salte del helicóptero!

## Capítulo XXIV

### El helicóptero vuelve

Cuando el patio quedó completamente desierto y se apagó el reflector, dejando a la cumbre sumida en las tinieblas, Lucy se puso a llorar amargamente. Jack y Dolly la rodearon con sus brazos. También ellos sentían ganas de dar rienda suelta a las lágrimas.

—No lo dice en serio —anunció Jack, tratando de pensar en algo que la consolara—. ¡No te preocupes! Sólo dijo eso para asustarnos. Jamás se le ocurriría obligar a Jorge a hacer una cosa así.

—¡No lo dijeron para asustarnos! ¡Lo dijeron en serio y lo sabes tú tan bien como yo! —sollozó Lucy—. ¿Qué vamos a hacer? Tenemos que hacer algo.

Eso se decía muy pronto. ¿Qué cielos podían hacer en realidad? Durmieron muy poco aquella noche. Discutieron si debían decirle a Jorge lo ocurrido o no... y lo que se habían propuesto.

Decidieron no hacerlo. Sería terrible para él hallarse solo pensando en su suerte. Conque, cuando llegó la mañana y mandaron a «Blanquito» con los bocadillos de costumbre, no dijeron nada de lo sucedido en la nota que todos los días le escribían.

Con gran sorpresa suya, no obstante, aquella misma mañana, cuando subieron los japoneses por segunda vez a la cima, empujaban delante de ellos... ¡al propio Jorge! Éste corrió hacia los niños, sonriendo.

—¡Hola! ¡Me han soltado! Supongo que se cansarían de verme engordar a pesar de no darme de comer. Oíd, ¿visteis el helicóptero anoche? Yo lo oí.

Lucy y Dolly le abrazaron y Jack le dio una serie de palmaditas cariñosas en el hombro. Estaban encantados de volverle a ver. «Blanquito» le había acompañado y parecía ahora loco, saltando del patio al parapeto y del parapeto al patio y recorriendo la orilla del mismo como si estuviese exhibiéndose en un circo.

Le dijeron muy poca cosa de la noche anterior a Jorge. A éste le extrañó una barbaridad que le contaran tan poco, aun en respuesta a sus preguntas. No sabía que Jack, por medio de gestos y fruncimientos, había dado a entender a las niñas que no convenía decir demasiado. Opinaba que era preferible aplazar el momento de la revelación, por si, después de todo, Meier no había hablado en serio.

Pero resultaba algo sospechoso que Meier permitiese, inesperadamente, que Jorge subiera a reunirse con sus compañeros y que les diese a todos mejor y más abundante comida desde aquel instante. «Como si fuéramos víctimas a las que estuviesen cebando para el sacrificio», pensó Jack. «¿Cuándo se esperará el próximo helicóptero? ¿De cuánto tiempo disponemos? ¡Oh, Bill, date prisa, por favor!».

Lucy y Dolly, temiendo que en efecto tuviese que saltar el pobre Jorge del

helicóptero se mostraron la mar de afectuosas con él. Dolly llegó hasta a preguntarle por «Pepito Resbaloso», y no retrocedió al sacarse el niño el escincoideo del bolsillo.

—¡Caramba! ¿Qué le pasa a Dolly? —inquirió Jorge, por fin—. Se ha vuelto todo miel. No la reconozco. ¡A este paso acabará por ofrecermecuidar a «Resbaloso»!

No era natural. Algo significaba todo aquello. Le daba en los huesos que alguna cosa anormal había sucedido. Pero no lograba imaginarse qué. Creyó, durante unos instantes que pudiera haber malas noticias de «Kiki». Desechó no obstante, la idea de haberle ocurrido algo al pájaro, su amo se mostraría mucho más disgustado.

Empezó a sentir un desasosiego extraño. No tenían por costumbre los otros ocultar nada. Y, como para él la situación se hacía insostenible, decidió poner las cosas en claro. Se acercó a Jack y le dijo:

—Escucha... aquí pasa algo. Es inútil que me lo niegues porque bien a las claras lo veo. Conque, o desembuchas de una vez... ¡o me vuelvo a mi gruta con un morro así de largo!

Vaciló el otro unos instantes. Luego se encogió de hombros. ¿Qué iba a adelantar callando?

—Está bien, Jorge..., te diré lo que ocurre. Pero te advierto por anticipado que no tiene nada de agradable.

Y le dio a conocer todo cuanto durante las últimas horas había sucedido. La llegada del helicóptero; el susto del paracaidista al saber lo que de él se esperaba; la furia del piloto; la proposición hecha finalmente por Meier de que uno de los niños efectuase la prueba.

—Ya —murmuró Jorge, muy despacio, después de haberle escuchado—. Y supongo que el destinado a llevar a cabo el experimento soy yo, ¿no es eso?

—Así dijeron —asintió Jack—. ¡Los muy brutos! Ese experimento no está más que medio perfeccionado..., esas alas no ofrecen seguridad ni mucho menos..., ¡aunque es muy posible que más adelante den buen resultado!

—Vaya, vaya... ¡y pensar que voy a volar con alas! —exclamó Jorge, intentando tomárselo todo a broma. Vio la angustia que reflejaba el semblante de su amigo—. No te alarmes, chico. ¡No sucederá! Ya surgirá algo y, si no surge... ¡yo no tengo un pelo de cobarde!

—Lo sé. Eso no es necesario que me lo digas —aseguró Jack—. Las niñas tienen un disgusto de muerte. Por eso te hemos parecido todo un poco raros. No queríamos decirte la verdad.

Jorge se acercó a los muchachos, agitando los brazos como si fueran alas.

—¡Ánimo! —dijo—. En cuanto esté fuera de ese helicóptero, ¡volaré a Bill y le daré el susto más grande de su vida!

Pero era inútil intentar tomarse la cosa en broma. Era demasiado sería. Ninguno de los niños sentía el menor deseo de jugar con «Blanquito», que se ofendió y bajó dando saltos por los escalones con ánimo de encontrar en el interior de la montaña alguien más dispuesto a divertirse.

Transcurrieron tres días. Los niños habían perdido casi por completo la esperanza de que se presentara Bill. ¿Acaso no habría llegado mucho antes de haber estado buscándoles? Hubieran visto a cualquier grupo que les anduviese buscando la pista, de encontrarse unos entre los montes. Y no vieron ni rastro de persona alguna. Era desanimador en extremo.

Se habló de la posibilidad de dar una carrera aprovechando una ocasión propicia con el fin de probar suerte en la cámara de la escalera de cuerda de nuevo. Pero Jack sacudió negativamente la cabeza.

—No. Estarán vigilando ahora. Siempre anda rondando uno de esos japoneses por aquí. Meier debe haber puesto centinelas.

Una cosa tenían que agradecer. Era evidente que se habían dado órdenes para que les diera bien de comer, y tenían comida en abundancia. Ni los sinsabores ni la preocupación habían tenido la virtud de quitarles el apetito, y se hartaban de lo lindo, ayudados por «Blanquito», que era capaz de devorar cuantas verduras se pusieran a su alcance.

Y luego, una noche, cuando dormían juntos bajo el toldo, envueltos en las mantas, oyeron el zumbido del helicóptero. Los cuatro se incorporaron inmediatamente, latiéndoles con violencia el corazón. A Lucy se le saltaron las lágrimas.

El helicóptero voló en lento círculo sobre la montaña. Luego se encendió el poderoso reflector, quedando iluminada la cumbre. El helicóptero descendió lentamente, majestuosamente, y sus ruedas descansaron por fin sobre la roca desnuda.

Había dos hombres a bordo, pero ninguno de los dos había estado allí antes. El piloto llevaba anteojos y gorra de visera. El otro iba con la cabeza descubierta. Este último tenía un rostro severo y duro.

Meier no tardó en presentarse, acompañado de Erlick y de los criados japoneses.

—¿Es usted el jefe? —preguntó el piloto—. Ocupo yo el puesto de Kanh. Él está de vacaciones. Trabajo me ha costado dar con este sitio. Éste es Johns, mi ayudante. Traemos lo que usted deseaba.

Se inició la descarga, como la vez anterior, amontonándose cajas y cajones en el suelo. El piloto y su ayudante saltaron a tierra.

—Tienen ustedes una comida preparada —anunció Meier—. ¿Iniciarán el vuelo de regreso mañana por la noche?

—No. Tengo que marchar esta noche. Se andan haciendo indagaciones por ahí, acerca de nuestros vuelos. Tengo que regresar inmediatamente.

—¿Le han dicho que... ah... que...?

—¿Que algún paracaidista querrá dar un salto desde el helicóptero? —le interrumpió el piloto—. Ah, sí. Y por mí no hay inconveniente. Si algún tipo quiere hacerlo, eso no es cuenta mía.

—Se le pagará a usted muy, muy bien —anunció Meier—. Esta vez recibirá el doble de lo tratado. Tenemos un saltarín joven. Es necesario para nuestros experimentos, ¿comprende?



Hubo una pausa. La voz del piloto sonó aguda, interrogadora.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Un saltarín joven?

—Un niño —respondió Meier—. Está aquí.

Se volvió hacia uno de los criados y le dijo algo en un idioma extranjero. El criado bajó corriendo la escalera en dirección al corazón de la montaña.

—He mandado avisar al inventor —anunció Meier— para que sepa que han llegado ustedes. ¿Quieren bajar a comer ahora?

—No —respondió el piloto—. Tengo que marchar. Busque a ese niño y prepárele.

A Lucy le temblaban tanto las rodillas que no podía tenerse en pie. Jorge se sentía sereno, pero algo feroz. ¡Bien! ¡Que le pusieran las alas, pues! ¡Que le subieran al helicóptero! ¡Daría el salto, en efecto! Y, si funcionaban las alas, si funcionaban de verdad... pero, ¿funcionarían? Por más que intentaba convencerse, no lograba creer que pudieran hacerlo.

El piloto no había visto a ninguno de los niños; pero Jorge se adelantó ahora, conducido por uno de los criados. Los demás le siguieron, aun cuando Lucy tuvo que agarrarse a Jack. Antes de que el piloto pudiese decirles una palabra, se presentó el rey. ¡Muy aprisa debía haberse vestido, pensaron los niños! Llevaba la corona un poco torcida, pero, por lo demás, tenía el porte tan majestuoso como siempre.

Uno de los servidores transportaba la caja que contenía las alas. El rey la abrió y las sacó. Eran bellísimas en verdad y, ¡parecía como si fuesen capaces de volar, por añadidura! Lucy pidió al Cielo que lo fuesen en efecto.

Jorge no opuso resistencia alguna cuando le sujetaron las alas a los brazos. Le enseñaron dónde estaban los botones que debía oprimir, y se limitó a mover la cabeza en señal de asentimiento. Agitó un poco los brazos y quedó sorprendido al sentir la potencia de las alas al encontrarse éstas con el aire. Los otros le observaron con admiración. ¡Qué valor tenía! No daba muestra alguna de experimentar ni pizca de miedo. Ni quizá lo sintiese.

Pero allá en lo más profundo de su ser, Jorge sentía anidar una semilla de temor. La mantuvo enterrada. Por nada del mundo hubiese permitido que se enterara nadie de su existencia.



De pronto, Meier, el rey, Erlick y los demás se llevaron una sorpresa. La pequeña Lucy dio un paso adelante y posó una mano sobre el brazo del rey.

—¡Majestad! ¡Creo que debiera ser yo quien probase esas alas! Peso mucho menos que Jorge. Consideraría un honor el que me permitiesen ensayarlas.

Jorge y Jack la miraron estupefactos. ¡Qué ocurrencia! Jorge le dio un cariñoso apretoncito, rodeándola con los alados brazos.

—¡Eres muy valiente, querida! Pero, ¡voy a ser yo quien vaya! Es más, regresaré volando a esta cima para que veáis lo bien que me las compongo.

Lucy soltó un sollozo. Era demasiado aquello para ella. El piloto nada dijo. Subió al helicóptero con su compañero.

El rey no vaciló en dejar que marchara Jorge. Tenía fe absoluta en sus extraordinarias alas. Vivía con la cabeza en las nubes. La gente que se encargara de hacer los experimentos, las personas que ensayaban sus ideas, nada representaban para él.

Meier observó, ceñudo, mientras Jorge subía al aparato ayudado por uno de los servidores, porque las hermosas alas no le permitían hacer uso de los brazos. Hubiese preferido que el muchacho protestara, que diese un furioso escándalo. No admiraba poco ni mucho el valor de Jorge. Su mirada penetrante se clavó en la del muchacho y el niño le contempló a su vez, burlón.

—¡Hasta la vista! —dijo este último, alzando uno de los alados brazos—. ¡Nos veremos más tarde! ¡Y ande con ojo, Meier! ¡Acabará mal el día menos pensado! Yo se lo aseguro.

El hombre avanzó hacia él, furioso; pero el motor del helicóptero se había puesto en marcha ya. Los motores giraron lentamente, aumentando poco a poco su velocidad. Lucy intentó ahogar un sollozo. Estaba segura de que no volvería a ver a Jorge ya.

El aparato ascendió en vertical. El piloto se inclinó hacia fuera y gritó algo en voz muy alta.

—¡No olvidéis a Bill Smugs! —dijo.

Y la voz no era ya la misma que antes. Era completamente distinta. Era la de otra persona.

¡Era la del propio Smugs!

## Capítulo XXV

### Una noche emocionante

Sólo Lucy, Jack y Dolly sabían lo que aquel último grito significaba. Meier y los otros no tenían ni la menor idea. Apenas entendido lo que se decía.

¡Pero los niños habían oído perfectamente! Se quedaron boquiabiertos. La mano de Jack encontró la de Lucy, y Dolly le apretó a él el brazo. No pudieron decir una palabra hasta que Meier, Erlick, el rey y los servidores hubieron desaparecido de nuevo. Luego se dirigieron al toledo, cogidos de la mano para no separarse.

—¡Jack! ¡Era Bill! ¡Bill en persona! —exclamó Lucy, temblándole de una forma muy rara la voz.

—Sí. Y sabía que si gritaba «No olvidéis a Bill Smugs», sabríamos que era él —agregó Dolly—. Dijo llamarse Bill Smugs en la primera aventura que tuvimos, ¿recordáis? ¡Caramba! ¡En mi vida me he llevado sorpresa igual!

—Y Jorge está a salvo —dijo Jack con intensa satisfacción—. Ésa es una buena cosa. El que está con Bill debe de ser uno de sus amigos. Jorge tirará esas alas y nada más.

—No voy a tener más remedio que sentarme en seguida —dijo Lucy—. ¡Tengo tanta alegría, que apenas me sostienen las piernas!

Se sentó, y los demás la imitaron. Todos ellos exhalaban un enorme suspiro de alivio. Se les quitó una pesada carga de encima. ¡Jorge estaba a salvo! Ya no tenía que saltar del helicóptero para probar el invento de un científico viejo y loco, ni para favorecer los intereses de Meier ni de Erlick. Se encontraba con Bill.

—¿Cómo se le ocurrió a Bill conseguir un helicóptero? —murmuró Jack—. ¡Y aterrizar sobre la cumbre, por añadidura, ante las propias narices de Meier y Erlick!

—¿No recuerdas que dijiste en tu mensaje algo acerca del helicóptero que creíamos aterrizaría aquí? —respondió Dolly—. En el mensaje que dejaste en los arreos de «Salpicado».

—Tienes razón. Así, pues, parece ser que, en efecto, Bill vino por aquí y encontró al burro. ¡Ole por Bill! ¡Siempre se puede contar con él! ¡Encuentra en todo momento un camino!

—¿Qué pensará hacer ahora? —dijo Dolly—. ¿Crees tú que volverá a buscarnos?

—¡Claro que sí! Dejará a Jorge en lugar seguro y volverá tan aprisa como pueda. ¡Quizás esta misma noche!

—¡Oh, qué estupendo! —suspiró Lucy—. No me gusta esta montaña. Me gusta la granja de la señora Evans mucho más. No me gusta ninguno aquí... ni ese horrible Meier, ni ese Erlick tan gordo y desagradable, ni esos criados japoneses que parecen deslizarse por todas partes como reptiles... ni el rey.

—Hombre, al rey yo le tengo lástima —respondió Jack—. Ha caído en manos de unos bribones. Seguramente éstos han ganado ya la mar de dinero con sus inventos. Ahora se lo están jugando todo a éste. ¿Si habrá algo de verdad en ello?

—¡Me alegro que no sea Jorge quien tenga que averiguarlo! —exclamó Dolly—. ¡Qué Jorge éste! ¡Hay que ver lo valiente que fue!

—Sí; y Lucy fue la mar de valiente también —contestó Jack—. ¿Cómo se te ocurrió ofrecerte en lugar de Jorge, Lucy?

—No lo sé. Se... se apoderó de mí esa idea de pronto —intentó explicar la niña—. Pero no me sentí valiente. Me temblaban las piernas como la gelatina.

—Lo único que me preocupa es «Kiki» —prosiguió el niño—. Dios quiera que estos hombres no le hayan hecho nada. Jamás ha estado tanto tiempo separado de nosotros. ¡No he oído de él ni un mal eructo!

Los demás estaban muy alicaídos también. Dolly se empeñaba en creer que le había sucedido algo malo al loro. De haberlo pillado Meier, podía darse por liquidado a «Kiki». La niña se estremeció al pensar en los ojos fríos y penetrantes del hombre.

De pronto soltó un gritito.

—¡Oh! ¡Algo se está revolcando en mi pierna! ¿Qué es? ¡Aprisa, Jack!

—Es el escincoideo —respondió Jack, intentando cogerlo de un zapatazo—. Lo siento, Dolly. Jorge no quería que «Resbaloso» saltara con él; conque me lo metió en el bolsillo cuando creyó que tú no estabas mirando. No sabía que se hubiese escapado. No grites, Dolly. Habiendo sido todo el mundo tan enormemente valiente hoy, ¡bien podías tú dar muestras de un poco de valor también!

Y, cosa sorprendente, Dolly obedeció. Después de todo, ¿qué era un escincoideo comparado con el salto de Jorge, de haber tenido éste que saltar? Nada en absoluto. Dolly retiró la pierna, pero no armó jaleo. El escincoideo reptó por la vecindad un rato, y luego se metió en el bolsillo de Jack otra vez.

—No acabo de rehacerme de la sorpresa de saber que era Bill quien iba en ese helicóptero —anunció Lucy por vigésima vez—. Por poco se me escapa el corazón por la garganta cuando cambió de pronto la voz y gritó con la suya verdadera: «¡No olvidéis a Bill Smugs!».

—Tendremos que andar alerta para cuando vuelva —dijo Jack—. Estoy seguro de que será esta noche. Quizá no le oiga nadie más que nosotros, porque nosotros seremos los únicos en esperarle. No se oye nada ahí dentro, en la montaña.

—Ooooooh... ¿verdad que sería estupendo si Bill regresara sin ser oído y se nos llevase? —exclamó Lucy—. ¿Qué pensarían Meier y los otros? ¡Nos buscarían por todas partes!

—Y mandarían a los perros en busca nuestra, también.

—¿Nos quedamos despiertos para aguardarle? —inquirió Dolly.

—No. Vosotras dormíos. Yo montaré guardia. Estoy demasiado despabilado para dormirme. Os despertaré en cuanto oiga algo.

—¿Y el reflector ese que enseña al helicóptero dónde aterrizar durante la noche?

—dijo Dolly, súbitamente—. ¿Puedes encenderlo cuando le oigas venir, Jack?

—Supongo que sí —contestó el niño.

Y se dirigió al centro del patio en busca del interruptor.

Pero no lo encontró por parte alguna. Buscó por todas partes y acabó dándose por vencido.

—No consigo descubrir dónde se enciende —dijo—. ¡Qué asco!

—Bueno, seguramente sabrá aterrizar Bill igual —dijo Lucy, que tenía una fe ciega en la habilidad de Bill para hacer cualquier cosa, por muy imposible que fuese—. Tú monta guardia, Jack. Yo voy a echar un sueño.

Dolly y ella cerraron los ojos y, a pesar de las tremendas emociones de aquella noche, ambas se durmieron en medio minuto. Jack permaneció sentado, de guardia. Era una noche nublada y sólo venía a asomar una estrella solitaria de tarde en tarde por entre las nubes.

¡Qué buena persona era Bill! ¿Cómo habría logrado apoderarse de aquel helicóptero? ¿Cómo sabía pilotarlo? Estaba la mar de satisfecho de haber tenido suficiente sentido común para que se le ocurriera dejar mensaje con «Salpicado»; contando todo lo que sabía. De no haber sido por eso, Bill no hubiese sabido una palabra de la montaña ni de su secreto, y desde luego, ¡jamás hubiese adivinado que aterrizaban helicópteros en su cima!



Se oyó muy lejos un ruido. Jack aguzó el oído. Sí. Era el helicóptero que regresaba. No había tardado mucho en hacerlo, seguramente sólo se habría entretenido el tiempo necesario para dejar a Jorge en alguna parte y escuchar su relato, poniéndose a continuación en marcha de nuevo. ¡Qué chasco para Meier encontrarse con que todos habían desaparecido y no saber qué había sido de las maravillosas alas!

Fue a intentar encender el reflector otra vez; pero siguió sin encontrar el interruptor. Esto no era sorprendente, puesto que se hallaba en un hueco cubierto practicado en el patio.

El helicóptero se acercó más. Describió un círculo en torno a la montaña. Se elevó verticalmente, disponiéndose a aterrizar. Jack sacudió a las dos niñas.

—¡Está aquí! ¡Bill está de vuelta!

Las muchachas despertaron al punto. «Blanquito», que se había quedado dormido también, despertó a su vez y se puso en pie de un brinco. Se daba cuenta de la enorme excitación de los otros y se puso a saltar como un loco.

—¡Mirad! ¡Está aterrizando! —exclamó Jack.

Y los tres esforzaron la vista para ver el helicóptero, gran sombra en la oscuridad de la noche.

Se oyó como un galope, y el helicóptero torció de pronto hacia donde estaban los niños. Tuvieron que quitarse apresuradamente del paso.

Sonó la voz de Bill en el aire.

—¡Jack! ¿Estás ahí?

El niño corrió hacia el aparato, al encender Bill una potente lámpara de bolsillo.

—Estoy aquí, Bill. No hay moros en la costa. Aquí arriba no hay nadie. ¡Troncho! ¡Qué agradable es verle! ¿Está sano y salvo Jorge?

—Se encuentra perfectamente. Está al pie de este picacho con Johns, el hombre que me acompañó, aguardándonos. Subid al helicóptero todos y nos marcharemos mientras haya ocasión de hacerlo.

Movió el haz luminoso de la lámpara para ver dónde estaban las niñas. Un momento más tarde, los tres empezaron a encaramarse a bordo.

—No pude ver con exactitud dónde aterrizar —anunció el detective—. Debí de tropezar con algo al descender. Sentí un topetazo muy fuerte, y el aparato dio una vuelta. ¡Dios quiera que no se haya averiado!

—Creo que tropezó usted con parte de ese parapeto de roca —dijo Jack, ayudando a las niñas a subir—. ¡Oh, Bill! ¡Esto es magnífico! ¿Cómo pudo...?

—¡Las explicaciones dejadlas para luego! —le interrumpió el otro, moviendo los mandos—. Ahora... ¡todos para arriba!

El helicóptero se elevó cosa de medio metro, y luego giró de una forma singular. Bill volvió a tomar tierra.

—¿Qué rayos ocurre? Eso no debiera hacerlo.

Tenía tantas ganas Lucy de marchar de allí, que apenas pudo soportar el contratiempo. Se puso a repetir «Vayámonos, vayámonos» vez tras vez, hasta que Dolly la hizo callar dándole un codazo. «Blanquito» estaba quieto sobre el halda de Lucy, y ésta le sujetaba con fuerza, y, tan excitada, que tenía los nervios en tensión.

Bill probó otra vez. El aparato se elevó de nuevo y, de nuevo hizo un extraño viraje.

—Algo le ocurre al timón —anunció Bill con voz exasperada—. ¿Por qué dejaría yo a Johns abajo? Quizás hubiese podido él arreglarlo. ¡Pero no creí que hubiera sitio suficiente a bordo para él y para vosotros tres!

Los niños aguardaron, con creciente consternación, mientras Bill intentaba conseguir que el helicóptero volara debidamente. Pero cada vez hacía un viraje violento y nada pudo hacer el detective por evitarlo. En sus adentros temía que se le desmandara por completo y no podía correr el riesgo de un accidente llevando a los niños a bordo.

Experimentó durante una hora por lo menos, sin lograr conseguir que el aparato respondiera a los mandos. Hizo apearse a los niños para ver si con una carga menor se lograba; pero resultó exactamente lo mismo.

—Debe haberse averiado cuando tropezó usted con el parapeto —dijo Jack—. Oh, Bill, ¿qué vamos a hacer ahora?

—¿Y la salida ésa a la ladera de la montaña? Jorge me habló de ella, y de una escala de cuerda y qué sé yo qué más. En realidad, fui a buscar yo esa entrada cuando llegué en busca vuestra hace unos días... hablabas tú de ella en tu mensaje, como recordarás... y alcé la cortina de verdor, encontré la hendidura en la roca y entré. Pero no pude llegar más allá de esa caverna tan extraña que no tiene techo, y cuenta con un lago por suelo.

—No. Nadie encontraría la forma de salir de esa caverna salvo por un accidente —dijo Jack—. Nosotros descubrimos cómo hacer bajar la escala de cuerda de arriba... haciendo girar una rueda que hay sumergida en el agua del lago.

—Pues parece ser que vamos a tener que intentar salir por ese camino. Este maldito helicóptero no quiere responder a los mandos ahora. No me atrevo a despegar. Nos estrellaríamos... ¡y no tenemos alas maravillosas que nos libren del batacazo!

—¡Oh, Bill!, ¿de veras no podemos marchar en el helicóptero? —exclamó Lucy, sintiendo que el corazón se le iba a las botas—. ¡Oh, yo no quiero meterme en esta horrible montaña otra vez! A lo mejor nos extraviamos. ¡Puede ser que nos hagan prisioneros!

—Me temo que no vamos a tener más remedio que intentarlo, Lucy —respondió Bill—. No te preocupes... ahora estoy yo aquí para protegeros... Y después de todo, es medianoche ya, y no es fácil que ande nadie por allí.

—¡Si el helicóptero este quisiese funcionar! —exclamó Jack—. Esto sí que es mala suerte. Porque además nos delatará. En cuanto lo vea alguien, comprenderá que sucede algo anormal y empezarán a buscarnos.

—Tanta más razón para que nos pongamos en marcha cuanto antes —respondió Bill—. Vamos. ¡Caramba! ¿Qué es lo que me está golpeando? ¡Ah, eres tú, «Blanquito»! Bueno, pues si vienes, tendrás que seguirnos de cerca para no delatar nuestra presencia. Y a propósito, ¿dónde está «Kiki»? No le he visto ni oído esta noche.

—No sabemos donde está —contestó Jack, con sentimiento—. No le hemos visto desde hace días... no, desde que nos capturaron. Puede que esté enjaulado en alguna parte... o escondido en la montaña... ¡Hasta es posible que le hayan matado!

—¡Oh, no! —exclamó Lucy—. ¡No digas eso siquiera! «Kiki» es demasiado listo para dejarse pillar. ¡Tal vez le encontremos esta noche!

—¿Dónde está la salida de este sitio? —inquirió Bill, encendiendo la lámpara de bolsillo—. ¿Por allí? ¿Hay escalones que se meten en la montaña? Bueno, pues vamos. Los minutos son preciosos.

Dejaron el helicóptero estropeado en la cima y se dirigieron a los escalones de piedra que descendían. Lucy se estremeció.

—¡Había esperado no tener que bajar ahí dentro más! —dijo—. Déme la mano, Bill, ¡tengo miedo!



## Capítulo XXVI

### La huida a través de la montaña

No tardaron en hallarse muy dentro de la colina. Habían dejado atrás la gruta en que estuviera encerrado Jorge y los almacenes de provisiones, descendiendo por la escalera de caracol tallada en la roca.

Era difícil escoger el camino a seguir, porque las mortecinas luces de los corredores estaban todas apagadas. Reinaba la más profunda oscuridad por todas partes. La potente lámpara de Bill proyectaba su brillante luz ante ellos; pero tenía que usarla con cautela, por temor a que el resplandor se viese y les delatara.

Se pararon numerosas veces a escuchar, y hubo muchas discusiones entre Jack y Dolly acerca de cuál era el camino. Bill tuvo mucha paciencia; pero hubo de decirles, con apremio en el tono, que reflexionasen y escogieran aprisa la dirección a seguir.

—Si siguiéramos a «Blanquito» —intervino Lucy por fin—, probablemente iríamos bien. Él, sabrá el camino.

—Justo —repuso Jack—; pero no sabe adonde queremos ir. Si supiera que deseamos ir a la cámara en que está la escala, estoy seguro de que sabría conducirnos a ella; pero eso no se lo podemos hacer comprender.

Acabaron por perderse. Se encontraron en un túnel oscuro de techo muy alto, que ninguno de los niños reconoció.

Bill empezó a desesperarse. De haberle sido posible aterrizar sin avería, aquella larga caminata por pasadizos oscuros y desconocidos no hubiera sido necesaria.

Descendieron profundamente y, de pronto, salieron a la galería que daba al barranco. Bill contuvo el aliento al ver la brillante masa cuando el piso se descorrió durante unos segundos. Tanto él como los niños experimentaron aquella extraña sensación de falta de peso inmediatamente, pero ésta desapareció en cuanto el suelo se cerró sobre la masa de nuevo.

No había nadie en el barranco. Al parecer, el piso se descorría automáticamente, mediante alguna clase de maquinaria o mecanismo que por ninguna parte les fue posible distinguir. Ésa era una de las cosas curiosas de aquella montaña: no había maquinaria pesada en ningún sitio. La potencia que se usaba no se aplicaba a través de máquinas de hierro o acero, y el ruido era casi nulo, si se exceptúa el fuerte rumor que sonaba siempre antes de que temblase la tierra.

—Es evidente que, en esta montaña, existen minerales que pueden utilizarse para los experimentos de ese viejo —dijo Bill—. Algún mineral raro... como el uranio, ese que se emplea para desintegrar el átomo. Hay unas cuantas montañas en el mundo que contienen metales escasos y raros; pero por regla general, se abren minas para sacar el mineral y llevárselo. En este caso, no lo han minado... ¡lo están usando

donde se encuentra! Quizá no tengan más remedio que hacerlo para emplear el enorme grueso de roca de la montaña como coraza protectora que proteja al mundo exterior contra los rayos con los que andan experimentando. ¡Es muy ingenioso todo esto!

—Creo que, desde aquí, conocemos el camino —anunció Jack, que respiraba con alivio por haber encontrado un sitio conocido, aunque fuese el aterrador barranco.

Señaló, tras ellos, el corredor ancho y pendiente que iba ascendiendo un largo trecho. Bill lo iluminó todo con su lámpara.

—¿Es ése el camino? —preguntó—. Bueno, pongámonos en marcha entonces.

Subieron por el corredor. Llegaron al túnel estrecho y retorcido que recorrieron antes, y siguieron por él hasta llegar a la bifurcación.

—El ramal de la izquierda —dijo Jack.

Y por él avanzaron.

Bill quedó asombrado al ver las hermosas colgaduras de seda que adornaban las paredes más allá, y que servían de cortina a la entrada de una cueva.

Jack le posó una mano en el brazo.

—La habitación del otro lado es la alcoba del rey —susurró—. Dolly, ¿tienes agarrado a «Blanquito»? No le dejes adelantarse.

Bill se acercó de puntillas a las cortinas y las separó. Brillaba dentro una luz muy débil. Miró con interés la alcoba del rey, y luego cerró aprisa las cortinas. Regresó al lado de los niños.

—Hay alguien echado ahí dentro en un canapé —dijo en voz baja—. Un viejo con una frente enorme.

—¡Ése es el rey de la montaña! —le contestó Jack en el mismo tono—. El Gran Cerebro que se oculta tras todos estos inventos. Yo creo que es un verdadero genio, pero que está loco.

—Parece dormido. ¿Hay manera de dejar a un lado esta cueva y tirar por otro lado para no despertarle?

—No conozco ningún otro camino —dijo Jack—. Tenemos que atravesar esta habitación, luego cruzar el comedor y pasar a continuación a la sala del trono.

Bill reflexionó unos instantes.

—Bueno, pues no tendremos más remedio que arriesgarnos —dijo—. Cruzaremos la alcoba uno a uno, pero por el amor de Dios, no hagáis ruido.

Atravesaron la estancia uno por uno, sin apenas atreverse a respirar. Dolly llevaba fuertemente sujeto a «Blanquito» e iba pidiendo al Cielo que no se le ocurriera al cabrito balar.

Afortunadamente cubrían el suelo gruesas alfombras, conque no costaba trabajo avanzar en silencio. A Lucy le latió con tanta violencia el corazón al cruzar, que pensó que debían oírlo todos, y que el rey acabaría despertándose con sobresalto, al escucharlo.

Se encontraron, por fin, en el cuarto en que la larga mesa había estado cubierta de

tan exquisitos manjares. Ahora estaba desierta, y sobre la mesa no se veía ni una mala fuente de fruta.

Llegaron a la sala del trono, y a la entrada de éste, tras los hermosos cortinajes adornados con dragones rojos, se detuvieron. Llegaba a sus oídos un ruido extraño. ¿Se trataba de ronquidos? ¿Qué era?

Bill atisbo con cautela por entre las cortinas y sonrió. Allá en la sala del trono, sentados o tumbados, se encontraban los paracaidistas. Habían instalado una mesa muy larga por el centro y, sobre ésta, se veían los restos de una comida abundante y bebidas en consonancia. ¡Ni un solo hombre estaba despierto!

—¡Conque es aquí donde han estado estos hombres durante el último par de días! —murmuró Jack en un susurro—. Me estaba preguntando yo dónde podrían haberse metido. ¡Troncho! ¡Se han quedado dormidos donde se encontraban! ¡Qué escena más edificante!

Bill rebuscó entre los cortinajes. Estaba buscando un interruptor. Lo halló y les dijo a los niños:

—Escuchad... voy a apagar la luz para que podamos atravesar la sala sin ser vistos. Pegaos a una de las paredes y cruzad lo más aprisa posible. Aun cuando hagamos algo de ruido y se despierten algunos de esos hombres, no importará, porque no podrán ver de quién se trata.

La idea era buena. Se apagó la luz con un leve chasquido, y la gran sala quedó en tinieblas. Los niños, guiados por Bill, avanzaron silenciosamente por un lado, sin hacer ruido alguno, sus pisadas sobre la alfombra.

Cuando llegaron al inmenso laboratorio, Bill se detuvo, estupefacto. Sabía bastante más que los niños de aquellas cosas, naturalmente, y se daba cuenta de cuán brillante e ingeniosa era la mente que había concebido todo aquello.

De pie en la galería, contemplaron los alambres y las ruedas, los recipientes de vidrio y las cajas de cristal, y oyeron el amortiguado zumbido.

—¿Qué hace todo eso, Bill? —susurró Lucy.

—Transmutando o cambiando una potencia o energía por otra —contestó el detective—. Dándole una forma utilizable, de suerte que...

—¿De suerte que puede aprisionarse en esas alas, por ejemplo? —inquirió Jack.

—Algo así. Es una instalación asombrosa, os lo aseguro.

No había nadie allí. Parecía extraordinario que todas aquellas piezas que zumbaban y giraban pudieran continuar funcionando por sí solas, sin más cuidado que el de alguna que otra visita del rey de la montaña.

Tanto fascinaba aquello a Bill, que durante unos momentos olvidó la urgencia de hallar la salida de la colina. Tenía algo de ensueño aquello: no parecía real.

Le hizo volver a la realidad un cabezazo que le dio «Blanquito» en las piernas. Dio un leve brinco. Luego asió a Lucy del brazo.

—¡Vamos! ¿En qué estoy pensando, que me paro de esta manera?

Jack había encontrado el corredor que partía del laboratorio. Les condujo por él, y

llegaron a la gran cueva que vieron con anterioridad. La lámpara de Bill la barrió, pero no había nada en ella que ver. Luego se metieron por el pasadizo que llevaba a la cueva sin techo. Los niños empezaron a sentir que se hallaban cerca de la libertad de nuevo: ¡si es que encontraban la manera de desalojar la escala de cuerda de su escondite!

Pasaron junto a las mortecinas lámparas que, por una razón u otra, estaban encendidas por allí. Llegaron a la cueva, y la lámpara de Bill iluminó los cántaros de agua helada colocados en el fondo, para refresco de aquellos que hubiesen hecho la agotadora ascensión.

—Éste es el sitio en que se guarda la escala de cuerda —dijo Jack.

Y tomando la lámpara de Bill, buscó con su luz el hueco en que la dejaran arrollada.

Antes de que lo descubriera, Lucy tropezó con algo y cayó de golpe. Bill la ayudó a levantarse. Se había hecho daño en las rodillas, pero no exhaló ni una queja. Bill le dijo a Jack que dirigiera hacia allí la luz para ver en qué había tropezado la muchacha.

¡Era la escala de cuerda!

Allí estaba, extendida desde el hueco de la pared, cruzando el suelo, y desapareciendo luego por la orilla del precipicio en dirección a la caverna del lago.



—¡Mire! ¡Está descolgada la escala! —exclamó Jack, olvidándose de bajar la voz en su excitación—. ¡Oh, Bill, bajemos inmediatamente!

—Alguien debe de haber salido de la montaña esta noche —dijo Dolly—, dejándose la escala descolgada para subir a su vuelta. ¿Quién habrá sido? ¡Más vale que andemos con cuidado, por si nos topamos con quien sea!

—Jack, baja tú primero —ordenó Bill, que había estado examinando con gran interés la manera en que estaba sujeta la escala a la roca.

El procedimiento no podía ser más ingenioso. Bill vio cómo debían subir unos alambres desde la ruedecilla del lago hasta la palanca que soltaba a la escala, cayendo ésta entonces por su propio peso, y rodando hasta el borde de la cueva, donde acababa de desenrollarse al caer. No pudo ni imaginarse de qué modo volvía ésta a enrollarse, pero el cerebro capaz de concebir todas las sorprendentes cosas que había dentro de la montaña hallaría aquel problema extraordinariamente sencillo.

Jack se acercó al punto en que caía la escala. Se arrodilló y puso los pies en los travesaños. La escala daba la misma sensación de firmeza que la vez anterior. Estaba muy bien hecha y era fuerte.

—Bueno, allá voy —dijo el muchacho—. Mande a las niñas después, Bill, y sígalas usted luego. «Blanquito» se ha marchado ya por el agujero que él y los perros usan. No sé dónde estará ahora. Lo que sí me gustaría saber es qué ha sido del pobre «Kiki». No me gusta dejarle solo en esta horrible montaña.

Bill le enfocó con la lámpara. Las niñas vieron cómo desaparecía su cabeza, a medida que iba descendiendo peldaños.

—Baja tú ahora, Lucy —ordenó el detective—. Jack ya debe estar lo bastante abajo, conque no le pisarás la cabeza. Luego puede ir Dolly, y yo cerraré la marcha. No intentéis salir de la cueva de abajo hasta que esté yo con vosotros.

Jack estaba bajando lentamente. ¡Qué largo era aquel descenso! De pronto sucedió una cosa extraña. ¡La escala empezó a estremecerse bajo sus pies! Dejó de descender al punto.

—¡Dios Santo! —exclamó—. ¡Alguien sube! ¡Y yo estoy bajando! ¿Quién cielos puede ser?

## Capítulo XXVII

### Al fin libres

Tan pronto como adquirió la convicción de que alguien estaba subiendo por debajo de él, Jack dejó de descender y se puso a ascender de nuevo a toda velocidad. No quería encontrarse con Meier o Erlick en aquella escala.

Un poco más arriba, tropezó con los pies de Lucy. Ésta dio un gritito de miedo.

—No tengas miedo, Lucy, soy yo —susurró el muchacho—. Alguien está subiendo por la escala. ¡Vuelve arriba lo más aprisa que puedas!

Lucy empezó a subir en seguida, llena de pánico. ¡Cielos! ¡Qué horrible era saber que alguien subía en el preciso momento en que bajaban ellos! ¡Estaba segura de que de día ser el horrendo Meier!

Ella tropezó a su vez con los pies de Dolly, y le transmitió el mensaje a la sorprendida niña, que retrocedió a toda velocidad entonces hacia el punto de partida. Lucy y Jack le seguían de cerca. El niño estaba temiendo que le agarrara alguien por los tobillos desde abajo de un momento a otro.

Y claro, el suceso siguiente fue que a Dolly casi la pisó en la cabeza uno de los pies de Bill. Estaba descendiendo a toda velocidad para reunirse con los otros, y se quedó asombrado al encontrarse a Dolly inmediatamente debajo.

—¿Qué te pasa? ¿No te dije que te dieras prisa? —exclamó.

Y entonces oyó el angustiado susurro de la niña:

—¡Sube alguien! ¡Dese prisa antes de que alcancen a Jack! ¡Aprisa, Bill!

Mascullando algo entre dientes, Bill volvió rápidamente atrás. Ayudó a Dolly a subir. Luego a Lucy y a Jack. La escala aún so estremecía. El escalador, o los escaladores, no se habían detenido.

—¡Atrás, hacia los pasadizos! —ordenó Bill—. No podemos dejarnos capturar ahora. Aguardaremos a que se haya ido quienquiera que sea, y probaremos otra vez luego.

Llegaron a donde el pasillo se dividía en tres, y Bill les empujó a todos hacia el más oscuro, pero se oyeron pasos que caminaban hacia ellos, y se vio la sombra de alguien por el otro extremo. Retrocedieron todos otra vez.

El escalador, sin embargo, había llegado ya arriba y se encontraba tras ellos. Probaron el segundo ramal, y se encontraron en un laberinto de extrañas grutas, que se comunicaban entre sí.

—¡Aguardad aquí! —dijo Bill.

Pero les habían visto, y empezaron a resonar voces autoritarias por los oscuros pasadizos.

—¿Quién anda ahí? ¡Salid inmediatamente! No se movieron. Estaban todos

acurrucados en un rincón oscuro, sobre el que sobresalía una repisa rocosa. Bill se preguntó si les encontraría el haz luminoso de una lámpara. Mucho se temía que sí.

Las pisadas pasaron por otra gruta. Luego se oyeron más voces. Se había dado principio a la caza. Bill soltó un gruñido. Sonaba como si hubiese cuatro o cinco personas buscando ahora. Se separarían y buscarían hasta dar con ellos. ¡Con lo cerca de la libertad que se habían encontrado!

—Venid —dijo al cabo de unos instantes—. Probaremos una gruta mejor que ésta.

Pero antes de que pudieran moverse, el haz de una lámpara entró en su cueva. Se detuvieron todos, quedándose completamente inmóviles. La luz se acercó más y más. Lucy se olvidó de respirar y asió fuertemente la mano de Bill.

En el preciso momento en que el cono de luz empezaba a iluminarle a Jack los pies, o así le pareció a él, hubo una sorprendente interrupción. Sonó, en algún lugar cercano, una voz hueca, plañidera, llena de la más triste desesperación:

—¡Pobre «Kiki»! ¡Pim, pam pum! ¡Orí!

A Jack le dio un vuelco el corazón, ¡«Kiki»! Así, pues, no había muerto. Debía haberse extraviado, y llevaba errando días y días por pasadizos y cavernas. No sabía el loro que ellos estaban cerca. Había visto la luz de la lámpara de bolsillo y oído voces y, como de costumbre, había intervenido en la conversación.

Bill oprimió a Jack el brazo, en son de aviso. Temía que el niño llamase al loro o exhalase alguna exclamación de alegría. Pero Jack se contuvo. «Kiki» continuó hablando, con la voz más melancólica que imaginarse puede.

—¡Llamad al médico! ¡Umba, dumba, pumba! ¡Puh Gah!

Nunca le había oído tan alicaído Jack. ¡Pobre «Kiki»! Debía creerse para siempre abandonado. Una voz cortante sonó en la gruta.

—¿Qué diablos fue eso? ¡Hay alguien en esta gruta! ¡Erlick, ven acá! ¿Oíste eso?

—¿Qué? —inquirió Erlick, acercándose con otra lámpara.

—Una voz —contestó Meier—. Hay alguien aquí. Dos personas probablemente. Una hablando con otra. Estáte ahí quieto con tu lámpara, mientras yo doy la vuelta completa con la mía.

Meier empezó a dar la vuelta, examinando cuidadosamente las paredes en busca de escondites. Bill gimio para sus adentros. Ahora ya no tenía ocasión de poder llegar a otra caverna.

«Kiki» soltó un estornudo muy bien imitado y, a continuación, una tos. Meier interrumpió su registro, y dirigió la luz hacia el punto de donde había partido el sonido que emitió el loro.

—¡Os oímos! ¡Salid o será peor para vosotros! —gritó con enfurecida voz.

«Kiki» estaba asustado. Llevaba algún tiempo sin comer, y tenía hambre y se sentía desgraciado. La voz enfurecida del hombre le llenó de pánico y voló a la gruta vecina, sin tener la menor idea de que su querido Jack se hallaba tan cerca. Mejor era que no lo supiese, porque de haberlo sabido, no hubiera vacilado en volar al hombro

del muchacho, delatando así su escondite.

Sonó su voz en la otra gruta.

—¡Pon el agua a calentar! ¡Llama al médico!

Luego se oyó un ruidoso eructo y un «¡perdón!» arrepentido.

—¡Santo Dios! ¿Qué está sucediendo? —exclamó Meier, ya del todo desconcertado—. Es ésa la voz que hemos estado oyendo a intervalos. Bueno, pues donde hay una voz, siempre hay un cuerpo, y esta vez pienso encontrarlo aunque tenga que deshacer a tiros las cavernas.

Una fuerte detonación les hizo dar un brinco a Bill y a los niños. Meier había sacado el revólver y disparado a ciegas en dirección a la voz ignota. A Jack no le gustó eso ni pizca. Temía que le diesen a «Kiki».



Meier y Erlick entraron en la vecina gruta tras la voz del loro. La oyeron un poco más lejos.

—¡Upa arriba! Límpiate los pies, mal educado.

Los niños no pudieron menos de sonreír, a pesar de su susto. «Kiki» siempre se las arreglaba para decir cosas absurdas en los momentos de mayor apuro. Sonó otro disparo, que repercutió por todas las cavernas.

«Kiki» soltó una carcajada de desdén, y luego imitó el cambio de marchas de un automóvil. Regresó a la otra cueva, y los hombres le siguieron. Todavía no habían visto al loro, porque andaban buscando a un ser humano que suponían corría ante ellos, y «Kiki» volaba pegado al techo, posándose en pequeñas repisas o salientes bien escondidos.

Otra persona cruzó corriendo la caverna en que se hallaban los niños, llamando a Meier.

—¡Señor Meier, señor, señor! ¡Todos niños huir! Helicóptero vuelto. Todo solo en cumbre. Nadie allí. ¡Niños huido!

Era uno de los servidores japoneses que, evidentemente, había descubierto el helicóptero y la desaparición del piloto y de los muchachos. Hubo un silencio de asombro.



Meier alzó la voz y soltó un torrente de palabras extranjeras, ninguna de las cuales fueron capaces de comprender a los niños ni Bill. Luego sonó la voz de Erlick.

—Nada se adelanta poniéndose de esa manera, Meier. Suelta a los perros. Los niños deben haber bajado por la escala. La dejaste colgada cuando saliste esta noche, ¿verdad? Los perros no tardarán en darles caza.

—Pero, ¿qué ha sido del piloto? —exclamó con ira Meier.

Y volvió a hablar en idioma extranjero. El japonés cruzó la gruta de nuevo, seguramente camino de poner en libertad a los alsacianos.

—Llamad al médico —gritó melancólicamente «Kiki».

Silbó como una locomotora, haciendo que Meier registrara con la luz las cavernas de nuevo, medio loco de furor.

Erlick, Meier y dos o tres más con ellos, iniciaron una larga discusión en muchas lenguas. Bill no se detuvo a averiguar de qué se discutía. Sacó a los niños de su escondite, empujándoles hacia el corredor más cercano. Rápida y silenciosamente, huyeron hacia la cueva donde se encontraba la escala. Quizá tuvieran una ocasión ahora de escaparse. Jack deseó de todo corazón poder llevarse a «Kiki» también.

Descendieron por la escala en el mismo orden que la vez anterior, preguntándose Jack por el camino, atemorizado, si se encontraría aquella vez con alguien que subiera preparado para asirle por los tobillos. Pero no fue así. Llegó sin novedad abajo, temblándole las piernas por el esfuerzo hecho y agotado y jadeante.

Lucy casi se cayó del último travesaño, llorando de alivio al encontrarse por fin en la cueva del lago. A ella le había parecido el descenso interminable. Se dejó caer al suelo junto al lago, latiéndole dolorosamente el corazón.

Dolly la siguió, dejándose caer al suelo también. Luego llegó Bill, no tan angustiado como los demás, pero muy contento, en verdad, de haber llegado al fin de la escala.

—¡Uf! ¡Por fin abajo! —exclamó—. ¡Qué distancia! Vamos... salgamos a la ladera. Nos reuniremos con Jorge y con Johns. ¡Si esos malditos perros no nos encontraran! Jorge me ha hablado de ellos, y explicando cómo los tomasteis por lobos. ¡No me hace ninguna gracia verme perseguido por una trailla de alsacianos, azuzados por Meier y Erlick!

Empezaba a apuntar la aurora. El sol no había salido aún de detrás de las montañas, pero empezaba a extenderse una luz dorada por el firmamento allá a oriente. Los niños se alegraron de sentir la fresca brisa en el rostro al salir de la hendidura de la roca y apartar la cortina de zarzas y plantas trepadoras. Respiraron profundamente y miraron a su alrededor en la plateada luz del amanecer.

—Vamos —dijo Bill—. Dejé a Jorge y a Johns junto al arroyo... donde dejasteis vosotros a «Salpicado». Y a propósito, nos llevamos a «Salpicado» cuando David, Evans y yo vinimos en vuestra busca con los demás borricos. Jorge dice que sabrías dónde estaba ese lugar, aun cuando aterrizáramos a cierta distancia de él en el helicóptero. Cree que vamos a regresar todos por el aire, claro, y aterrizar en un sitio

llano donde dejamos una luz encendida para que me sirviese de quía. ¡Resultó un poco complicado aterrizar en la oscuridad con Jorge y Johns! Por poco pierde el equilibrio el helicóptero. Pero lo conseguimos después de todo sin novedad.

—Así, pues, ¿Jorge nos estará esperando junto a esa luz? —preguntó Lucy—. No, junto al arroyo.

—No. Le dije que no lo hiciese, por si alguien andaba rondando por ahí, veía la luz y les descubría a él y a Johns —explicó Bill—. Pensé que Meier y compañía pudieran andar buscando a Jorge si creía que había dado el salto desde el aire. Lo convenido era que les dijera yo por radio lo que había sucedido; pero no lo hice, claro.

Fue fácil encontrar el camino del lugar de la citada, ahora que empezaba a amanecer. Pero antes de que llegaran allí, Jack recibió un regalo de la suerte: ¡«Kiki»!

El loro se dejó caer sobre él de pronto con un cloqueo de alegría y un chillido que casi les ensordecía a todos. Se le posó en el hombro y le frotó la oreja con el pico, dándole unos tironcitos amorosos. Jack se llevó una alegría tan grande, que no fue capaz de articular palabra. Se limitó a rascarle la cabeza al loro, haciendo unos ruiditos afectuosos muy raros, que «Kiki» se apresuró a imitar como tenía por costumbre.

—¡Oh, qué bien! —exclamó Lucy, encantada—. ¡Oh, Jack! Querido «Kiki», ¡cuánto nos alegramos de verte! ¡No sabes lo mal que lo hemos pasado sin ti!

Hasta el propio Bill tomó parte en las demostraciones de afecto.

—¡Nos salvaste, «Kiki», pajarraco! ¡Les hiciste andar tanto de cabeza a esos tipos, que nos dejaron escapar! ¿Cómo supiste dónde estábamos? ¿Saliste volando y nos seguiste?

«Kiki» no se lo dijo, conque nunca lo supieron; pero Jack tenía el convencimiento de que había bajado volando a la caverna sin techo, y salido por la hendidura. Entonces oiría sus voces y acudiría a reunirse con ellos.

—¡Dios salve al rey! —exclamó «Kiki», muy feliz. Y soltó un ruidoso hipo—. ¡Perdón! Perdón al rey. ¡Pii suena el loro!

—¡Oh, «Kiki», creímos que estabas muerto! —dijo Dolly. Miró a su alrededor y echó de menos a «Blanquito»—. Y ¡ahora ha desaparecido «Blanquito»! ¿Dónde está?

—Hace ya rato que no está con nosotros —contestó Bill—. Supongo que ya se presentará otra vez..., ¡como ha hecho «Kiki»!

—«Resbaloso» tembloroso —dijo el loro, de pronto, ladeando la cabeza y fijando la mirada en el bolsillo de Jack.

«Pepito Resbaloso» se hallaba medio dentro y medio fuera, disfrutando del aire fresco otra vez. ¡Dolly no dio un grito siquiera!

Continuaron su camino, asentado «Kiki» firmemente en el hombro de su amo. De pronto oyeron un grito.

—¡Eh! ¡Aquí estamos! ¡Jack! ¡Dolly! ¡Lucy! ¡Bill! ¡Y oh, caramba, si ahí está

«Kiki» también! ¡Hurra! ¡Habéis conseguido escapar! Pero, ¿dónde está el helicóptero? Hemos estado esperando y esperando a que apareciese.

Era Jorge quien hablaba, claro está, saltando como loco. Johns estaba detrás de él, flemático. «Blanquito» correteaba alrededor de los dos. ¡Había encontrado a Jorge! Conque toda la familia había vuelto a reunirse. Estaban todos que no cabían en sí de contento. Pero... un momento... ¿qué eran todos aquellos aullidos que se escuchaban en la distancia?

## Capítulo XXVIII

### Rastreados por los perros

Lucy se acurrucó contra Bill y Johns, sobrecogida de temor, al oír los salvajes aullidos y ladridos. ¡Le hacía muy poca gracia la idea de que los perros hubiesen salido en persecución suya!

Bill y Johns se miraron, y el primero dijo algo entre dientes y puso cara de ira y de testarudez. Todos habían estado tan encantados de haber podido escapar y ahora, ¡estaban a punto de ser capturados otra vez! ¡Nadie podía hacer nada contra diez perros acostumbrados a cazar hombres!

—¡Bill! ¡Métase en el arroyo y camine por dentro del agua! —dijo Jack de pronto—. Eso fue lo que hizo el negro cuando quiso interrumpir su pista. Los perros no pueden oler un rastro en el agua. Subamos todos por el arroyo e intentaremos encontrar un buen escondite... un árbol grande, como el que le sirvió de refugio a Sam.

—Es bien pobre esa solución —dijo Bill—; pero la probaremos. ¡Al diablo con el helicóptero! ¡Mira que estropearse precisamente cuando iba a despegar! Hubiésemos estado fuera de peligro a estas horas, de no haber sido por la avería en el timón.

Se metieron todos en el arroyo y subieron por él, encontrando muy fría el agua. Lucy iba entre Bill y Johns. Se alegraba mucho de que fueran dos personas mayores con ellos, por lo menos. Los perros volvieron a ladrar en la distancia. ¡Se hallaban ya sobre la pista!

Los fugitivos avanzaron por el arroyo tan aprisa como pudieron, conque interrumpieron el rastro. Pero se les podía ver sin dificultad, y era absolutamente necesario que encontraran a toda prisa un árbol al que subirse, o una cueva en que refugiarse.

Y no tardaron en encontrar precisamente lo que les hacía falta. El arroyo desaparecía por un agujero grande en la ladera. Por él salía gorgoteando la límpida linfa, arremolinándose alrededor de los pies de los dos hombres y los cuatro niños... ¡y de «Blanquito» también!

—Mirad... sale de ese agujero tan grande —dijo Bill con satisfacción—. Nos meteremos en él, confiando que cabremos todos. Debiéramos poder permanecer aquí escondidos hasta que los perros renuncien a toda esperanza de encontrarnos y se retiren.



Entraron a rastras, uno tras otro. Bill encendió la lámpara de bolsillo. No había más que el sitio justo para todos ellos, porque unos metros más allá, el agujero se hacía más estrecho, convirtiéndose en pequeño túnel por el que brotaba el agua.

Se sentaron donde pudieron, muy pegados los unos a los otros. Jack y Jorge tenían los pies dentro del arroyo. Allí sentados, escucharon el lejano aullar de los alsacianos.

Bill se sacó un poco de chocolate del bolsillo.

—Me había olvidado de esto —dijo, repartiéndolo. Resultaba consolador tener algo que roer. También Johns llevaba chocolate, conque hubo en abundancia.

—¿Cree usted que habrán perdido los perros la pista ya? —inquirió Jack, no oyendo que se acercaban más los ladridos.

—Sí. Así parece —contestó Bill—. Están desconcertados, yo creo. Deben haber llegado al arroyo. Lo cruzarían en busca de nuevo rastro, y no lo encontraron. Probablemente no serán capaces de pensar en la posibilidad de que hayamos subido corriente arriba.

—Los perros, no —asintió el flemático Johns, que estaba tomando aquella extraordinaria aventura con la misma calma que si estuviese acostumbrado a que le sucedieran cosas así todos los días—; pero a los hombres sí que se les ocurrirá. A mí

se me ocurriría, por lo menos. Si estuviese dando caza a un hombre con la ayuda de perros y nos encontráramos detenidos por un riachuelo, ordenaría a los animales que subieran o bajaran la corriente sin perder instante.

—¡Ay, Señor! —murmuró Lucy—. ¿De veras que lo haría usted? Bueno, pues entonces estoy segura de que lo hará Meier también en cuanto alcance a los perros, porque es un hombre muy inteligente. Tiene unos ojos penetrantísimos, Bill... de veras que sí... le traspasan a uno de parte a parte.

—Pues más cuenta le tendrá no intentar traspasarme a mí con la mirada —le dijo Bill—. ¡Lo iba a lamentar mientras viviese!

—¡Perdón! —dijo «Kiki»—. ¡Lo siento!

—Olvidaste el hipo, lorito —dijo Jack.

Y «Kiki» se apresuró a suministrarlo.

Johns rompió a reír de pronto. Dijo que había oído mucho hipo sin pájaros, y visto a muchos pájaros sin hipo; pero que cuando uno encontraba las dos cosas juntas, ¡valía la pena!

—Los perros se están acercando más —anunció Jack preocupado.

Todos escucharon, aguzando el oído. Era cierto. Los aullidos sonaban más cerca.

—Eso quiere decir que Meier les ha alcanzado —dijo Dolly—. Y ha adivinado nuestra estratagema, y vienen todos arroyo arriba.

—Sí; y es seguro que acabarán oliéndonos aquí —asintió Jorge—. Completamente seguro. ¡No podemos engañar a unos sabuesos como éstos!

—¡Sabuesos como esos! —aulló «Kiki», encantado.

—Cállate —ordenó Jack, dándole un golpe en el pico—. ¿Quieres que te oigan los perros?

—¡Puuuh! —respondió el loro, dándole un pellizco en la oreja a su amo.

—¡Escuchad! ¡Oigo chapotear a los perros en el arroyo! —exclamó Jorge.

Y así era, en efecto. El ruido llegó a oídos de todos, y Lucy asió la mano de Bill con más fuerza que nunca. ¿No acabaría nunca aquella horrible aventura?

Y de pronto, vieron al primer perro, con la roja lengua fuera y jadeante. Medio saltaba por el agua en lugar de vadear por ella. Entraba y salía dando brincos y acercándose más cada vez.

Luego se percibió la odiosa voz de Meier.

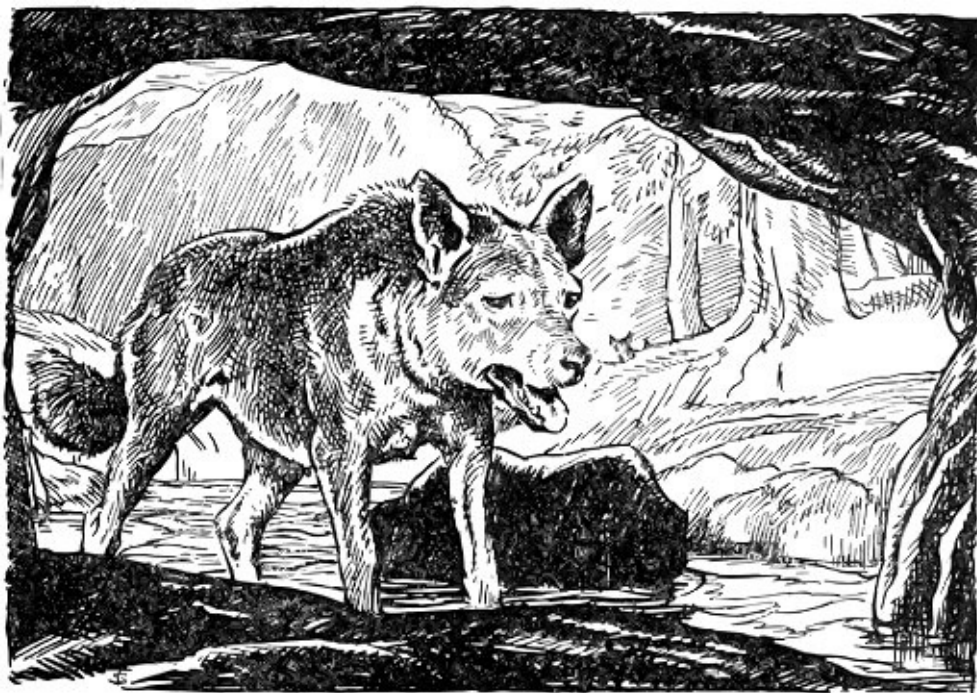
—¡Vamos! ¡Buscadles! ¡Halladles!

El primer perro llegó hasta el escondite. Pudo oler a todos los que se encontraban dentro al detenerse ante el agujero. No intentó entrar. Había hallado lo que le habían mandado que hallase: no se le había ordenado que apresara y sujetase.

Alzó la cabeza y aulló como un lobo. «Kiki» quedó la mar de sorprendido. Intentó imitarlo; pero el aullido de un perro alsaciano era algo superior a sus posibilidades. Sólo consiguió producir un ruido extraño, que hizo ladear la cabeza al perro y escuchar.

Luego llegaron los demás perros, jadeando también, y con la lengua fuera. Se

detuvieron junto a su jefe y detrás olfateando. ¡Parecían muy feroces en verdad!



—No resulta un cuadro muy agradable —le dijo Bill a Johns, que contemplaba con estolidez a los alsacianos, como si estuviese acostumbrado a que le dieran caza manadas de perros feroces y le tuviera completamente sin cuidado.

—No os mováis —les ordenó Bill a todos—. Mientras no intentemos movernos o huir, los perros no harán otra cosa que permanecer donde están contemplándonos.

Se oyeron gritos y aparecieron Meier y Erlick, congestionados el rostro de tanto correr. Meier se detuvo en seco al ver a los perros parados ante el agujero por el que salía el arroyo.

Empujó inmediatamente a Erlick tras un árbol. Era evidente que temía que tuviese Bill pistola. Gritó en voz bien alta:

—¡Salid! Los perros os han encontrado. Si no queréis que se os echen encima, salid... y tirad las armas al suelo y alzad los brazos. Os tenemos encañonados.

—Agradable individuo, ¿eh? —le dijo Johns a Bill—. Resultará agradable echarle el guante. ¿Salimos, jefe, o no salimos?

—No salimos —respondió lacónicamente Bill—. Dudo que se atreva a lanzar contra nosotros a los perros. Sabe que están aquí los niños.

—A Meier no hay nada que le detenga —anunció Jack.

Y tenía razón. Cuando no hubo respuesta ni se observó movimiento alguno en el agujero. Meier empezó a perder los estribos, como de costumbre. Gritó algo en idioma extranjero, y luego volvió al inglés:

—Habéis oído lo que he dicho. Os doy una ocasión más. Los perros están dispuestos a atacar. Os apresarán, no lo dudéis. Y os advierto que tienen muy afilados colmillos, conque, ¡no ofrezcáis resistencia!

Siguió sin moverse nadie. Lucy cerró los ojos. No se sentía capaz de mirar más

rato a los perros jadeantes y ávidos. Veía que estaban aguardando la orden para entrar en la caverna y sacarles a todos a rastras.

Y entonces, de pronto. Jorge se movió y, antes de que pudiera detenerle nadie salió del escondite.

—¡Pon las manos en alto! —ordenó Meier.

Y Jorge obedeció. Los perros le olfatearon, y el muchacho les dirigió la palabra en voz baja.

—¿No me recordáis? Soy Jorge. Dormisteis conmigo allá en la roca. Sois unos perros magníficos. Somos amigos, ¿no os acordáis?

Los perros no comprendieron una palabra; pero entendieron el tono de su voz. Recordaron a aquel muchacho. Sentían su afectuosidad y su atracción. El jefe empezó a lloriquear un poco. Sentía anhelo de que aquel niño le acariciara la cabeza. Pero Jorge tenía los brazos en alto, y sólo disponía de la voz para encantar a aquellos perros.

Continuó hablándoles en voz baja, mientras los otros niños, Bill y Johns, contemplaban como fascinados la escena. Todos estaban pensando lo mismo. Jorge, Jorge, ¿qué hay en ti, que convierte a todos los animales en amigos tuyos? ¿Qué don tienes, tan raro, tan irresistible? «¡Afortunado niño!», pensó Bill. «¡Afortunados nosotros por ser tú capaz de atraerte a esos animales!».

Meier preguntó con ira:

—¿Dónde están los otros? ¡Diles que salgan ellos también o daré la orden de que los saquen!

El cabecilla de los perros se alzó sobre las patas traseras, y posó las delanteras sobre los hombros de Jorge. Le lamió la cara al niño. Fue una lamida muy húmeda, pero Jorge no apartó la mejilla. Fue como una señal para que los demás perros se congregaron a su alrededor. Olvidando por completo a Meier, rodearon al niño, intentando acercarse a él, olfateándole, lamiéndole cada vez que podían acercarse lo bastante.

Bajó las manos. Meier no se atrevía a disparar ya, por miedo a matar a un perro. Les acarició los lomos, les dio palmaditas en la cabeza, les frotó el hocico, y les habló al propio tiempo, con aquella voz que tenía reservada para los animales.

Meier dio una orden.

—¡Sacadles! ¡Id a buscadles! ¡Traedlos aquí!

Los perros volvieron maquinalmente la cabeza al oír su voz autoritaria. Vacilaron. El jefe miró a Jorge.

—Venid conmigo —dijo Jorge—. Venid. Encontraréis más amigos aquí dentro.

Y con asombro e incredulidad de Meier, el niño condujo a los perros a la cueva, y en la que por lo menos cuatro lograron introducirse para lamerles la cara a Lucy, Jack y Dolly. Olfatearon, dubitativos, a Bill y a Johns, gruñeron al ver a «Blanquito» y a «Kiki» y luego, cuando Jorge posó una mano sobre el brazo de Bill y luego el de Johns, aceptaron a ambos también como amigos.



—¡Jorge! ¡Eres una maravilla! —exclamó Bill con sincera admiración—. Es magia lo que usas, ¡no puede ser ninguna otra cosa!

—¡Vaya niño! —exclamó el flemático Johns, permitiendo que su rostro cambiara por una vez de expresión, y reflejara gran admiración.

—Me parece que a Meier no va a tardar mucho en darle un patatús —dijo Jack—. No acaba de comprender lo que está sucediendo.

—¡Sacadlos a todos he dicho! ¡Os mataré a todos si no obedecéis mis órdenes! —rabió el hombre—. ¿Qué os pasa? ¡Sacadles de ahí!

Los perros no le hicieron el menor caso. El jefe había aceptado a Jorge como amo ahora, y todos siguieron su decisión. Lo que Jorge dijera, harían. Temían a Meier; pero amaban a Jorge.

Meier, enfurecido, disparó, de pronto, la pistola. No apuntó a los perros: tiró por encima de sus cabezas. Los animales saltaron y gruñeron, volviéndose hacia él. Bill juzgó que había llegado el momento de hacer algo.

—¡Jorge! ¿Te obedecerán los perros? ¿Atacarán a Meier y a Erlick? Si crees que son capaces, ordénales que lo hagan. ¡Vamos a darle a esa pareja una dosis de su propia medicina!

## Capítulo XXIX

### Se invierten los papeles

—¡Bien! —respondió el niño. Señaló al árbol corpulento tras el que se habían ocultado Meier y Erlick—. ¡Mirad, muchachos! ¡Sacarles de ahí! ¡Traedlos aquí! ¡Traédmelos ya!

Antes de que los dos hombres supieran lo que estaba sucediendo, la manada de alsacianos corría alegremente a obedecer. Todo el grupo se abalanzó sobre los dos bribones, derribándoles. No tuvieron ocasión de hacer uso de las armas. La pistola de Meier le saltó de la mano, y se perdió bajo los perros.

—¡No les hagáis daño! ¡Traedlos aquí! —ordenó Jorge, excitado, orgulloso de su poder, de la facilidad con que conseguía que obedecieran sus órdenes, los animales.



Bill y Johns estaban fuera de la cueva ya, y Jack les siguió, diciéndoles a las niñas que no salieran ellas aún. ¡Ni ganas que tenían ellas! Lucy le apretó a Dolly el brazo

hasta hacerla callar. Ambas niñas contemplaban los acontecimientos, sin aliento por la intensidad de su excitación.

Los perros empezaron a arrastrar a los dos hombres hacia Jorge. Erlick, el simiesco hombrazo, verdadero matón, aullaba pidiendo piedad. Era un cobarde como todos los matones.

—¡Retíralos! ¡Me entrego! ¡Hazles que me dejen, muchacho!

Meier luchó con rabia, sin parecer importarle que le mordieran o no. No lograba encontrar su revolver, y estaba fuera de sí de ira, de asombro y de temor.

Los perros estaban enseñados a no morder a menos que se lo ordenaran; pero uno o dos de ellos le dieron un mordisquillo bien merecido: en pago de su despiadado proceder con ellos durante el entrenamiento. El cabecilla le asió por el asiento del pantalón y le arrastró, en postura bastante ridícula hasta donde los niños y los dos hombres aguardaban.

A Erlick le trajeron también a continuación, casi llorando de pánico. Se acordó de pronto de una pistola que llevaba en el bolsillo, y movió la mano para sacarla, pensando que aquélla era la última oportunidad que tendría para escaparse.

Pero Johns estaba en guardia.

—¡Manos arriba! —ordenó—. Como intente usted algo, Erlick, por mí ya pueden hacer los perros de usted lo que quieran. Levántese, Meier, y alce las manos también.

Pálido de ira, Meier alzó los brazos en cuanto los perros le permitieron ponerse en pie. Dirigió una mirada asesina a los niños y a Bill.

—¿Qué hiciste a los perros? —le preguntó con rabia a Jorge—. ¡Jamás se habían vuelto contra mí!

Volvió a emplear un idioma extranjero prorrumpiendo en un torrente de insultos.

—¡Cállese! —ordenó Bill, que ahora tenía su propia pistola en la mano—. Habla usted demasiado.

—¡Límpiate los pies! —gritó «Kiki», saliendo del agujero y yendo a posarse en el hombro de Jack—. ¡Puh, gah!

Meier dirigió una mirada asesina al loro, reconociendo la voz que durante tanto tiempo le aturdió. De haber podido matar una mirada, «Kiki» hubiera muerto en aquel instante sin duda alguna. Pero en lugar de morir, soltó una de sus terribles risas, y Meier crispó los puños por encima de su cabeza, lamentando no poder echarle las manos al cuello un instante al loro.

—¿Qué hacemos ahora? —inquirió Jack—. Estamos muy lejos de casa, Bill... y no tenemos provisiones para mantenernos en marcha si hemos de volver a pie hasta nuestro hogar.

—Evans, Trefor y David no andan lejos —anunció Bill—. Les dije que aguardaran cerca de esta montaña con burros en abundancia, por si los necesitábamos. ¡No estaba muy seguro de que el helicóptero pudiera volar muy lejos llevando a tanta gente a bordo!

—¡Oh! ¿De veras estarán cerca de aquí? —exclamó Lucy con alegría—. ¡Oh,

Bill... usted siempre se acuerda de todo! ¡Qué bien!

—¿Podemos llevarnos los perros? —inquirió Jorge, que aún estaba rodeado de hirsutos cuerpos y colas en movimiento—. Podía cuidarles yo, hasta que los llevásemos a alguna parte. Seguramente le interesarán a usted para la policía, Bill. Están muy bien entrenados.

—Gracias por el ofrecimiento —contestó Bill, con una sonrisa—. Lo acepto. Y ahora..., ¡de frente, mar! Dejaremos esta sorprendente montaña atrás, y yo y unos cuantos otros volveremos a ella más tarde. Se me antoja que necesita que se haga en ella una limpieza. Y nos haremos cargo de ese genio loco antes de que haga alguna cosa peligrosa. Capaz le creo de volar toda la montaña.

—¡Cielo santo! —exclamó Lucy, alarmada—. ¡Marchémonos de aquí antes de que se le ocurra!

Se pusieron a andar a buen paso. Meier y Erlick caminaban en hosco silencio. Llevaban caídos los brazos ahora, porque Johns les había cacheado a ambos, y no llevaban ya arma ninguna. Jack y sus compañeros empezaron a sentir una sensación de vacío, asaz conocida, por debajo del cinturón.

—Tengo unas ganas de comer enormes —anunció Dolly—. ¿Cree usted que habrá traído Evans comida?

—Pues verás... la señora Evans se llevó un disgusto tan grande al enterarse de que os habíais extraviado, que se puso inmediatamente a cocinar en gran escala —contestó Bill—. Y creo que los burros van cargados con el resultado de su labor. Conque, ¡démonos prisa! La comida a buen seguro nos espera.

—¿Dónde están? —preguntó Jack.

—En el Valle de las Mariposas, aguardándonos con paciencia —repuso Bill, sonriendo.

Aquello resultaba sorprendente en verdad.

—¡El Valle de las Mariposas! —exclamó Jack—. Pero ¡si no conseguimos encontrarlo! ¡Empezamos a creer que era una invención de Trefor!

—¡Quiá! En realidad, era muy fácil de encontrar, y lo hubieseis encontrado sin dificultad de haber sabido David leer un mapa. Iba señalado el nombre en él. Pero estaba en galés, conque vosotros no lo hubieseis entendido. Pero no creo que David sea capaz de leer palabras de más de tres sílabas. No debí dejarle que os acompañara como guía.

—¿Lo encontró usted entonces? —quiso saber Lucy.

—Claro. Está camino de aquí en realidad. David se equivocó de camino, he ahí todo... cometió la estupidez de abandonar la senda. Sea como fuere, el caso es que le dije que esperara allí con los burros, porque pensé que os gustaría el Valle de las Mariposas después de haberlo pasado y haber encontrado un monte extraño en su lugar.

—¡Oh, todo está saliendo bien al fin! —observó Lucy, muy contenta—. La aventura se ha terminado, ¿verdad, Bill? Bueno, pues ahora no parece tan mala como

antes.

—¡Pobre Lucy! —murmuró Bill—. ¡Cómo te meten a viva fuerza en las aventuras! Bueno, no te preocupes: pronto estarás de nuevo en la granja, disfrutando de la cocina des la señora Evans.

—En cuanto llegó usted, todo marchó bien —dijo Lucy, feliz—. Fue estupendo oírle gritar. «¡No olvidéis a Bill Smugs!» anoche. ¡Ay, Señor! ¿Tan poco hace? ¡Parece como si hubiera ocurrido hace años!

Cruzaron por un estrecho desfiladero entre dos montañas, sintiendo más hambre por momentos y, allí, a sus pies, ¡apareció el Valle de las Mariposas!

Se detuvieron llenos de delicia. El valle parecía hervir de mariposas de todos los colores: encarnadas, amarillas, blancas, rosadas, azules, cobrizas, pardas... Las había a millares volando bajo el sol, corriendo sin rumbo de uno a otro lado, cerniéndose, dejándose caer sobre los millones de flores. Ésas formaban una alfombra de brillante colorido, y los niños se dijeron que jamás habían visto cosa igual.

—¿Por qué habrá tantísimas mariposas? —murmuró Dolly, maravillada.

—Supongo que será porque hay tantas variedades de plantas alimenticias —dijo Bill—. Este valle es, al parecer, tan famoso por sus flores como por sus mariposas; pero está tan apartado, que rara vez lo visitan. En cualquier caso, ¡no dudo que los perros habrían mantenido alejados de la vecindad a los excursionistas!

—Así está Evans... ¡y los burros! —exclamó Jorge—. ¡Eh, Evans! ¡Hola, Trefor... y David!

«Salpicado» se movió para saludar a «Blanquito», que corrió, encantado, hacia su amigo. Evans estaba radiante. Los ojos azules de Trefor brillaban. El único que no les saludó con avidez fue David. Mantuvo la mirada clavada en el suelo, y pareció avergonzado de sí mismo por lo mal que desempeñara su papel de guía.

—¡Buena le soltó la señora Evans cuando llegó solo, con los borricos corriendo tras él! —explicó Bill—. ¡Yo también tuve algunas palabras que decirle, como podéis imaginaros! Conque ahora le parece que no puede mirar a la cara a nadie. No le hará ningún daño tener esa sensación un rato. ¡Se portó como un cobarde!

—¡Pobre David! —dijo Lucy—. Seguramente estará la mar de arrepentido ahora.

—¡Y pues, y pues! —gritó «Kiki», encantado—. ¡Tú mira, con agradecimiento!

—¡Es una alegría volveros a ver y vaya y pues! —dijo Evans en su sonsonete.

—¡Y pues, y pues! —gritó «Kiki», encantado—. ¡Tú mira, tu mira, y vaya y pues!

—¡Ese pájaro! —exclamó Evans, con gran admiración—. Mira, es una maravilla ese pájaro. Diez libras esterlinas daría yo por un pájaro así, pues vaya.

—No está en venta —contestó Jack, acariciando a «Kiki»—. No; ni por un millón de libras tampoco. ¿Dónde está la comida, Evans? ¡Estamos medio muertos de hambre!

—¡Las explicaciones después de la comida! —le dijo Bill a Evans—. Charlaremos, entonces, Evans, mientras los niños se vuelven locos con las mariposas.

Meier, Erlick, no os mováis de allá. Jorge, diles a los perros que los vigilen.

Evans miró con sorpresa a los dos hoscos prisioneros. Meier le devolvió mirada por mirada. Erlick no hacía más que compadecerse a sí mismo y hasta había empezado a reprocharle a Meier su descuido en dejar que les capturaran. Meier miró a Erlick como si fuera a darle una dentellada como los perros.

—Linda pareja —dijo Bill—. Me parece que nos pondremos de espaldas a ellos. Estropean el paisaje.

Llenos de alegría, los niños se dispusieron a disfrutar de la merienda más suculenta que jamás habían probado. La señora Evans había batido todas sus propias marcas. Había allí pollo asado, lengua tierna, jamón con especias, huevos duros, pepinos, tomates, carne de conserva, fruta fresca, limonada casera, que Evans había tenido el buen acuerdo de meter en un riachuelo cercano para conservarla fresca, y tantos otros comestibles, que los niños perdieron las esperanzas de poder catarlos siquiera todos, tanta era su abundancia.

Se sentaron allí, en la ladera de la colina, con la alfombra de flores a sus pies, flores de un colorido brillante, ¡increíblemente brillante! ¡Y las mariposas!

—¡Son como flores volantes! —exclamó Lucy, entusiasmada—. ¡Centenares de ellas! ¡Millares!

—¡Es un verdadero paraíso de mariposas! —asintió Jorge—. ¡No lo olvidaré nunca mientras viva!

Fue una merienda maravillosa, exquisita la comida, magníficas las mariposas, brillantes las flores, ¡y risas y chistes en abundancia! «Kiki» parecía completamente loco y, cuando se dio cuenta de lo mucho que le admiraban Johns y Evans, hizo todo lo posible por lucirse. Recitó su repertorio completo de ruidos y Evans rió hasta atragantarse.

El estólido Johns siguió mascando, fija la mirada en el loro, sonriendo de vez en cuando levemente al escuchar sus barbaridades.

—¡Y vaya, pues mira tú! ¡Límpiate los pies y suénate la nariz! ¡Naricuentos! ¡Perdón!

«Blanquito» erró de uno a otro lado, aceptando bocados de todo el mundo. Los perros observaron desde lejos, seguros de que su amigo no les olvidaría. Menos mal que a la señora Evans se le había ocurrido cargar tanto la mano, porque con dos prisioneros y diez perros que tener en cuenta, hasta la última miga sería necesaria.

Bill, Johns y Evans hicieron intercambio de noticias después de irse los niños a correr entre las mariposas. Evans escuchó muy serio. Trefor y David intentaron comprender, pero la mayor parte de lo que Bill decía les resultaba ininteligible.

—¡Son niños valientes, mira! —dijo Effans—. ¡Niños muy valientes, pues vaya!

## Capítulo XXX

### El final de todo ello

Tuvieron que dormir al sereno aquella noche. Evans les dio a los niños las mantas que habían traído, porque se habían dejado todas las cosas de dormir en la cueva de la ladera. Los prisioneros durmieron aparte, custodiados por los perros. Hacía mucha calor, y a «Blanquito» se lo quitó todo el mundo de encima cuando intentó echarse hecho un ovillo, primero encima de Jorge, luego encima de Jack, y, por último, encima de las niñas.

Tuvieron una conversación muy larga con Bill, y le contaron todas sus aventuras sin olvidar un solo detalle. Bill se había maravillado ante su accidental descubrimiento de la extraña montaña y de su aún más extraño secreto. Había examinado las alas que Jorge diera a Johns para que se las guardase.

—¡Me las llevaré al colegio el próximo curso! —dijo—. ¡Lo boquiabiertos que me mirarán los chicos! ¡Apuesto a que más de uno querrá probarlas!

—Bueno, pues no te digo más que una cosa: yo, en tu lugar, les quitaría de la cabeza cualquier idea que pudiese ocurrírseles de tirarse desde el tejado del colegio o sitio parecido confiando en la potencia de las alas —advirtió Bill, con sequedad—. Tengo el presentimiento de que el ingenioso cerebro que ideó tantas cosas empieza a fallar un poco. El viejo «rey» jamás descubrirá cómo hacer las alas que tantas ganas tiene de fabricar. Pero no cabe duda de que ha inventado algunas cosas sorprendentes. He tenido una charla con Meier, y me dijo por qué tenía fe en Monally, que es como se llama en realidad el «rey» de la montaña.

—¿Por qué tenía fe en él? —preguntaron, con curiosidad, los muchachos.

—Porque al parecer, y en distintas épocas, ha producido algunos inventos sorprendentes. Y Meier, que le ha apoyado, ha ganado mucho dinero con ellos. Cómo llegó a encontrar esta mañana y el raro metal que contiene en sus entrañas y que el «rey» deseaba para su última idea de vencer la atracción de la tierra, es cosa que aún no he podido descubrir ni descubriré. Alguna jugada sucia con toda seguridad.

—¿Qué va usted a hacer de todo esto? —quiso saber Jack.

—A los paracaidistas se les mandará a sus respectivos países. A los japoneses se les interrogará, y repatriará luego también. Se me antoja que hay algo raro en ello también. Al «rey» se le llevará a lugar seguro. Mandaré dos o tres hombres de ciencia a la montaña para que hagan un informe sobre lo que encuentren allí. Nada me extrañaría que nos aconsejaran que destruyéramos todo cuanto hay allá. El «rey» ha estado jugando con cosas peligrosas. No habiendo nadie allí que pueda encauzarla, pudiera producirse una explosión fantástica.

—Es una buena cosa que la descubriéramos nosotros, ¿verdad? —dijo Lucy.

—Una buena cosa en verdad —asintió Bill—. Y aun fue una cosa mejor que dejarais el mensaje con «Salpicado». De no haber sido por eso, jamás hubiese logrado encontraros.

—¿Qué sucedió? —preguntó Jack.

—Me presenté en vuestra busca, con burros y todo, después de la estúpida huida de David. En lugar de encontraros a vosotros, me tropecé con «Salpicado», y la nota en la que hablabais de cosas muy singulares en verdad y que me hicieron sospechar algo.

—Siga —dijo Jorge, interesado.

—Bueno, pues investigué por ahí, y no pude dar con la entrada a través de la caverna sin techo. Conque no me quedó otro recurso que hacer indagaciones acerca de todos los helicópteros que hay en este país... quiénes eran sus propietarios y todo eso. ¡Y me encontré con que otras personas estaban investigando sobre todo ello también! Algunos de los helicópteros habían estado emprendiendo vuelos en circunstancias muy sospechosas y sin que nadie supiera adonde se dirigían. Conque la policía se había puesto a investigar el asunto... y yo me uní a ella inmediatamente.

—Y, ¿qué descubrió usted? —preguntó Dolly.

—¡Conocí a un piloto joven, que tiene una cicatriz enorme en la mejilla! —contestó Bill—. ¡Ah...! veo que le conocéis. Y él desembuchó. Nos dijo que estaba preocupado por una serie de paracaidistas que se arrojaban sin paracaídas adecuados y todo eso. Conque cuando se fue él de vacaciones, ocupé yo su lugar, e hice el siguiente viaje de helicóptero presentándome en la cumbre de la montaña.

—¡Oh, Bill! ¡Fue algo magnífico verle! —dijo Lucy entusiasmada.

Bill también les había hablado de la señora Mannering, de la ansiedad que la había consumido, de cómo se le había curado del todo la mano y había suplicado que se la permitiera acompañar a Evans y a los otros para salirles al encuentro a los niños con los burros.

Tardaron mucho en poder dormirse los niños aquella noche, porque el día había sido tan emocionante. Los perros dormitaron, con un ojo abierto, no dando lugar a que pudieran escaparse los prisioneros. Los burros yacían apaciblemente juntos. «Blanquito», despedido por todos los niños, marchó al lado de su amigo el borrico, y se tumbó junto a él. A «Salpicado» le llenó eso de contento.

Estuvieron de regreso en la granja al día siguiente a la hora de comer, porque Bill les había hecho madrugar mucho. La señora Mannering salió corriendo a su encuentro, llena de alegría. Había estado muy preocupada en verdad.

La señora Evans la siguió.

—¡Y vaya, pues, que es una alegría enorme el veros, tú, mira! ¡Pensar que habéis pasado por tanto, mira! Tanto peligro como en la guerra. ¡Estamos encantados de que estéis de vuelta, pues!

—Y buena cara que tienen también —dijo Evans, todo sonrisas—. Y ese pájaro, vaya, es más cómico que nunca, mira.



—¡Y pues, mira! —dijo el loro, imitando el sonsonete del otro.

Y Evans soltó una serie de risitas, que «Kiki» se apresuró a reproducir. Sonaban tan tontos los dos, que todo el mundo se echó a reír también al escucharles.

La señora Evans, claro, les tenía preparada otra magnífica comida. Y, ¡cuántos había que alimentar aquel día también! Hasta encontró una buena cantidad de huesos para los perros, y Jorge tuvo que llevárselos a distancia, porque la señora Mannering dijo que no podía soportar los crujidos de los huesos que los diez animales trituraron y comieron en muy poco tiempo.

¡Cuánto había que contar! A la señora Evans por poco se le desorbitan los ojos al escuchar, mientras repartía comida de todas las clases a todo el mundo.

—¡Y pensar que los niños hicieron esas cosas, mira! —no hacía más que repetir—. ¡Dentro de esa montaña, mira! ¡Abajo en ese barranco también, mira!

—¡Perdón, mira! —dijo «Kiki».

Y soltó un estornudo.

Evans volvió a ahogarse de risa, y «Kiki» le imitó, haciendo tanto ruido, que la señora Mannering le amenazó con echarle del cuarto si no se portaba como era debido.

—¡Oh!, tía Allie —dijo Jack, dándole un golpecito en el pico al loro—, es que no cabe en sí de alegría al verse aquí otra vez.

—Llama al médico —dijo «Kiki», fijando la maliciosa mirada en Evans, que aún se retorció de risa—. ¡Llamad al médico!

Todos rieron sin poderlo remediar. Jack le dio a «Kiki» una ciruela muy gorda, con la esperanza de que así callase. Asiéndola con una garra, «Kiki» le hincó el pico, regando al pobre Evans con una serie de chorros de jugo, de aquellas gruesas ciruelas.

—¡Perdón! —exclamó el loro encantado.

Y lo hizo otra vez.

Evans dijo que cambiaría hasta el último de sus corderos por un pájaro como aquél. Se puso a observar a «Kiki», y se olvidó por completo de comer.

Johns había de llevar a los prisioneros a la población, acompañado de David y escoltado por dos de los perros. La señora Evans dijo que cuidaría de los otros en la granja hasta que la policía hubiese decidido qué es lo que tenía que hacer con ellos.

—Mamá, supongo que nos podríamos quedar con dos o tres de esos perros, ¿verdad? —inquirió Jorge, con anhelo.

—¡Dios santo, no! —respondió la madre—. Ya es mucho verse colgada con tantos animalitos tuyos cuando te vas al colegio; pero el tener que cuidar a tres alsacianos voraces por añadidura, sería ya el colmo. Acabaría muñéndome, estoy segura. No; serán mucho más felices como perros policías.

Bill iba a quedarse hasta que llegaran dos o tres hombres de ciencia que le acompañaran hasta la montaña. También irían con ellos algunos policías para llevarse a los japoneses, aunque Bill no esperaba que diesen guerra. Probablemente tendrían

malos antecedentes, y habrían aceptado trabajo de Meier para mantenerse fuera del camino de las autoridades y ganar, al propio tiempo, algún dinero.

—¿Podemos ir nosotros a la montaña también? —inquirió Jack, esperanzado—. Podría usted extraviarse por dentro, Bill.

—No hay peligro de eso. Encontré un magnífico mapa del interior de la montaña en el bolsillo de Meier. No me perderé, no te apures. Y más vale que renuncies a toda esperanza de acompañarme, porque ya has corrido suficiente peligro estas vacaciones. Me temo que, como os llevara conmigo, surgiría otra aventura. ¡En mi vida he visto chicos como vosotros para olerlas! Hasta creo que, si os llevara a visitar a mi pobrecita tía, nos encontraríamos con que la habían secuestrado de pronto en un submarino, y que vosotros tendríais que ir al otro extremo del mundo para rescatarla.

Los niños se quedaron muy chasqueados por no poder ir con Bill a la montaña. Ninguna de las dos niñas tenía el menor deseo de ir, sin embargo. Lucy estaba segurísima de que aquello no le interesaba.

—No me importa ni pizca la aventura ahora que ha terminado y que podemos hablar de ello —dijo—. Pero no me gusta cuanto está pasando. Odiaba a esa montaña. Bill, Jorge me va a dejar que use sus alas esta tarde en recompensa por haberme ofrecido para saltar del helicóptero en su lugar. ¡Volaré desde esa roca tan alta de allá, hasta la granja!

—¡Que te crees tú eso! —contestó inmediatamente el detective.

Lucy se echó a reír al ver la cara de susto del otro.

—No se preocupe. Sólo le estaba tomando el pelo —dijo—. Pero las voy a llevar puestas un rato y saltar por ahí agitando los brazos. Lo sorprendidas que quedarán las gallinas, ¿verdad?

—Mucho —asintió Bill—. ¡Dejarán de poner huevos como consecuencia de su asombro, a buen seguro! Vigílala, Jorge. Asegúrate de que no haga ninguna locura, es bien capaz.

Jorge rió.

—Lucy no hará ninguna tontería —dijo—. Es la más sensata de todos nosotros.

Se metió la mano en el bolsillo para ver si «Pepito Resbaloso» seguía allí. Al instante su rostro reflejó el más profundo asombro.

—¡Oh! ¿Qué ocurre ahora? —exclamó Lucy, dando un brinco de sobresalto.

—¡Ha ocurrido la cosa más maravillosa! —contestó Jorge—. La verdad es que jamás me lo hubiese imaginado.

—Pero, ¿qué pasa? —clamaron los otros.

Jorge sacó la mano y la abrió. Estaba llena de lo que parecían minúsculas agujas plateadas que no hacían más que retorcerse.

—«Pepito Resbaloso» era «Pepita Resbalosa». Aquí están sus crías. ¡Mamá, mira! ¡Mi escincoideo me ha llenado el bolsillo de hijitos! ¡Oh, mamá! ¡Estoy seguro de que jamás le ha hecho un escincoideo una cosa así a nadie antes! ¡Es un caso único! ¿Verdad que son lindos?

—¡Uj! —exclamó Dolly.

—¡Perfectos! —dijo Jack.

—¡Oh, dame uno para mí! —suplicó Lucy—. ¡Oh, Jorge! ¡Esto es mucho más emocionante que nuestra aventura!

—¡Mucho más! —asintió el niño—. ¡Qué «Pepita» más simpática! Nunca había tenido crías de escincoideo hasta ese momento. ¡Ahora las tengo a montones!

—No quiero que las lleves en los bolsillos. Jorge —dijo la madre—. No es bueno ni para ellas ni para ti.

—¡Es que «Pepita» se llevará un chasco si no lo hago! —contestó el niño, consternado.

Se olvidó la aventura. Las cuatro cabezas se inclinaron sobre los plateados animalitos que tenía Jorge en la palma de la mano. «Blanquito» se acercó a mirar. «Kiki», posado en el hombro de Jack, se inclinó hacia delante.

—¡Tú, mira y pues! —dijo, ladeando la cabeza.

Abrió el pico para soltar un hipo. Pero se topó con la mirada de la señora Mannering y cambió de parecer.

—¡Perdón! —aulló, prorrumpiendo en una carcajada—. ¡Pájaro malo! ¡Llama al médico, mira! ¡Límpiate los pies y suénate, perdón!





ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles mas leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían es sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsi, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es mas corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.

# Notas

[1] En Gales se habla el kimrico, idioma que se caracteriza por la extraordinaria longitud de algunas de sus palabras. Como quiera que éstas se componen, al parecer, casi exclusivamente de consonantes, el que las ve escritas se pregunta cómo es posible que haya quien pueda pronunciarlas. En cualquier caso tienen un sonido que, al profano le resulta extraño y difícil de imitar. Los galeses conservan su propio idioma, pero saben el inglés y lo hablan de una forma tan rara como hablan algunos vascos el castellano, mostrando, entre otras tendencias, la de convertir las «uves» inglesas en «efes», cosa que advertimos para evitarnos más adelante nuevas notas. Si no se trata de una persona de cultura, en cuyo caso habla perfectamente el inglés, al galés se le conoce en seguida por el giro que da a las frases y por una serie de latiguillos que le son peculiares. (N. del T.) <<

[2] Principio de una especie de trabalenguas inglés que va haciéndose progresivamente más largo, y que por su extraordinaria longitud no podemos reproducir. (N. del T.) <<



[3] Jack se refiere a los caballos percherones, claro. (N. del T.) <<